

Quando avisa la voz de la campana,  
Y acude luego por su diezmo el cura;  
Quando en la tercia del concejo mana  
Lo que en el labrador tan poco dura;  
Quando al que le visita y no le sana,  
Le paga porque dice que le cura;  
Quando las rentas el señor le pide,  
Y de la triste parva se las mide;

Quando del poco grano que le sobra,  
Con tantas ansias y sudor ganaron,  
El logrero cruel la deuda cobra  
Por paga del dinero adelantado;  
Quando, lleno de cuitas y zozobra,  
Mira la parva parva el desdichado,  
Que tanto por instantes se desmiembra,  
Que le viene á faltar para la siembra;

Al fin, cuando de toda su cosecha  
Sola la paja en sus umbrales mete,  
Y los terrones fértiles barbecha  
Para el tiempo que el fruto le promete;  
Entónces denodado el sulco echa  
El marinero al mar, y ya el grumete  
Avisa que divisa las galeras  
A vista de las cimicas riveras.

Ya las trompetas con soberbio grito  
De los montes y cuevas levantaron  
De soldados un número infinito,  
Que en ayuda del Mosca se juntaron:  
Ya las lijeras postas el distrito  
De todo el orbe universal pisaron,  
Trayendo las langostas y chicharras  
Hermosas compañías y bizarras.

El rey Sanguileon y el tabaneco,  
Que vieron tanto número de naves,  
Que por el mar las trujo el viento fresco  
Más lijeras que en él vuelan las aves,  
Dieron á los soldados un refresco,  
Y á los navios con la carga graves,  
Desafiaron el áncora, que estorba  
Que atras se deje la ribera corva.

Con setecientas máquinas disformes  
Rompe las ondas la vistosa armada,  
Que lleva con los ánimos conformes  
El bravo orgullo de la gente alada:  
Infinitas catervas multiformes  
Sulcan en ella la region salada,  
Admirando las ninfas que los miran,  
Y medrosas de verlos, se retiran.

Pasa la turba indómita contenta,  
Y el grito del placer al cielo toca,  
Y el viento alegre el pecho les alienta,  
Que á la dura venganza se provoca:  
No temen del camino la tormenta,  
Escollo ó calma ó peligrosa roca;  
Que con gritos de gozo el aire hien-den,  
Y el mar hinchado con el remo ofenden.

Hacen las muchas olas resistencia  
A los navios de que el mar se viste,  
Reprimiendo con furia la violencia  
Con que la fuerte máquina le embiste:  
Hace el viento á las olas competencia,  
Y como el mar sus soplos no resiste,  
Rompe soberbio el cristalino paso  
Con leves cursos el ligero vaso.

Con órden grande y singular concierto  
Va caminando la vistosa flota,  
Sin ver la tierra del vecino puerto,  
Por alta mar tomando la derrota:  
Siguiendo van al marinero experto,  
Que á la opuesta ribera más remota,  
Estudiando en la piedra y en el norte,  
Le busca el puerto á do la flota aporte.

Con dos agudos cuernos hace punta  
La poderosa armada, y se recoge  
En un remate solo, á do se junta  
Y de los cuernos el cimientto coge:  
Así la valerosa y grande junta  
Va sin temor que el ancho mar se enoje;  
Que aun piensan, si se enoja, que su fuerza  
Basta para que el mar de intento tuerza.

Como estrimonia grullas por el viento  
Van caminando, de la misma suerte  
Sulca, rompiendo el húmido elemento,  
La grande armada belicosa y fuerte:  
Siguiendo van un mismo movimiento,  
Sin que el órden alguna desconcierte;  
De modo que se viera en el armada  
La letra pitagórica pintada.

Van á fuerza de remos delanteras  
En el cuerno derecho de la armada  
Ochenta famosísimas galeras  
De gente por sus obras celebrada:  
Aqui navegan las catervas fieras  
De la estirpe soberbia no domada,  
A quien el mundo cénzalos les puso  
Por nombre derivado de su abuso.

Estos cuando caminan significan  
Su natural fiereza en el zumbido,  
Y con él con gran impetu publican  
La mitad de sus nombres al oído:  
Quando estas gentes sus contrarios pican,  
Penetra su dolor hasta el sentido,  
Y destos es el más feroz tormento  
Que reciben los ojos del jumento.

El rey Asinicedo los mantiene,  
En quien tambien nos muestra con certeza  
El nombre suyo, que principio tiene  
De semejante origen y proeza:  
Este soberbio con sus gentes viene  
En galeras de suma lijereza,  
Hechas con arte y con industrias bravas  
De las recias cortezas de las habas.

En estas fuertes máquinas encierra  
Los varones en fuerzas singulares,  
Instrumentos seguros que la tierra  
Produjo á fin de navegar los mares:  
Despojos son ganados en la guerra  
Que tuvo en la region de los habares,  
Donde murieron veinte mil pulgones,  
Dándoles el despojo á sus varones.

Tras estos vienen en la misma banda  
Ciento y veinte navios de alto borde,  
Y el rey soberbio que los riges y manda,  
Con el mosca y el tabano concorde:  
Deste, si es la verdad el rumor que anda,  
El fuerte Asinicedo es hijo borde,  
Habido en una mosca labradora,  
De la provincia legañil señora.

Este vino á la guerra y desafío  
Con un millon de fuertes mirmillones,  
Soldados todos de robusto brio,  
Bravos y foragidos valentones:  
Estos en las calores del estio  
Se juntan en copiosos escuadrones,  
Y á los que entónces por los montes pasan  
Más que las fuerzas del calor abrasan.

Es el asilo y estacion segura  
Desta caterva que crueldad profesa,  
La cueva umbrosa, lóbrega y oscura,  
El intrincado monte y selva espesa:  
Destos la más pequeña picadura  
Deja en los hombres la señal impresa:  
En fin, son foragidos bandoleros,  
Desnudos de piedad, y no de aceros.

Tras las gentes del rey Asinicedo  
Siguen á su caudillo que los trujo,  
El cual tiene por nombre el rey Mirpredo,  
Que es de la ira y la crueldad dibujo;  
Varon de grandes fuerzas y denuedo,  
De gesto temerario, aunque magrujo,  
Y que suele comerse, aunque esté cruda,  
Entera la asadura de una aluda.

Trujo estas fieras gentes á su costa,  
Por ver en ellos admirables pruebas,  
Desde que dió la vuelta la langosta,  
Y las chicharras las sangrientas nuevas  
Estos entraron la marina costa  
Olvidando sus montes y sus cuevas  
En ciento y veinte rigidos navios,  
Sin temor de tormentas y bajios.

Tiene el soberbio rey el nombre impuesto  
 Contrario totalmente al de un hormiga,  
 De quien ha sido siempre y es opuesto  
 Con odiosa jactancia y enemiga;  
 Y así las naves en que va dispuesto  
 A dar favor á la mosquina liga,  
 Son de aquella materia en que el contrario  
 Mil veces se libró de su adversario.

Dice un autor que nuestra historia toca,  
 Que habia en un monte de terrible altura  
 Una cueva profunda con su boca,  
 Por do se entraba á la estacion oscura:  
 Era á manera de peñasco ó roca,  
 Habitación fortísima y segura  
 Donde un hormiga, capitán valiente,  
 Se aseguraba con su poca gente.

Destá roca se sabe con certeza  
 Que era una grande nuez vana y podrida,  
 Cuya puerta y entrada la corteza  
 Mostraba en sus arrugas escondida:  
 De aquella inexpugnable fortaleza  
 Toma el único nombre y se apellida  
 El capitán que con su gente poca  
 Se encastillaba en esta fuerte roca.

De Mirmix ó Mirmiz, que entónces era  
 Su nombre propio, desechó una parte,  
 Y tomando la sílaba primera,  
 Con las dos de su roca las comparte,  
 Y hecha de entrambas la dición entera,  
 Mirnuca viene á ser la entera parte;  
 Que este es el nombre con que aquel se llama,  
 Tomado del antiguo y de su fama.

Desde Mirnuca fuerte y temerario,  
 Forzado de la estrella que le inclina,  
 Este moscon fué émulo y contrario,  
 Y amigo de su muerte y su ruina;  
 Y viendo el apellido extraordinario,  
 Y á que en la contra suya se encamina,  
 Quiso llamarse el Rey y sus varones,  
 Uno Mirpredo, y otros Mirmiliones.

Y porque venga su total miseria  
 De donde nace su soberbia vana,  
 Y sea principio de su vil laceria  
 El que lo fué de su locura insana,  
 Las naves ordenó de la materia  
 De donde su contrario el nombre gana,  
 Y va sulcando el centro de los peces  
 En ciento y veinte cáscaras de nueces.

Con cien banderas el segundo cuerno  
 La vista con los ánimos alegra,  
 Que todas van debajo del gobierno  
 De uno de aquellos por quien tiembla Flegra:  
 No se ve del profundo del infierno  
 En la region más formidable y negra,  
 Furia infernal con serpentina rosca,  
 Como este diablo en forma de una mosca.

El rey Sicaboron, á cuyo mando  
 Está la grande Buta en la Tartaria,  
 Viene las fieras ondas navegando  
 Contra la gente al mosca rey contraria:  
 Este juntó, á la voz de solo un bando,  
 Una caterva fuerte y temeraria  
 De foragidos de admirable talle,  
 Hijos de Buta y Barriliense valle.

Quinientos mil y más mosquinos lleva  
 En una valerosa infanteria,  
 Que tienen hecha de sus fuerzas prueba  
 En cuanto el valle Barriliense cria:  
 Es gente tal, que se sustenta y ceba  
 En sangre de enemiga compañía;  
 Y porque tanto el vino le parece,  
 Por eso esta canalla le apetece.

Lleva el fiero inhumano á la milicia  
 Una soberbia multitud de abejas,  
 Que sirven de ministros de justicia  
 A quien no corre en su crueldad parejas:  
 Si no es algun mosquito de codicia,  
 Y su defecto llega á sus orejas,  
 Luego le manda echar á estos moscones,  
 Que es tanto como echarle á los leones.

Son las abejas una estirpe fiera,  
 Por cuya cola nace y se derrite  
 La dulce miel y provechosa cera,  
 Obra que no tiene arte que la imite:  
 Guardan estas su fruto de manera,  
 Que no hay quien se le robe ó se le quite;  
 Porque si alguno llega y no repara,  
 Su atrevimiento se verá en su cara.

Porque en la cola llevan escondida  
 Una afilada y cortadora espada,  
 Con que en los hombres dejan, con la herida,  
 La parte donde llega emponzoñada;  
 Y aunque ellas pierden (¡ gran rigor!) la vida  
 Al tirar de la rígida estocada,  
 A trueco del dolor con que lastiman,  
 De su vida la pérdida no estiman.

Al hijo de la madre Citea,  
 Con ir armado de su hermosa lumbre  
 Y del arco y carcaj que señorea  
 Hasta los dioses en su excelsa cumbre,  
 Porque la gran crueldad destas se vea,  
 Se atrevieron á darle pesadumbre;  
 Y como el niño tierno iba desnudo,  
 Contra el fiero aguijon no tuvo escudo.

Volvió Cupido con su madre, y dijo  
 De aquellas avecillas la locura,  
 A quien con grande cólera maldijo  
 Vénus, viendo picada su criatura;  
 Y volviendo la madre, dijo al hijo:  
 « No te espante su grande picadura;  
 Que tú eres niño, y si á picar te aplicas,  
 Harto mayores picaduras picas. »

Y como era la diosa tan discreta,  
 No quiso que la paga y la venganza  
 A aquellos instrumentos se cometa  
 Con que la ciencia del amor se alcanza;  
 Antes quiso que el arco y la saeta  
 No tenga en ellas fuerza ni pujanza,  
 Y que esto solo por castigo lleven  
 Porque los gustos del amor no prueben.

Y como gente, en fin, en quien no cabe  
 Blanda piedad, ni ménos lleva escrita  
 En el pecho la ley de amor suave,  
 Ni su obstinado corazón visita:  
 Como bárbara gente que no sabe  
 De clemencia ni en ella se ejercita;  
 Por eso los escoge el rey tirano  
 Por instrumento crudo y inhumano.

También las lleva porque son extrañas  
 Para un ardid y provechoso intento  
 Contra las trazas y traidoras mañas  
 De las arañas; ¡ raro pensamiento!  
 Porque estas romperán de las arañas,  
 Con su ligero vuelo y movimiento,  
 Las delicadas redes con que enlazan  
 Las tristes moscas que en la guerra cazan.

Y porque tiene en ellas conocida  
 Su natural fiera temeraria,  
 Pues que no hacen estima de su vida  
 Por hacer mal y daño en la contraria:  
 Para ser riguroso arañicida  
 Lleva esta chusma entre la gente varia,  
 Y porque en sangre de enemigos tiñan  
 Sus fuertes agujones cuando riñan.

No ha habido, como el tártaro, persona  
 Con tan grande rigor sanguinolenta  
 En cuanto abraza la habitable zona,  
 Y la tierra en su círculo sustenta:  
 Tan disforme crueldad no se pregona  
 Ni de tirano bárbaro se cuenta,  
 Ni tan temido fué de galeote,  
 Cómitre calabres con el azote.

Movió su natural traidor y alevé  
 El buen Sanguileon, si es que se muda  
 Una costumbre vil, y si se mueve  
 Un mal sugeto á dar á un bueno ayuda;  
 Mas ya que á darle su favor se atreve,  
 Tengo por infalible y por sin duda  
 Que su naturaleza es quien le incita,  
 Que á guerra y disension le precipita.

En cien medias fortísimas cortezas  
De la fruta que el duro roble cria,  
Embarca las indómitas cabezas,  
De quien él es cabeza, guarda y guía :  
En estas largas y anchurosas piezas  
Camina la vistosa infantería ;  
Y el rey caudillo de esta gente astuta  
Marcha en un capirote desta fruta.

Tras el tártaro rey y sus secuaces  
Un número sin número se halla  
De soldados valientes y vivaces  
De sangre de la hormigena canalla :  
En naves anchurosas y capaces,  
Pasan á la mortífera batalla,  
Que de cascaras fuertes el arte hizo  
De la fruta que cubre el fiero erizo.

Sobre estas grandes máquinas tremolan  
Cien estandartes altos y eminentes,  
Y infinitas insignias se enarbolan,  
Que se juntaron de remotas gentes :  
Las aguas hermocean y arrebolan  
Los visos de colores diferentes,  
Que fiesta á su venganza solemnizan,  
Y por esto los aires entapizan.

El rey Sanguileon las aguas hiende,  
Acompañado de ánimos feroces,  
Y en orden puestas sus galeras tiende,  
Que son como sus ímpetus veloces :  
Con leños fuertes al cristal ofende,  
Y al aire manso con soberbias voces,  
Y al fiero grito de la turba inmensa  
Túrbase el mar, y el aire se condensa.

Es del soberbio rey lugarteniente  
Una mosca fortísima española,  
Que ha volado su nombre, de valiente,  
A los extremos de la humana bola :  
Para dos mil de la contraria gente  
Era bastante y suficiente sola,  
Por ser cursada en temerarias lides  
Y saber de la guerra los ardidés.

Del cargo de la gran caballería  
Le hizo el Rey merced y beneficio,  
Porque su vida siempre ocupa y cria,  
Desde la tierna edad, á su ejercicio :  
En el fiero calor del mediodía  
Hacer mal á los potros es su oficio,  
Y bien le sienten el rocín ó yegua  
Cuando corren carreras de una legua.

Esta, tan conocida por la fama,  
Que sus hechos magnánimos pregonan,  
Por su patria certísima se llama  
La mosca excelentísima de Arjona :  
Esta la sangre del rocín derrama,  
Y aquella parte adonde llega, encona,  
Sacando de su hocio una gran trompa,  
Con que sus cueros á las bestias rompa.

De aquella trompa sale una navaja  
Tan sutil, que con ella en un momento  
Con rabia inmensa y rigurosa saja  
Las carnes del rocín y del jumento :  
Chupar la sangre que en el lomo caja  
Es de su vida el principal sustento ;  
Y con tanto rigor las bestias trata,  
Que no pára hasta el punto que las mata.

Otra mosca cruelísima, manchega,  
La gente de á pié rige y acompaña,  
Que en guerra furibunda y en refriega  
Continua se ejercita en la campaña :  
Toda la Mancha, con su llana vega,  
Está sujeta á su rigor y saña,  
Y al peregrino que sus tierras pasa,  
Vivo le come, le persigue y asa.

Tan denodada por los campos sale  
Cuando la aprieta la locura hambrienta,  
Que no hay furia infernal que se le iguale ;  
Porque á la misma rabia representa :  
Contra el furor de su aguijón no vale  
Reparo alguno ; porque á do se asienta,  
Entremete la punta penetrante,  
Punta de más dureza que diamante.

No hay resistencia en la guardada pierna  
Contra el fiero bocado y picadura,  
Porque es defensa contra el daño tierna  
El arma que parece ser más dura :  
A la escondida parte y más interna  
Llegar la punta con furor procura,  
Tanto, que fuerza, si en picar aprieta,  
A danzar cabriola ó zapateta.

Aquí el siniestro cuerno se remata,  
Que en igual proporción mira al derecho,  
Cuyos remates largos une y ata,  
Cerrando el paso entre los dos estrecho,  
Una galera fuerte, adonde бата  
El agua y haga al batidero pecho,  
Haciendo con la fuerza de sus remos  
Hermoso medio entre los dos extremos.

Esta es la principal y capitana,  
A quien siguen por orden y en hilera  
Ciento y cincuenta vasos, donde ufana  
Va caminando la fiereza fiera :  
Allí la gente de la gran Tabana,  
Postrera en orden, y en valor primera,  
Rompiendo va las aguas, y allí envía  
Sus tercios la soberbia Andalucía.

En caballos lijeros lleva á punto  
Tres veces cien mil tábanos gallardos ;  
Cien mil piqueros lleva, y á estos junto  
Otro número igual de agudos dardos ;  
Cien mil bocas de fuego, á cuyo punto  
Salen veloces de los cuerpos tardos  
Mil almas sin defensa del almete ;  
Que no la tiene el tiro de un mosquito.

Este mosquito es arma que declara  
Ser por su nombre de la mosca hechura,  
Que rayos velocísimos dispara  
Llenos de fuego, por su boca oscura :  
Ninguna malla su furor repara,  
Ni hay resistencia al ímpetu segura ;  
Arma en efecto fiera y enemiga,  
Que la mosca inventó contra la hormiga.

En todos son seiscientos mil soldados  
Los que el tábano rey furioso embarca,  
Que, de instrumentos bélicos cargados,  
Van en ayuda del moscón monarca :  
Esta legión de tábanos alados  
Que el largo espacio de su reino abarca,  
Arma de picas, dardos y arcabuces,  
Y los tercios de moscas andaluces.

El avellano, el pino y la noguera  
Le dieron los costosos materiales  
Para poder juntar tanta galera  
En los cerúleos cimicos cristales :  
Por ellos sulca la caterva fiera  
En setecientas máquinas cañales,  
Llevando entre los remos y las velas  
Barcos, bateles, fustas, carabelas.

No ha visto nunca el suelo cristalino  
Armada tan vistosa en siglos largos,  
Desde que del dorado vellocino  
Dió el robador el marinero de Argos :  
El número de gente que allí vino,  
Los trajes, las naciones y los cargos,  
Si tuviera cien lenguas y cien bocas,  
Fueran para contarle todas pocas.

Tres días cantando por el mar caminan,  
Facilitando el viento su viaje ;  
Aire contrario ó calma no imaginan  
Que les estorbe el próximo paraje :  
Ya que á la orilla corva se avecinan,  
Contempla entonces el mosquito linaje,  
Y el són de las trompetas y clarines  
Metén en la estación de los delfines.

Pero del mar parece que en la orilla,  
Contra la luna, que la tierra esmalta,  
Sube una vaporosa nubecilla,  
Que se va condensando y volando alta :  
Huyendo van los peces en cuadrilla ;  
El delfín manso por las aguas salta ;  
Caen los cometas con sus largas colas,  
Y el somorgujo danza entre las olas.



En las galeras las aristas mete  
El viento, y de la tierra las arroja:  
Temo que al mar su habitacion inquiete,  
Si la señal de su furor no alfoja:  
Trepando por el cañamo el grumete,  
El lino contra el impetu recoja;  
Y tú, sabia Terpsicore, me escondas,  
Viendo el peligro sin temer las ondas.

## CANTO V.

Entre las islas de la Eolia, adonde  
El Dios herrero su metal congela  
Y la fragua y los ciclopes esconde,  
Forjando el arma que al gigante asuela;  
Un monte con la punta corresponde  
A tanta altura, que su cumbre vuela  
A hacer vecina su soberbia cima  
Del orbe de la luna, que está encima.

Tiene el alto pináculo en su extremo  
Con mil cerrojos de diamante puro  
La puerta fuerte, que con serlo, temo  
Los que se encierran en su centro oscuro:  
La especie del soberbio Polifemo  
Le puso por reparo bien seguro  
Contra los presos, cuya voz se escucha,  
Sin ver entre ellos la soberbia lucha.

Allí la grande multitud de vientos  
Que al orbe por sus cuatro partes giran,  
Están en los oscuros aposentos,  
Y por salir á ver la luz suspiran:  
En la dura prision están atentos  
Si les abren la puerta, y todos miran  
Si se pueden salir por los resquicios,  
Probando á veces quebrantar los quicios.

No produce esta parte algun viviente,  
Ni yerba verde su distrito seco;  
Que solo vive allí la presa gente  
Y de las voces y el abullido el eco:  
Es de la fiera cárcel presidente,  
Que rige el antro tenebroso y hueco,  
Eolo, que manda en el oscuro espacio,  
Y tiene en él su cóncavo palacio.

El en los escondidos aposentos  
Es quien pone en prisiones y en cadena  
Las furibundas fuerzas de los vientos,  
Y sus veloces impetus refrena:  
El rige los soberbios movimientos  
Del Aquilon lijero, que serena  
El cielo; y echa de la oscura gruta  
Al Austro tenebroso que le enluta.

Allí se encierra el Euro ó el Levante,  
Que al rayo occidental se contrapone;  
Al Céffro, su opuesto semejante,  
Cuando á pisar las aguas se dispone;  
Pero si algunas veces por delante  
Contrasto de otro viento se le opone,  
En cólera se enciende y se alborota,  
Y con sus alas la marina azota.

Allí el hijo del Africa, Garbino,  
Está encerrado con su aliento tierno,  
Al Lebeche, su padre, tan vecino,  
Que hereda á veces el furor paterno:  
Cuando este ve las ondas imagino  
Que su fuerza acompaña el mismo infierno;  
Y porque de blandura no se precia,  
Pisa Garbino el polvo de Venecia;

Pero si acaso siente algun contraste  
De fuerza alguna de contrario viento,  
Tiende las alas por el ponto vasto,  
Las olas levantando al firmamento:  
No deja entónces en las naves trasto  
Que no le arroje al húmido elemento,  
Sembrando fiero con sus furias bravas  
De cana espuma voladoras babas.

Allí la rigurosa Tramontana  
Vive luchando, y por salir fuerza;  
Que es como viento y cual mujer liviana,  
Cosa por estas causas á ella aneja:  
Esta es quien lleva por el cielo ufana  
La escoba, con la cual le limpia y deja  
Exento de la nube que le ofende,  
Y con soplos sus lámparas enciende.

Esta al Bóreas helado engendra y cria  
Por obra abominable de adulterio  
Con el fiero Aquilon, y nos le envia  
A que hiera y maltrate el hemisferio:  
Este es el aire que la tierra enfria,  
Trayendo para el crudo ministerio  
Rayos de hielo que á la tierra arroja,  
Con que de su hermosura le despoja.

Allí del Austro enfermo la figura  
Pálida y amarilla se detiene,  
Que cargado de peste y desventura  
Sale á la tierra cuando á verla viene:  
Cuando este sale de la gruta oscura,  
Y con veloces alas se previene,  
Visita con el impetu primero  
La habitacion horrenda de Cerbero.

A la morada del trifauce pasa,  
Y luchando con él el fiero aliento  
Del cabezudo monstruo, le traspasa,  
Emponzoñado al riguroso viento:  
Despues en la infernal y horrible casa  
Donde tienen su lóbrego aposento  
Las tres Furias, colérico se mete,  
Dándoles él su pecho por retrete.

En una nube negra se revuelve  
De espesos y mortíferos humores,  
Que del Estigio lago se resuelve,  
Al aire levantando sus vapores:  
Despues, lleno de rabia, al mundo vuelve  
Cargado de diabólicos furores,  
Con que á las naves el camino estorba,  
Haciendo al mar soberbio que las sorba.

No solamente al pílagro molesta  
Cuando la gente que le habita espanta,  
Mas á la tierra con su soplo apesta,  
Y la robusta juventud quebranta:  
Mil pésimos olores manifiesta,  
Y de ocultas secretas los levanta,  
Y á españoles gallardos á montones  
De la Francia los suele hacer varones.

Quando este de la tierra en sazón mira  
Los frutos, sin clemencia los asuela  
Con las pedradas que de arriba tira  
Y las fuertes pelotas que congela:  
Es tan soberbio su furor y ira,  
Que lleva mil demonios cuando vuela,  
Y no se amansará si no le quita  
El conjuro la cruz y agua bendita.

Deste traidor el Labrador reniega,  
Pues son todas sus obras en su daño;  
Y cuando llueve, en un instante anega  
El trabajo y sudor de todo el año:  
A tanta inmensidad su furia llega,  
Y es tan terrible su furor extraño,  
Que, no contento con sus grandes robos,  
Suele arrojarlos encendidos globos.

Quando este sopla con su furia loca,  
No sigue el comun órden ni manera  
De los vientos, que lanzan por la boca,  
Narices y ojos el aliento afuera:  
Si á soplar furibundo se provoca  
Por la puerta pestifera trasera,  
Como fiero demonio el viento rompe,  
Y sopla el aire, y la salud corrompe.

Y así el ruido que en el aire suena,  
Con que á la gente tímida amenaza,  
Quando pensamos que en las nubes truena  
O que el cielo se hunde y despedaza,  
Es inventiva para darnos pena  
Y deste vil demonio sutil traza;  
Porque no es otra cosa, si se mira,  
Sino el ruido con que el soplo tira.



Y no es gran maravilla que moleste  
 Por donde quiera que su soplo pasa;  
 Que viento tan corrupto como este  
 No es mucho para el mal no tener tasa;  
 Y de aquí se tomó el llamarse peste  
 La enfermedad que no perdona casa,  
 Porque este nombre *peste* es derivado  
 Del ruidó del aire verberado.

Allí el Céfito manso, que restaura  
 El ánimo perdido al marinero,  
 Tiene presas las alas con que el aura  
 Esparce por las ondas placentero:  
 Allí se oprime la violencia caura,  
 Y tiene preso su volar ligero  
 Favonio, que, con Céfito abrazado,  
 Ocupan solos de la cueva un lado.

Allí en efecto la caterva encierra  
 De los vientos el dios que los corrige,  
 Y desde allí los unos da á la tierra,  
 Otros al reino que Neptuno rige:  
 Otros entre ellos con perpetua guerra  
 En la caverna con rigor allige,  
 Y alguna vez los ve con tal denuedo,  
 Que, aunque él es su señor, les tiene miedo.

Quiso en efecto el dios que los gobierna  
 Que á recrearse cierta vez saliesen  
 De aquella oscura y lóbrega caverna,  
 Y que las ondas de Neptuno viesén;  
 Y ántes de abrir la habitacion interna,  
 Y que ellos sus furios previniesen,  
 Eolo, que sus impetus aplaca,  
 De aquella cueva la cabeza saca.

Por el espacio de cristal rodea  
 La vista, y mira al uno y otro lado,  
 Y cuanto con sus ojos señorea,  
 De remo y vela vió desocupado:  
 No habian entónces de la gran Mosquea  
 Las espaciosas máquinas llegado,  
 Y vuelto al puesto de su gente fiera,  
 A los vientos habló desta manera:

« Monstruos alados de mi grande imperio,  
 Con quien el orbe universal conquisto,  
 Salid del riguroso cautiverio  
 A ver el golfo que tranquilo he visto:  
 Ocupe cada viento el hemisferio  
 Por donde con su vuelo al mundo embisto;  
 Que quiero ver de todos las hazañas:  
 Presurosos salid á correr cañas.

» Quédese en casa Céfito, que es tierno,  
 Y temo, si se mezcla en vuestra furia,  
 Si no os refrena y rige mi gobierno,  
 Que su niñez padezca alguna injuria.»  
 Dijo, y abrió; y cual suele del infierno  
 Salir rabiando serpentina furia,  
 Por cuatro partes de la horrenda boca  
 Salió bramando la progenie loca.

Ocuparon los vientos sus lugares,  
 Y á correr cañas con furor acuden,  
 Y á la par con denuedos singulares  
 Encuentros rigurosos se sacuden  
 No dejan cosa en los tranquilos mares  
 Que no la ensorberbezcan y la muden,  
 Y dando por el Cimico carreras,  
 Hallaron de las moscas las galeras.

Como la gruesa armada se interpuso  
 Al paso de los impetus veloces  
 De los soberbios vientos, allí el uso  
 Mostraron de sus ánimos atroces:  
 Ya el marinero allí se ve confuso,  
 Y temor manifiesta con las voces  
 Toda la turba, que turbada toda,  
 A procurar remedio se acomoda.

Solo el Sicaboron no se alborota,  
 Cuando á la gente el miedo sobresalta,  
 Y dando esfuerzo á la medrosa flota,  
 De popa en popa por las naves salta:  
 « Gente, dice, sin ánimo, idiota,  
 ¿Por qué el valor sin ocasion os falta?  
 Canalla femenil y espantadiza,  
 ¿Quién vuestro corazón atemoriza?

» A los vientos teméis, sin hacer cuenta  
 Que los contrarios mismos que os temblaron  
 Dirán á vuestros hijos por afrenta  
 Que los vientos á soplos os mataron?  
 No temáis que os anegue la tormenta,  
 Cuando contra nosotros conjuraron  
 Las ondas, ni que el mar se ensorberbece;  
 Que todo es aire cuanto mal se ofrece.»

Saltando aprisa va de barca en barca,  
 De batel en batel, de fusta en fusta  
 El asombro soberbio de la Parca,  
 Que contra su rigor furioso justa:  
 Los vientos, viendo al tártaro monarca,  
 Armados de su cólera robusta,  
 Parten furiosos á vengar su injuria  
 Contra la fuerte roca de su furia.

En un fiero huracan los vientos llegan  
 Pensando hacer al pobre Rey andrajos;  
 Su vista horrible con su soplo ciegan,  
 Escupiendo rabiosos espumajos:  
 El fiero Rey, que ve que en él se entregan,  
 Saca la fuerte espada echando tajos,  
 Que quiere con reveses y estocadas  
 Los vientos retirar á cuchilladas.

Furioso juega el cortador acero,  
 Mas poco allí su maña y fuerza importa;  
 Que contra el viento temerario y fiero  
 Ni valen golpes, ni su espada corta:  
 Pasa furioso el huracan lijero;  
 Queda la chusma de su furia absorta;  
 El agua salta fiera y ofendida,  
 Del aire bravo y de la espada herida.

Ya de la armada los soberbios cuernos  
 Cercanos van á ver los de la luna,  
 Y del mar en los cóncavos internos  
 Luego los precipita la fortuna:  
 Ya están las naves faltas de gobiernos,  
 Y el fondo dellas es una laguna  
 Del agua dulce de la negra nube  
 Y la del mar, que por el borde sube.

Ya con la fuerza del soberbio grito  
 Se aumenta entre la gente el alboroto;  
 Ni el pobre galeote entiendo al pito,  
 Ni los soldados oyen al piloto:  
 Ya se juzga el ejército precito,  
 La vela sin entena, el timon roto,  
 Los remos despreciados sin la sarta,  
 Y el marinero triste sin la carta.

Apercíbense á dar otra carrera,  
 Llegando á combatir los vientos juntos,  
 Con que no dejen nave ni galera,  
 Ni vivos cuerpos sin quedar difuntos:  
 Soltó por su pestifera trasera  
 Primero el Austro tres ó quatro puntos,  
 Dejando con la fuerza de sus truenos  
 A los soldados de sentido ajenos.

Parte el padre Lebeche y el Garbino,  
 Bóreas, el Aquilon y Tramontana,  
 Y sálenles al medio del camino  
 De esotros vientos la caterva insana:  
 Quebranta el bravo orgullo repentino  
 Las galeras del rey de la Tabana,  
 Desbarata las naves de Mirpredo,  
 Y hiende las del rey Asinicedo.

Solo el orgullo denodado aguarda  
 El del valle feroz de los barriles,  
 Que con violencia tal no se acobarda,  
 Que es un Héctor troyano, un griego Aquiles:  
 « Canalla, al viento dice, vil, bastarda,  
 Ejercitada siempre en obras viles,  
 Heridos volveréis á vuestra gruta  
 Por el espada del señor de Buta.»

A todas partes con furor esgrime,  
 Vomitando blasfemias por la boca,  
 Y cuando más el huracan le oprime,  
 Más á cólera y rabia se provoca:  
 No queda cosa, al fin, que no lastime  
 Del fiero viento la soberbia loca;  
 Mas este con mil votos y reniegos  
 Vomita contra el aire vivos fuegos.

Aquí y allí camina dando saltos,  
Y con la ronca voz furioso anima  
A los caudillos del esfuerzo falto,  
Poniendo con su vista horror y grima :  
Ya la gente vencida en los asaltos,  
Una della se cae, otra se arrima ;  
Mas él con vista y ánimo que espanta  
A los unos esfuerza, á otros levanta.

Furioso pasa de una en otra banda  
Cuando las olas más se ensoberbecen ;  
Por todas partes con esfuerzo anda  
Animando las gentes que perecen :  
Allí bogar á los remeros manda,  
Y ellos su mandamiento no obedecen ;  
Mas á aquel que en hacerlo dificulta,  
Entre las fieras ondas le sepulta.

Si acaso algun villano galeote  
Venía á su obediencia con tardanza,  
Nunca él encomendaba al fiero azote  
Del cómitre soberbio la venganza ;  
Porque solía dejar de solo un bote,  
Cuando el baston jugaba con pujanza,  
Seis piojos galeotes sin cabeza :  
¿ A quién no espantará tanta fiera?

No lleva en la cabeza yelmo duro,  
Ni cosa que del agua le defienda ;  
Que por ver el ejército seguro,  
Ni agua teme ni viento que le ofenda :  
Armado de su acero limpio y puro,  
En la ventisca funeral contienda  
Se ceba, y tira por las partes varias  
Estocadas de puño temerarias.

Ve que el viento pestifero enmaraña  
De largas jarcias la enredada cuerda,  
Sin saber en tal caso darse maña  
La triste gente, con el miedo lerda :  
Saca su espada el tártaro, y con saña,  
Porque allí tanta chusma no se pierda,  
Un tajo tira entre la turba absorta,  
Que nueve cuerdas de las jarcias corta.

Mas ; ay ! que en vano su valor esfuerza,  
Sin que su industria y maña le aproveche,  
Si hace la fuerza de los vientos fuerza  
A que el más animoso se despeche :  
¿ A quien no hará que el pensamiento tuerza  
El furibundo soplo del Lebeche,  
Y cuando aprisa va contra Favonio  
El Euro, cual colérico demonio ?

La helada y cana cabellera eriza  
La madre vil de Bóreas arrogante,  
Y por las naves pasa haciendo riza,  
Sin que deje timon que no quebrante :  
El Euro de su puesto se desliza ;  
Lebeche se le pone por delante ;  
Favonio, por su parte, y el Garbino  
Furiosos le salieron al camino.

El Austro sale al Aquilon opuesto,  
Y entre la gente con furor se mete,  
Sembrando rabia por su oscuro gesto,  
Y fuego por la cola, cual cohete :  
Echando entónces de su furia el resto,  
Furioso á las galeras arremete ;  
La turba al punto de los otros llega,  
Y trábese más fuerte la refriega.

Ya es la victoria del Lebeche, y luego  
La fiera Tramontana se la quita ;  
Ya el Austro se la lleva echando fuego,  
Y con sus truenos la victoria grita :  
Ya sale por la parte del Gallego,  
Quien le enoja y á cólera le incita ;  
Ya Garbino la lleva, y al momento  
Es la victoria y palma de otro viento.

La furia crece, y crece la violencia ;  
Y viendo entónces el total fracaso,  
Y que no tiene alguna resistencia  
Contra los vientos el ligero vaso,  
De los cielos imploran la clemencia  
Las miserables gentes, y en tal caso  
Las rodillas bajaron, y las manos  
Alzaron á los dioses soberanos.

Confiesan que á venganza se provoca  
Su dios, porque en su templo cometieron  
Mil sacrilegios con audacia loca,  
Por quien tales castigos merecieron :  
Juran allí de no poner la boca  
Donde los sacerdotes la pusieron,  
Ni chupar de la lámpara el aceite,  
Ni besar á las damas con afeite.

Y si el divino Júpiter les saca  
Libres á tierra de peligros tales,  
Y de los vientos el orgullo aplaca,  
Y templa de las aguas los raudales,  
En beneficio de la gente flaca  
Prometen visitar los hospitales,  
Y en recompensa y por debidas pagas  
Curar los pobres y lamer sus llagas.

El rey Sanguileon á Dios promete,  
Viendo la cara de la muerte al ojo,  
Porque el orgullo de los vientos quiete,  
Y él su rigor mitigue y justo enojo,  
Que envuelto en aromático pebete  
Le pondrá en sacrificio un gordo piojo,  
De cuya piel hará, si desta escapa,  
Para su estatua una bordada capa.

El tabaneco rey promete y jura,  
Mirando al fiero mar, que muchas veces  
En su centro les abre sepultura  
Para hacerlos sustento de los peces,  
Si de peligro tal les asegura,  
Recibiendo benévolo sus preces,  
De darle en sacrificios peregrinos  
De una pulga los grandes intestinos.

El rey Mirpredo entre el tumulto ciego  
A Júpiter promete un gran servicio,  
Si por su petición y justo ruego  
Se muestra en el peligro más propicio :  
Jura de dar á su divino fuego  
; Honroso y estimable sacrificio !  
Dos aradores, cuya carne herede  
El sacerdote, con que rico quede.

El poderoso rey Asincedo,  
Que ve con cuánta fuerza le amenaza  
Del Lebeche y el Bóreas el denuedo,  
Y el temor que sus ánimos abraza,  
Si les destierra Júpiter el miedo,  
Le ofrece por despojos de su caza  
Cuatro pulgones que la gente admiren  
Y que las riendas de su coche tiren.

Solo el Sicaboron no ofrece votos,  
Antes los echa con dos mil reniegos,  
Blasfemando los ánimos devotos  
Que ofrecen parias á los santos fuegos :  
»Gente, dice, comun, de ingenios botos,  
No useis llorando mujeres ruegos,  
Cuando podréis vosotros con la fuerza  
Que la fortuna sus intentos tuerza.»

Llegó la vil blasfemia á las orejas  
De los vientos, y viendo el menosprecio,  
Dispónense á correr unas parejas,  
Dando la palma al volador mas recio :  
Arqueó el Austro fiero las dos cejas,  
Y con ojos de fuego en el rey necio,  
Colérico, encaró la vista torva,  
Alborotando al mar porque le sorba.

Sobre una negra nube el viento pasa  
Lleno de rabia y de mortal congoja,  
Y aperciendo allí la helada masa,  
La envuelve luego con la lumbre roja :  
Llena la nube de sulfúrea brasa,  
Las fuertes balas junto al fuego arroja,  
Y cuando ve que en piedra se resuelve,  
De concha entónces con furor se vuelve.

Los fuelles pestilentes apercibe,  
Sobresaltando el viento de repente  
La lumbre, porque en ella se recibe  
La furia de su soplo pestilente :  
Sañudo enciende entónces y revive  
Entre las balas la materia ardiente.  
Y en aquel mismo punto arroja y fragua  
Rayos, centellas, truenos, piedras y agua.

La nube, herida con la fuerza extraña,  
Se rompe y echa de sus negros senos  
De durísimas piedras la montaña,  
Inferno de relámpagos y truenos:  
En las galeras descargó la saña,  
Y en los navios de soldados llenos  
Arrojó tantas piedras desde arriba,  
Que las velas dejó como una criba.

Con los terribles ímpetus desgaja  
Los anchurosos lienzos de las naves,  
Y cual suele en la arista ó leve paja,  
Hace también en los maderos graves:  
A muchas gentes el vivir ataja  
La pesada caída de las trabes,  
Que la terrible fuerza desencasa  
De las naves por donde el Austro pasa.

Llegan los otros al instante mismo,  
Y entre la gente misera descargan  
De las ondas del mar un fiero abismo,  
Y de las aguas que las nubes cargan:  
Las gentes del soberbio tabanismo  
Unas con otras con temor se adargan,  
Anegando la furia repentina  
La turba mirmiliona y la mosquina.

El caballero tártaro, que mira  
Con cuánta fuerza hiere y amenaza  
El fiero viento, que pedradas tira  
Y galeras y naves despedaza,  
Colérico y sañudo se retira.  
Y con el cuerpo de un timon se abraza:  
Que sin reparo el triste no se atreve  
A resistir que el viento no le lleve.

Los fuertes brazos denodado cruza,  
Y al grueso leño con esfuerzo traba,  
Mientras la rigurosa escaramuza  
De los vientos coléricos se acaba:  
Mil almas en el piélagu zampuzca  
El Austro fiero con su furia brava,  
Y con la fosca vista y torvo ceño  
Presuroso arremete contra el leño.

Por todas partes el soberbio pino  
De muchos vientos el furor rodea,  
Con cuyo sobresalto repentino  
El árbol temerario titubea:  
El Lebeche furioso sobrevino,  
Que el árbol alto de su altura apea,  
Y al fin fué tal del viento la codicia,  
Que el timon de su sitio se desquicia.

Con la grande caída el árbol bronco  
Tocó las aguas con su altiva cima,  
Echando al Rey, asido por el tronco,  
Del borde de la nave por encima:  
Sacando entónces el acento ronco,  
El barriliense la caterva anima,  
Y puesto como pudo en una tabla,  
Contra los cielos mil injurias habla.

Camina el denodado caballero  
Caballero en la tabla que su vida  
Entónces guarda del peligro fiero,  
Sin ser entre las ondas sumergida:  
Desnudo lleva el cortador acero,  
Que vengar le compete la caída:  
Y mirando las nubes con mil quejas,  
Mil veces puso el dedo entre las cejas.

Fué tanto el grito de la pobre gente,  
O fuese el golpe del timon caído,  
O las blasfemias con que el insolente  
Tártaro altera el mar con su ruido,  
Que hasta en su alcoba el dios Neptuno siente  
Que su hermoso cristal es ofendido,  
Y saliendo á mirar sus claras linternas,  
Oyó el lamento de sus bellas niñas.

Abrió entónces colérico la puerta,  
Cuando miró en su umbral el dios marino  
A Anfítrite de espanto medio muerta,  
Y pálido el color de Tétis y Ino:  
Huyendo vino aprisa Melicerta,  
Y Glauco temeroso aprisa vino;  
Los piés movió turbada Panopea,  
Y Doris con la ninfa Galatea.

«¿Quién diablos, dijo con la vista torva,  
Vuestro sosiego sin temor perturba?  
Quién el camino por el mar estorba,  
Y mis cristales con audacia turba?  
Abraze el mar porque al instante sorba  
Entre sus ondas la atrevida turba:  
Dadme al momento el heridor tridente,  
Daré fin á su término insolente.»

«Señor, dijo un triton, estos garbinos  
Que Eolo en su cueva oscura rige,  
Han dado al traste hoy con los mosquinos,  
Por cuya causa su nación se aflige;  
Y si acaso en favor de tus marinos  
Tu fuerza sus orgullos no corrige,  
Nadie estará seguro de sus sañas,  
Y cada día vendrán á correr cañas.

«¿Cómo será posible que tus gentes  
Puedan vivir en tu servicio gordos,  
Si en favor de traidores delincuentes  
Tus oídos permites que estén sordos?  
¿En tu palacio alguna vez no sientes  
Los recios y fortísimos bohordos  
Que tira el Austro cuando al mar asalta,  
Con que tus bellas ninfas sobresalta?»

«No ha quedado galera á quien no haya  
Dado con sus carreras un mal rato,  
Deshecho á mil navios en la playa  
Con repentino estrépito y rebato:  
Manda, señor, que un mensajero vaya,  
Y á Eolo reprenda su mal trato,  
Y aun castigue la páfida insolencia  
De perturbar el mar sin tu licencia.»

«Yo lo jurara que los vientos eran,  
Dijo Neptuno, los que tal estrago  
Han hecho por el mar y los que alteran  
De mis cristales el hermoso lago:  
Dadme el tridente, los soplonos mueran;  
Por mi cabeza juramento hago  
Que se han de ver sus cóleras difuntas  
A fuerza del rigor de mis tres puntas.

«Pero no será justo que se diga  
Que una canalla que en cadenas mora,  
Al dios que rige el mar inmenso obliga  
A castigar su cólera traidora:  
Otro mejor camino es bien que siga;  
Que este mi sér y calidad desdora:  
Mejor será enviar quien en mi nombre  
Su atrevimiento riña y fuerza asombre.»

«Rompa las aguas un triton volando,  
Y déle á Eolo de mi enojo nueva,  
Al cual le notifique que le mando  
Que emprisione los vientos en su cueva;  
Y que otra vez de véras ni burlando  
A darles suelta por el mar se atreva,  
Si no quiere que yo... Mas basta esto:  
El triton se despache, y vuelva presto.»

La cabeza bajó el triton lijero  
En señal de obediencia, y sin tardanza  
Sobre un delfín se planta, y caballero  
Va por el mar, y entre sus olas danza:  
Saca en la orilla el cuerno mensajero,  
Y soplando por él con gran pujanza,  
Relata su embajada, y al momento  
Vuelve el delfín las ancas al dios viento.

El dios Eolo, entónces lleno de ira,  
Suspense estuvo con la nueva un rato,  
Y á la cueva enojado se retira  
Porque se cumpla el imperial mandato:  
Con rabia grande los cerrojos tira,  
Y el Céfiro saliendo hermoso y grato,  
Poniéndose á su dios y rey delante,  
Le trocó la tristeza en buen semblante.

Que, como cuando el dios omnipotente  
La tierra con los rayos amenaza,  
Si Ganímédes con su hermosa frente  
Hace á su dios de su hermosura plaza;  
Si á Júpiter le lleva por presente  
Del mosto celestial la llena taza,  
Al dios altitonante desenoja,  
Y el furor de su cólera le afloja;



Así cuando el furor y rabia crece  
En el dios que los vientos emprisiona,  
Si allí el humilde Céforo parece  
Con su divino talle y su persona,  
Si ricos besos á su dios le ofrece,  
Y él bebe el aura dulce y regalona,  
Desecha el vulto y el aspecto triste,  
Y de hermosura y resplandor se viste.

«Corre al mar, dijo al Céforo, y al punto  
Tus vuelos por el Cimico derrama,  
Y de los vientos al estruendo junto  
A mi mandado y obediencia llama:  
Apacigua las aguas, que barrunto  
Que el mar herido por los aires brama;  
También quedito al dios Neptuno llega,  
Y su furor y cólera sosiega.»

Sale á hacer el mandado, y no discrepa  
La ejecución un punto del intento,  
Y en la region acelerada trepa  
Con lento y agradable movimiento:  
Busca sus compañeros porque sepa  
La intencion de su rey cualquiera viento;  
Llega á Neptuno y su furor amansa,  
Y con su vista el liero mar descansa.

Rinde tranquilo el cristalino paso  
A las sin forma naves y galeras,  
Que dudan tras el misero fracaso  
La entrada por las próximas riberas:  
Muéstrase el cielo sin las nubes raso,  
Y amedrentadas las naciones fieras,  
Las manos juntas para el cielo empanan,  
Y á la corva ribera se avecinan.

Las primeras galeras que llegaron  
Fuéron de las cortezas singulares  
Que los soldados cénzalos quitaron  
A la pulgona gente en los habares:  
En el arena el áncora aferraron,  
Si puede ser que al áncora compares,  
Lector, el garabato en la corteza  
Que á las habas les dió naturaleza.

No hubo en los demas algun soldado,  
Aunque cansado de tan dura guerra,  
Que aguardase á salir del mar salado,  
Porque el esquite le pudiese en tierra;  
Qu' unos salieron con presteza á nado,  
Mientras en tierra el áncora se afierra;  
Otros echando por el aire el vuelo,  
Pisaron presto el arenoso suelo.

El rey Sicaboron solo y remoto  
Algun peligro temo que padezca,  
Y sin nave, sin gente y sin piloto  
Pesaráme en el alma que perezca:  
Ruéguele á la fortuna algun devoto  
Que á mi musa con vida se le ofrezca,  
Porque el suceso de su mal le cuente,  
Y ella lo mismo á la curiosa gente.

## CANTO VI.

¿Quién puede ser quien á mi musa admira,  
Y con su vista su hermosura espanta?  
¿Qué cosa nueva por el golfo mira,  
Que las treguas del ocio le quebranta?  
¿Qué oculta fuerza sin templar la lira,  
A que cante la fuerza, y versos canta?  
¿Quién mi pesada mano facilita  
Para escribir lo que su voz me dita?

¿Qué Meguera infernal las aguas hiende,  
Y dando en ellas temerarias coces,  
Con piés y manos su cristal ofende  
Y al cielo con la fuerza de sus voces?  
¿Qué temerario monstruo el aire enciende  
Con fuego de sus ojos, tan atroces,  
Que en humo el agua convertida sube,  
Resuelto su vapor en negra nube?

¿Es por ventura el monstruo horrendo y feo  
Que nadando á la orilla se endereza,  
El que contra las hijas de Cefeo  
Envió de las diosas la dureza?  
Mas no; que el valentísimo Perseo  
Ya triunfó de su indómita cabeza,  
Después que la saxífica Gorgonia  
Cortó con el escudo de Tritonia.

Mas ya descubre su presencia bruta,  
Y si su misma forma representa,  
El es, sin duda, el tartaro de Buta,  
Que escapa del peligro y la tormenta:  
Desde las aguas á la tierra enjuta  
En cólera encendido se presenta,  
Y con sus hechos á mi musa obliga,  
Sin detenerse, á que en cantar prosiga.

Salió este rey del Cimico salado,  
Lleno de rabia, cólera y enojo,  
Dividiendo las aguas cual pescado,  
Pesado con la fuerza del remojo:  
Cuando, dejando de la orilla el vado,  
Al rayo caluroso del dios roja,  
Flemático descansa de la fuga  
Del mar, y el agua que le oprime enjuga.

No se le acuerda de rendirle gracias  
A la piedad del cielo, que le trujo  
Libre de las tormentas y desgracias  
Del mar, que padecía de aguas flujo;  
Mas de blasfemias en su sér reacias  
Una soberbia multitud produjo,  
Y ántes, en vez de compungirse, peca,  
Y allí las gracias en pecados trueca.

Con rabia inmensa blasfemando, jura  
De derribar de las divinas salas  
Al Dios que rige la suprema altura,  
Y de amansarle la soberbia á Pálas;  
De apoderarse en la region oscura  
Del dios Pluton, y de cortar las alas  
A Mercurio, y de hacer que á todos ellos  
Apriete Marte los altivos cuellos.

No ha de quedar en el Olimpo diosa  
A quien con sus rigores no persiga,  
Si no es que el ruego de la mas hermosa  
A dar de mano á su crueldad obliga:  
La casta diosa, que ha de ser su esposa  
Dice, y que Juno servirá de amiga,  
Y Vénus de su ejército ramera,  
Y la madre Cibéles de tercera.

Estas razones y otras tales dijo,  
Injuriando con ellas á los cielos,  
Y en ellos siempre el rostro horrible fijo,  
Como en única causa de sus duelos:  
Y ya tras el pasado mal prolijo,  
Dar quiso al viento sus enjutos vuelos,  
Cuando otro encuentro peligroso encuentra,  
Y de Caribdis en los sirtes entra.

Vió caminar por la cercana orilla,  
Y que en su contra se venia derecha,  
Una estantigua flaca y amarilla,  
A la humana figura contrahecha:  
Al tartaro el aspecto maravilla,  
Aunque imagina entónces y sospecha  
Que contra su valor el miedo traza  
Esta inventiva para darle caza.

Eran todos sus miembros carcomidos,  
Marchitos, tristes, sin color y yertos,  
De la pobreza y desnudez vestidos,  
En ansia vivos, en aspecto muertos;  
En dos cavernas lóbregas metidos  
Los ojos, y los huesos descubiertos,  
Las cuerdas encogidas, y las venas  
Vacías de sangre, y de flaqueza llenas.

Miró la bestia al Rey, y el Rey miróla,  
Y apenas pudo detener la risa,  
Viendo su forma revejida y sola  
Con cuánta flema las arenas pisa:  
«Hola», le dijo al Rey; y el Rey á él «hola»,  
Que le responde sin temor le avisa,  
Cuando á ver lo que quiere se previene,  
Saliéndole al camino por do viene.

Apresuré el ligero movimiento  
El barriliense rey pequeño espacio,  
Y la figura con su paso lento  
Puso delante dél su vulto lacio :  
« Demonio, el Rey le dijo, macilento,  
Si demonios caminan tan despacio,  
O si ya que en el paso no lo eres,  
Demonio en la figura, ¿ qué me quieres ?

» Eres, di, por ventura, vil fantasma,  
O alguna falsa y hechicera bruja  
Que con fuerza de unción ó cataplasma  
Ara su frente y la sustancia estruja ?  
Porque no soy persona que se pasma  
De verte tan decrepita y magruja,  
Ni lo hiciera si fueras un vestiglo  
Venido al nuestro desde el otro siglo.

» Eres de alguna mosca el alma en pena,  
Que en forma triste y en aspecto flaco,  
Sin el cuerpo insepulto en el arena,  
Penando vives por el aire opaco ?  
Que si por esta causa te condena  
A destierro de gloria el justo Eaco,  
Por el dios grande de las moscas juro  
De igualarte en la suerte á Palinuro.»

Dijo ; y entónces el tránsito bulto,  
Apartando del rostro macilento  
El cano y raro crin suelto y inculto,  
Así sacó el debilitado aliento :  
« No tengo mi cadáver insepulto,  
Ni soy alma que habito por el viento ;  
Que ántes de cuerpos y almas soy estrago,  
Y el alma quito al cuerpo, y le deshago.

» No soy fantasma, bruja ni estantigua,  
Como á tus ojos dices que parezco ;  
Porque más que esas cosas soy antigua,  
Y en mi vejez la informacion ofrezco :  
Mi proceder decrepito averigua  
El efecto tan duro que apetezco ;  
Es mi madre la gula, el tiempo padre,  
Y soy de insultos y trabajos madre.

» Yo soy aquella que primeramente  
Fui por orden de aquel que así lo quiso,  
Quien al padre primero de la gente  
Tenté cuando salió del paraíso ;  
Yo soy por quien le dijo al delincuente,  
Saliendo á su destierro tan preciso,  
Que yo le haria mil veces que sudase,  
Porque de mis rigores se librase.

» Yo soy aquella que de casa en casa  
A los mortales miseros visito  
Tres veces cada día, y pongo tasa  
En lo que morirán si se lo quito :  
Yo soy aquella de virtud escasa,  
Porque soy quien la estrago y la marchito ;  
Y soy quien hizo que Eresicton fuese  
El mismo que á sí mismo se comiese.

» Yo soy aquella que de ley carezco,  
Cuya frásis latina se tradujo  
En decir en Castilla que parezco  
Cara de hereje con mi ser magrujo :  
Soy la que los manjares encarezco,  
Y sin ser quien los gasto, soy quien trujo  
El mundo á tal extremo, que al materno  
Diente he dado á comer el hijo tierno.

» Yo soy, en suma, un perro de hortelano,  
De todos los vivientes enemiga,  
Que para mí ninguna cosa gano  
Cuando del bien ajeno soy mendiga :  
Yo soy aquella que el pequeño grano  
Vedo á la boca de la astuta hormiga ;  
Y siendo quien que coman no consiento,  
Soy quien de ayuno y hambre me sustento.

» Allá en un monte de la Scitia extrema  
Tengo mi casa sola, oscura y triste ;  
Donde con fuerza el aguillon requema  
La tierra, que de yerba aun no se viste ;  
Adonde el rayo del calor no quema,  
Por el hielo cruel que le resiste :  
Allí habito, teniendo con quien trate  
Solo al temor, que allí los dientes bate.

» Desde allí solamente á verte vengo,  
Por si eres tan valiente como dice  
La fama tuya, á quien envidia tengo,  
Y quiero ver si tu valor desdice :  
La Hambre soy, que hacer en ti prevengo  
Lo que en el pecho de Eresicton hice :  
Aquí sabrás quién soy, y yo quién eres,  
Si no viene en tu ayuda Baco y Ceres.»

Dijo ; y furiosa, el magro vulto llega,  
Y al Rey soberbio con audacia toca ;  
El rostro hambriento con el suyo pega,  
Respirando veneno por la boca :  
El iracundo Tártaro reniega  
Viendo la furia temeraria y loca,  
Y buscando confuso los aceros,  
La hambre cruda se los dió más fieros.

Lucha con el soldado, y de repente  
Desaparece el monstruo en la ribera,  
Pensando en aquel trance el Rey valiente  
Que en tenues auras se voló la fiera ;  
Pero al instante en lo interior la siente  
Que de sus fuertes miembros se apodera,  
Y juzga que se entró por el estrecho  
De su gaznate á dar mal rato al pecho.

No sale por la Libia leon hambriento  
Con bramidos tan altos y feroces,  
Dejando atrás al más ligero viento  
La fuerza de sus impetus veloces,  
Como salió con denodado intento  
Hiriendo al cielo con soberbias voces,  
Traspassando los aires cual cometa  
Este moscon, á quien el hambre inquieta.

No encuentra en todo el campo quien le lleve  
A su ejército, ó dél le traiga nueva ;  
Los secos vientos presuroso bebe,  
Y el corazón hambriento en ellos ceba :  
Vuela un espacio largo en curso breve ;  
Por esta parte y la contraria prueba,  
Y mirando por todas desde lejos,  
De un chapitel le dieron los reflejos.

En él la vista denodado encara,  
Y ser remate de una torre mira,  
Y como el perro, á quien suspende y para  
El aire de la prisa con que gira,  
Del viento al fresco aliento se repara,  
Y tras el rastro de la caza tira ;  
Así estotro repara á ver la torre,  
Y vista, al punto allá se parte y corre.

Paróse en la mitad del campo raso,  
Por ver si por la parte donde iba,  
Para saber para la torre el paso,  
Hallaba rastro de persona viva :  
No pudo ver alguna, pero acaso  
Humo miró subir la torre arriba,  
Y apenas esto vió, cuando al momento  
Se puso bien cercano del cimientto.

Por entre el humo negro se divisa  
Una encendida y temeraria hoguera,  
Y gente junto á ella, que con prisa  
Solía cruzar solícita y ligera :  
Quiso hacer en secreto la pesquisa  
Y mirar, sin ser visto desde afuera,  
La verdad del suceso, y para el caso  
El cuerpo guarda, y apresura el paso.

Y á poco espacio por las dos ventanas  
De sus narices anchas entró un viento,  
Dándole ¡ gran ventura ! nuevas sanas  
Al triste corazón y pensamiento ;  
Que allí sin duda sus hambrientas ganas,  
El cansancio pasado y el tormento  
Que la fiera en su estómago le causa,  
Tendrán limite cierto y pondrán pausa.

Alegran los espíritus vitales  
El buen olor que por el aire vino,  
Y aparta luego con premisas tales  
De sus sentidos el furor mohino :  
Después por los desiertos arenales  
Torciendo su camino sin camino,  
Sin que alguno pudiese ver por dónde,  
Llega á la torre, y sin temor se esconde.

Era esta torre desde donde acecha  
El rey Sicaboron cuanto alli pasa,  
Por obra insignie, de una pieza hecha  
Sin mezcla de betunes y argamasas:  
La punta sube desde el pié derecha,  
Cuya cumbre sin par las nubes pasa,  
De manera que vieran en su altura  
De otro Nembrod soberbio la locura.

Del chapitel la punta se divisa  
Con tanta altura, que sin duda creo  
Que no puso pirámide Ardemisa  
Tan grande á su difunto Mausoleo:  
La negra sombra de su altura pisa  
De tierra muchos pasos en rodeo,  
Obra al fin que la madre comun pudo  
Hacer, adonde el arte quedó mudo.

Mas ya el curioso por saber codicia  
Qué torre es esta ó qué milagro raro,  
Obra mejor que la soberbia Egicia,  
Más admirable que el ingenio fero:  
Sepa, si no ha llegado á su noticia,  
Que esta, con quien alguna no comparo,  
Era un hongo terrible y estupendo,  
De la peñada tierra parto horrendo.

A sombra de su altísima techumbre  
Cuatro pulgas armadas razonando  
Vió, que entre brasas de infinita lumbre  
Una liendre montés iban asando:  
No le dieron las armas pesadumbre  
Al Rey, que el espectáculo mirando  
Se alegra, y entre el grande regocijo  
Oyó á un soldado pulga que así dijo:

«Ya sabe nuestro ejército por cierto,  
Que el rey Sicaboron, comun padrastró  
De nuestras fuertes gentes, es ya muerto,  
Gracias al cielo y al propicio astro:  
No ha sido por los suyos descuberto,  
Ni dél por ningun modo se halla rastro;  
Y si él en nuestra contra no se halla,  
Vencerá el gran Mirnuca la batalla.»

«Eso nunca será mientras yo viva,  
Dijo el tártaro rey entre sus dientes,  
Si del vital aliento no me priva  
La enemiga comun de los vivientes:  
Aparejaos, canalla vengativa,  
Porque habréis menester el ser valientes;  
Que llega cerca del redil el lobo,  
Que piensa hacer en vuestra presa robo.»

Salió á sus ojos el varon dispuesto  
Con denuedo feroz, mostrando á todos  
Los cuatro juntos el transido gesto  
Y el cuerpo estropeado de mil modos:  
Ellos, su vulto viendo tan funesto,  
Estábanle con risa echando apodos:  
«¿Qué demonio el infierno nos envía,  
Ó qué vestiglo ó comedora harpia?»

Oyelo todo el Rey y disimula,  
Y á llegar cortesmente se comide,  
Y dice: «Caballeros, si estimula  
Lástima vuestro pecho del que pide,  
Si el que es pobre y hambriento tiene bula  
Para que donde hallare se convide,  
Pues para solos cuatro asais tal bestia,  
Que os la ayude á comer no os dé molestia.»

«Hidalgo, que en lo flaco y estrojado  
Nos muestra ser hidalga su persona,  
¿Qué ballena del mar le ha vomitado?  
Dijo una pulga entónces socarrona:  
Diga, ¿quién las mejillas le ha chupado,  
O cómo así trae hecha la mamona?  
Pase adelante presto, si no espera  
Que como estotra liendre asado muera.

»Bien sabe, amigo, que de asar vivimos,  
Porque este solamente es nuestro oficio,  
Y que no estando asando, nos morimos;  
Que es nuestra vida ajeno perjuicio;  
Y pues sin ser asado, permitimos  
Que libre pase, estime el beneficio,  
Y sepa que se engaña si hace cuenta  
Que es la campaña bodegon ó venta.»

La sangre helada, con la furia hambrienta  
En cólera se enciende, y el enojo  
Al furibundo tártaro atormenta,  
Por ver su acero en sangre aleve rojo:  
«Hoy, gente vil, me pagareis la afrenta,  
Dijo, si de las vidas os despojo,  
Y que me déis hará la fuerza mia  
Lo que no pudo hacer la cortesía.»

Saca desnudo el cortador acero,  
Que ha sido en sus fortunas y trabajos  
Por la tierra y el mar su compañero,  
Temblando mar y tierra de sus tajos:  
«Salid, dice, canalla, porque quiero  
Vuestra carne villana hacer tasajos,  
Y con ella y la liendre que se asa  
Desterrar esta hambre de mi casa.

»No me da pesadumbre que seais cuatro,  
Porque sois para mi pequeña presa;  
Que tengo lleno el infernal baratro  
De gente fermentida como esa:  
De que no pueda verse en un teatro  
Mi gran valor y vuestro fin me pesa,  
Aunque bien sabe el mundo que á millares  
Suelen matar las pulgas mis pulgares.»

Levántase al instante la caterva,  
Y á los furiosos golpes se apercibe,  
Temiendo á tiempo tal la verde yerba  
Que con la sangre de vendor se prive:  
Batalla tan horrenda y tan acerba  
No la han visto en el mundo, ni se escribe,  
Desde que juntan gentes enemigas  
Contra las fuertes moscas las hormigas.

Visten al punto los siniestros brazos  
De recios y finisimos escudos,  
Reparo, si le tienen los golpazos  
De los aceros limpios y desnudos:  
Rompe el Sicaboron los fuertes lazos  
De los almetes con los golpes crudos,  
Y al cielo y á la tierra pone grima  
De las pulgas y el tártaro la esgrima.

Todo soldado con valor se adarga,  
Y con furor colérico acomete;  
Pero el Rey con su espada los alarga,  
Cuando por ellos sin temor se mete:  
Sobre la gente misera descarga  
Golpes, sin que resista capacete,  
Y los cuatro con saltos se le acercan,  
Y por las cuatro partes al Rey cercan.

A la serpiente vibora semeja  
Entre fieros leones africanos,  
Que por picarlos y escapar forceja  
De entre las gritas de sus piés y manos;  
Al jarameno toro, á cuya oreja  
Acuden á cebarse los alanos;  
Al jabali cerdoso, que en los cerros  
Matando se defiende de los perros.

Entre la fiera turba que rodea  
Su vulto, al de la ira semejante,  
Con la espada furioso se mosquea,  
Jugando de ella como de un montante:  
Lijero á todas partes se menea;  
Ya retira la pulga de delante,  
Ya espanta la de atras, y denodado  
Ahuyenta la del uno y otro lado.

Seis pasos una pulga se retira,  
Atento el bravo Rey á ver su ensayo,  
Y ve que un dardo pasador le tira,  
Que le causara el último desmayo:  
Húyete el cuerpo el Rey, que el dardo mira,  
Y déjale que pase como un rayo:  
Pasa, y al paso que de allí se aleja,  
Llega su espada á la contraria oreja.

Dale al instante tan terrible bote,  
Que del aliento y el vivir le priva,  
Y la oreja con medio del cocote,  
Matizando la yerba, le derriba:  
Sintieron los soldados el azote,  
Encendidos en cólera más viva,  
Mirando con el golpe repentino  
El ángulo cuadrante vuelto en trino.



Viéndose entónces del soldado faltos,  
Los tres pulgas coléricos reniegan,  
Y al tártaro furioso con sus saltos  
Rabiando se avencinan y se llegan,  
Y descargando los aceros altos,  
Golpes al aire rigurosos pegan;  
Y el fiero Rey, probando arremetidas,  
Con la muerte amenaza sus tres vidas.

Acércanse los tres, pero no tanto  
Que al tártaro le toquen á la ropa;  
Que tienen ya experiencia del quebranto  
Que hace en las armas que su espada topa:  
Tan fuertes golpes no se han visto en cuanto  
Da sombra de la torre la alta copa,  
Ni en cuanto el sol con sus caballos corre,  
Que es poco más que sombra hace la torre.

Mientras tiene el jayan los dos delante,  
Y entre ellos lleno de furor se envuelve,  
Luego contra la espada del gigante,  
Brotando enojos, el tercero vuelve:  
Tírale un cortapiés, pero al instante  
El pecho fuerte el tártaro revuelve,  
Y antes que pueda herirle el bravo tajo,  
Salta, y pasa la espada por debajo.

Su nombre allí el soldado pulga ensalza,  
Si con el fuerte tajo no le yerra;  
Y si el Rey tan ligero no se alza,  
Diera fin con el suyo á aquella guerra:  
Echale entónces á la pulga calza,  
Que levantar le hizo de la tierra  
Más de diez piés bien largos, aunque sean  
De aquellas pulgas que con él pelean.

Valióle la lijera cabriola  
El escapar de la mortal herida;  
Que cortar le pudiera aquella sola  
Con las piernas el hilo de la vida:  
Entónces el rey tártaro enarbola  
El brazo, y con su cólera ofendida  
Hizo con un revés lo que no hizo  
De tajo el pobre pulga, á quien deshizo.

Ya con estas son dos las que caminan  
A dar la nueva á la region oscura,  
Cuando las dos restantes determinan  
Poner fin miserable á su locura:  
Contra el fiero pagano se avencinan,  
Y la que estaba en parte más segura,  
En su cabeza un golpe dió de llano,  
Que en el taller le oyeron de Vulcano.

Quedó el soberbio tártaro aturdidio  
Con la fuerza del golpe temerario,  
Que pareció tocarle en el oido  
Más campanas que tiene un campanario:  
De su vista al diabólico sentido  
Se le ofrecieron; caso extraordinario!  
Tal número de estrellas, que Zoroastro  
No conoció de noche tanto astro.

Cayó, mas fué de suerte la caída,  
Que subió más de punto su impaciencia,  
Y con la vista en cólera encendida  
Se levanta á la fuerte competencia:  
Fué como cuando sale más herida  
Y suele hallar mayor la resistencia;  
Que más entónces se levanta y bota,  
Sacudida con fuerza, la pelota.

«Gentes infames, dijo, gentes viles,  
Hoy quedaréis sin vida en la batalla,  
Aunque estuviera como la de Aquiles  
Invulnerable vuestra fuerte malla;  
Que del valle el señor de los barriles  
Como otro París en contrario se halla;  
Hoy moriréis, villanos, gente astuta,  
A las manos del tártaro de Buta.»

Apénas el del valle Barriliense  
Con apellidos tales se les nombra,  
Cuando no queda pulga que no piense  
Que la muerte en el tártaro la asombra:  
Pidenle que el enojo recompense  
Con que solo le dejen á la sombra,  
Y allí la liendre que se asaba dejen,  
Porque él los deje que de allí se alejen.

No repara el jayan en sus razones,  
Ni pudo, estando en cólera metido,  
De las pulgas oír las peticiones,  
Ni en sus ofertas aceptar partido:  
Quisieran excusarse los varones  
Pulguinos con no haberle conocido;  
Mas él á sus excusas y á sus quejas  
Hace; oh crueldad! de mercader orejas.

Las pulgas con piedad al Rey arguyen,  
Mas no sacan provecho deste lance;  
Y al fin, como pudieron huir concluyen  
Para escapar del riguroso trance:  
Con las alas del miedo los dos huyen;  
Sigue el maldito tártaro el alcance,  
Y acércaseles presto el monstruo fiero,  
Que más que el miedo mismo era lijero.

Ya en las pisadas sienten que se acerca  
Como lijera bala de escopeta;  
Que su obstinada rabia y furia terca  
Ni á la humildad ni á la piedad respeta:  
Tírale una estocada á la más cerca,  
Y por la espalda hasta la cruz le espeta  
La espada, que sacó la punta dura  
Envuelta en las entrañas y asadura.

En tanto que el pagano rey de Buta  
En el cuerpo pulguino miserable  
Con demasiada cólera ejecuta  
El acto furibundo y execrable,  
Con saltos largos la restante astuta,  
Huyendo del peligro inevitable,  
Sin dejar de sus pasos las señales,  
Huyó por los desiertos arenales.

Vuelve fiero la vista, y por la playa  
Ni el campo el otro pulga se divisa,  
Y pésale en extremo que se haya  
Escapado el contrario tan aprisa;  
Mas porque ya la hambre le desmaya,  
Vuelve á la liendre que para él se guisa,  
Y al punto descubrió la excelsa cumbre  
Del chapitel, la torre, el humo y lumbre.

Llega el pagano, y de la misma traza  
Que el leon que, saliendo de su cueva,  
Presas hicieron las suyas en la caza,  
Y en las carnes colérico se ceba:  
Así á la grande bestia despedaza,  
Y arreo el cuerpo de la liendre lleva,  
De manera que el tártaro en un punto  
Se comió carne y huesos todo junto.

Después que de la hambre el mal prolijo  
Y el bélico furor hubo pasado,  
Y entró en su ayuno cuerpo el regocijo,  
Junto y revuelto con estotro asado;  
«Vencite, bestia temeraria, dijo,  
Vencite, bulto triste y estrujado;  
Con una bestia muerta quedas muerta,  
Entraste, y sales por la misma puerta.

Salió la hambre de su cuerpo y casa,  
Y apénas este ya vencido sale,  
Cuando otro el pecho con furor le abraza,  
Que tanto como el otro puede y vale:  
La fiera sed sus hígados traspasa,  
Que apénas hay tormento que le iguale;  
Que sed, desnudez y hambre son los ciertos  
Enemigos del cuerpo descubiertos.

Pero no duró tanto su tormento;  
Porque el libero padre siempre franco  
Quiso aplacarle su furor sediento  
Al que era entónces de la sed estanco.  
Extendió su ligero movimiento  
El moscón, y halló un grano de uva blanco,  
Del cual chupando el regalado zumo,  
Subió á los ojos el alegre humo.

El dulce humor con el aliento trujo  
La sed, haciendo de su pecho fuga,  
Y falto de licor quedó el orujo,  
Como cuando el lagar su bulto arruga:  
El tártaro á la sombra se retrujo,  
Y allí el sudor de su cansancio enjuga,  
Mientras la fuerza del calor que abraza,  
Pasa, y la del licor chupado pasa.

Allí, por permisión del padre Baco  
Y por el grande beneficio y obra  
Que obró en el cuerpo tan sediento y flaco,  
El jaez de la uva el nombre cobra ;  
Y es conclusión que de premisas saco,  
Que para buena conjetura sobra  
Ver que sustenta el nombre, y que se llama  
La especie de uva, moscatel por fama.

¿Quién duda que haya nombre que no tenga  
Derivación alguna ó fundamento,  
Para dar á entender que le convenga  
Su nombre mismo por algun intento ?  
Pues ¿qué origen tendrá, de donde venga  
Con tanta propiedad ni tan á cuento,  
Para que llamen moscatel la fruta  
Que dió la vida al gran moscon de Buta ?

No habia dormido el varonil soldado,  
Y apoderado dél el dios Lieo,  
A las ninfas del campo encomendado  
Le dejan y en los brazos de Morfeo :  
Pues que, rendido ya el varon alado,  
Entre las matas reposar le veo ;  
Mientras el campo de la hormiga enseño,  
Diosas de aquel lugar, guardadle el sueño.

## CANTO VII.

Después que en los vivientes la insolencia  
Llegó á su punto, y á los hombres puso  
En tan terrible extremo y diferencia,  
Que el cielo en su maldad se vió confuso ;  
Después que pronunciaron la sentencia  
Los dioses contra el mundo, y se propuso  
Que el fuego, al fin, de ejecutarla deje,  
Respecto al cielo y á su inmóvil eje ;

Después que se concluye en la revista,  
Que á Neptuno el estrago se cometa,  
Y que la tierra de sus aguas vista,  
Y con ellas la deje pura y neta ;  
Después de esta intencion sabida y vista  
Por el dios del tridente, que sujeta  
De las ondas del mar los fuertes brios,  
Y las aguas reparte entre los rios ;

Después que todos levantando espuma  
Sus arenas y límites rompieron,  
Y los vapores con que al aire ahuma  
La tierra su region oscurecieron ;  
Después que, fieros, la mojada pluma  
De sus alas los vientos sacudieron,  
Y el cielo, que á las gentes miró ingratas,  
Cerró su luz y abrió sus cataratas ;

Después que á nuestra máquina sepulta  
El agua dentro en su profundo seno,  
Y á Pirra libre y Deucalion oculta,  
Par , entre tantos malos, solo bueno ;  
Después que del oráculo resulta  
Modo de verse el mundo de almas lleno,  
Y el iris vieron, que á los dos saluda,  
Indicio que la guerra en paz se muda ;

Al fin, después que Júpiter divino  
Tomó venganza del mortal linaje,  
Por causa de que andando peregrino,  
Viendo la tierra en diferente traje,  
Al palacio del rey de Arcadia vino,  
Y viendo la maldad de su hospedaje,  
Quiso que hiciese el agua al mundo robo,  
Y el Rey quedase convertido en lobo ;

Quedó la tierra llena de pantanos  
Con el agua corrupta detenida ;  
Que estanque de culebras y gusanos  
Era la tierra entonces parecida :  
Inficionó el vapor los aires sanos,  
Sin perdonar en su region la vida  
Aun á las aves, que en mitad del vuelo  
Bajar se vieron muertas para el suelo.

Entre otras bestias que la madre tierra,  
Fecunda en aquel tiempo de inmundicia,  
Produjo, fué una sola en quien encierra  
De su seno el veneno y la malicia :  
Con ella quiso hacer sangrienta guerra  
De la celosa Juno la codicia,  
De que á Latona el parto le estorbase,  
Porque á luz las dos luces no sacase.

Pero después que allá en la isla Ortigia  
No tuvo el parto de Latona estorbo,  
Y pudo Febo con la flecha fría  
Vibrar, como valiente, el arco corvo,  
Luego salió contra la bestia Estigia,  
Y encarando la flecha al bulto torvo,  
Piton quedó vencido y por el suelo,  
Satisfecho y vengado el dios de Delo.

Y como de la sangre gigantea  
Que derramó en la tierra el rayo ardiente,  
Del jimio imitador la estirpe fea  
Vino á ser sucesora y descendiente ;  
Y como de la sangre medusea  
Aquel que abrió la cabalina fuente,  
Y nació de simiente de Vulcano  
Aquel semidragon medio hombre humano ;

Así tambien de aquella sangre hirviendo,  
O por mejor decir, de la ponzoña  
Que derramó en la tierra el monstruo horrendo,  
Con que el campo y sus yerbas emponzoña,  
La tierra, nuevos partos previniendo,  
Con su calor el mal humor retoña,  
Y dél nacieron bestias semejantes  
A la que mató Febo poco ántes.

La sangre mala de la bestia fiera  
En nuevas formas su furor trasforma,  
Y la malicia allí de la primera,  
Si no en el bulto, en la crueldad se forma :  
De aquella especie de animales era  
La multitud de la cornuda forma,  
Que fuéron convertidos en varones,  
Y por esto llamados mirmidones.

Destos fué, y por su origen, de quien dijo  
El bravo Enéas, cuando allá en Cartago  
Quiso Elisa saber el mal prolijo  
De Troya, y de sus gentes el estrago :  
« Mándasme que el dolor con que me aflijo,  
Y en su memoria ; oh reina ! me deshago,  
Te cuente, caso que blandar pudiera  
Del duro Mirmidon la estirpe fiera. »

Al fin, de aquella sangre resucita,  
Como parto segundo de la tierra,  
La que en fiera á la Piton imita,  
Y hace á las moscas la sangrienta guerra :  
En las entrañas de la tierra habita,  
Donde este monstruo bandolero encierra  
Lo que á los tristes labradores roba,  
Y allí lo guarda en la secreta alcoba.

Cuando á robar por los caminos salen,  
Espesos trillan una senda angosta,  
Industria natural con que se valen  
Porque se logre del sudor la costa :  
Tienen agudos dientes con que talen,  
Y como espesa nube de langosta,  
Los trigos en las hazas disminuyen,  
Y con las cargas á sus cuevas huyen.

Allí están los graneros escondidos,  
Que la turba ladrona de mies llena,  
Porque los balle el tiempo apercebidos  
Cuando de hielo y nieve el suelo llena :  
Entonces en la tierra están metidos  
Hasta que muestra el sol su luz serena,  
Y el grano hurtado, que húmedo revuelven,  
Al sol lo enjugan y á la troj lo vuelven.

Si acaso alguna vez alguna destas  
Con otra bestia encuentra de más tomo,  
El hormiga feroz la carga á cuevas,  
Y á su cueva la lleva sobre el lomo :  
Otras veces por llanos y por cuevas  
La caza suben con dentado, y como  
Con las vacas de Alcides hizo Caco,  
Hace este pueblo, que pobló al de Eaco.

Hace en la cola con los dientes presa,  
Y dando pasos hácia atrás camina,  
Llevando asida con la boca y presa  
La caza, y á su cueva la avecina:  
Sale al instante la caterva espesa  
Viendo la presa junto á si vecina,  
Y ayudan á su hormiga, que así vino  
Con el falso pisar por el camino.

A tanto llegó destas su locura,  
Que hay de una dellas testimonio cierto  
Que quiso hacer su cueva sepultura  
Del espacioso cuerpo de un buey muerto;  
Y no pudiendo á su caverna oscura  
Llevarle, sin mirar su desconcierto,  
Dicen que dijo al buey la hormiga loca:  
«O estás asido ó es mi fuerza poca.»

Y aunque es verdad que fué soberbio intento  
Este que ahora de contar acabo,  
Pondero el atrevido pensamiento,  
Y por ser de una hormiga, más le alabo;  
Que no tuvo pequeño fundamento,  
Señales ciertas de su pecho bravo,  
Para que destas el adagio diga  
Que suele á veces ser leon la hormiga.

Esta caterva, desde el mismo instante  
Que de la sangre concebidas fuéron,  
Contra las moscas desde allí adelante  
El rencor y la ira concibieron:  
La causa desto y la razon bastante  
Los doctos coronistas no escribieron,  
Y todos andan en el caso á oscuras,  
Buscando la verdad por conjeturas.

Tú, que el principio y fin de nuestra historia,  
Divina musa, sabes y te acuerdas,  
Y con tu eficacísima memoria  
Al són la cantas de tus dulces cuerdas:  
Hazme la causa del rencor notoria,  
Pues son tus tristes sucesos me recuerda;  
Y permite que ponga en esta lista  
Lo que olvidó el antiguo coronista.

Después que aquel mortífero veneno  
Del monstruo serpentino recibido  
Fué de la madre tierra, y en su seno  
Nuevas formas de bestias concebido;  
Ya que estuvo el cruor de calor lleno,  
Y de la sangre y el materno nido  
Tuvo la bestia hormiga el nacimiento  
Y con él su color sanguinolento;

Entónces cuando de la sangre mala  
Recibe en sus entrañas copia harta  
La tierra, y en su seno se recalá,  
Y del humor pestífero se harta;  
Cuando la fuerza del calor exhala  
Lo más sutil, al paso que lo aparta,  
La sangre en las entrañas recibida  
De la tierra retoña en nueva vida.

El cruor venenoso se endurece,  
Y dél la turba hormigena se cria,  
Y de su aumento por instantes crece  
En la tierra, su madre, la porfia;  
Mas luego el aire el enemigo ofrece,  
Porque la hormiga desde el mismo día  
Que de la sangre la engendró la tierra,  
Tenga enemigos con quien tenga guerra.

Que no sé qué se tienen estas gentes,  
Progenie mal nacida serpentina,  
Que apenas en el mundo son vivientes,  
Cuando su muerte ó guerra traen vecina:  
Digalo Cadmo, que sembró los dientes  
De aquel dragon que en Tébas arruina,  
De quien nacieron hombres que en un punto  
Tuvieron vida y muerte todo junto.

Digo que entónces, como el buitre suele,  
Que en medio de su curso y movimiento,  
El cuerpo muerto, aunque distante, huele,  
Siguiendo el vuelo tras su olfato hambriento;  
Como le fuerza el natural que vuela  
A aquella parte que le enseña el viento,  
Y habiendo hallado lo que hambriento busca,  
En la carne colérico se ofusca;

Así la mosca, al buitre semejante,  
Cuando las alas por el viento mueve,  
La carne muerta y el hedor distante  
Le manifiesta el aire, en que se cebe.  
Al fin, llegaron en aquel instante  
De aladas moscas un enjambre leve,  
Que á sus hambrientas ganas les convida  
La carne muerta del Piton podrida.

En su cadáver misero se ceban,  
Y sedientas después, le desocupan,  
Y buscando lugar adonde beban,  
El sucio lago de la sangre ocupan:  
Allí, para matar la sed que llevan,  
De la embebida sangre el zumo chupan,  
Poniendo con la fuerza de sus sorbos  
Al nacimiento de la hormiga estorbos.

Quedó la tierra al producir suspensa,  
Y la caterva del podrido lago  
Vengar quisiera la atrevida ofensa,  
Haciendo á esotros vomitar el trago;  
Pero la madre tierra, en recompensa  
De aquella falta, y por debido pago,  
Le dió á la hormiga providencia en dote,  
Y á la mosca la gula por azote.

Al fin, desde aquel punto, instante y hora  
Que de las moscas la progenie aleva  
De la sangre corrupta engendradora  
Del hormiga feroz el humor bebe;  
Desde aquel tiempo acá en los pechos mora  
El rencor enemigo, que los mueve  
A que en guerras campales se ejerciten,  
Y unas con otras el vivir se quiten.

Pero nunca se vió tan en su punto  
El laror en los bandos enemigos,  
Ni el aparato de la guerra á punto  
Para hacer acerbisimos castigos,  
Como esta vez, que tiene el poder junto  
El rey Sanguileon, de sus amigos,  
Y el magno Granestor, rey de la hormiga,  
Tambien trae hecha con los suyos liga.

Ya en otras diferentes ocasiones  
El rey Sanguileon de la Mosca  
Había sacado al campo sus pendones  
Contrarios á la hormigena ralea:  
Ya del rey Granestor los escuadrones  
Mil veces en la horripalmea pelea  
Más sangre de las moscas derramaron,  
Que sus abuelos del Piton chuparon.

En la refriega última ántes desta,  
Que los fuertes ejércitos tuvieron,  
Fué la mayor matanza y más funesta  
Que humanos ojos de las moscas vieron:  
Siete mil de la gente más dispuesta  
A manos del hormiga se perdieron,  
Sin que dos escapasen con la fuga  
A contar la prision del Ranifuga.

Ya el formigena rey tenia sospecha  
De las parcialidades y la liga  
Que con la alada chusma tenia hecha  
El que bebió la sangre de la hormiga:  
Ya sabe que en su contra va derecha  
La gente de las suyas enemiga;  
Y como aquel que su crueldad barrunta,  
Juntó de gentes otra tanta junta.

Despachó por la tierra cien aludas,  
Que son las estafetas con que envía  
A pedir á los reyes sus ayudas,  
Sujetos á su imperio y monarquía:  
Las bestias más feroces y más crudas,  
En cuanto el orbe de la tierra cria,  
Con armas de notable diferencia  
Se pusieron al punto en su presencia.

Con quinientas mil pulgas se presenta  
Su vengativo rey el Cagamielo,  
Que allí donde su ejército se asienta,  
Cubre de negro luto el ancho suelo:  
Es gente belicosa, que atormenta  
Sin humanos respetos y sin duelo:  
Que tercia al hombro la soberbia pica,  
Y emponzoña la parte adonde pica.



Es turba astuta, en los ardides sabia,  
Que suele entrarse por lo más estrecho  
A dar mal rato y á morder con rabia,  
Con que nos muestra bien la de su pecho:  
No deja parte alguna que no agravia,  
Sin haber resistencia de provecho,  
Pues sin reparo en lo interior se sienta  
La fuerte mordedura de su diente.

Es gente negra más que de Etiópia,  
Y para el ejercicio de la guerra  
Más que las otras conveniente y propia  
Por la sin par ferocidad que encierra:  
Trujo el rey Caganielo tanta copia  
De tan solas dos partes de su tierra,  
Una la fértil Pullia, y la vecina  
Selva á quien todos llaman la Canina.

Llegaron ante el Rey, tras los primeros,  
De gentes fieras la legion segunda  
En monstruos temerarios caballeros,  
Con estrépito grande y baraunda:  
Con sus piojos sacrilegos y fieros,  
En quien la hormiga la victoria funda,  
El fuerte Fífolgel salió á campaña,  
Despoblado sus sierras y montaña.

Entre los nueve valles que en Astúrias  
A las gentes de España recogieron,  
Cuando haciendo á Castilla mil injurias  
Los sarracenos de Africa vinieron:  
Hay uno del cual dicen que estas fieras  
Que trae el fuerte Fífolgel salieron;  
Que el valle Cabezon sin duda cria  
Tan hidalga y feroz caballeria.

Otros sacó de la Morena Sierra,  
De aspecto temerario, aunque magrujo,  
Que como jabalis aquella tierra  
Gayados y feroces los produjo:  
Los montañeses y estos á la guerra  
El Fífolgel, su gran caudillo, trujo,  
Por ser gente soberbia y inhumana,  
Bestias que beben de la sangre humana.

¡Oh cuánto se alegró con su venida  
El magno Granestor y el pueblo junto,  
Viendo en su ayuda gente tan lucida,  
De la fiera y el rigor trasunto!  
Mandóles alojar y dar comida,  
Y al Fífolgel que los tuviese á punto:  
Que ya los tenia el Rey por guerradores  
Al mismo paso que eran comedores.

Tras estos la gallarda infanteria  
De belicosa gente se descubre,  
Que el rey hinchado de Letiria envia,  
Provincia que el mar Címico la encubre:  
Oféndese la luz del claro día  
Con la nube del polvo que al sol cubre,  
Que con pisadas de la gente tanta  
Hasta llegar al cielo se levanta.

Del nombre heroico de estas gentes viene  
El suyo al de Chinchon y su condado,  
Y de este mismo origen tambien tiene  
El mar Címico el suyo derivado;  
Y el parecer que diferente suene  
Címico de Chinchon, averiguado,  
Muestra al que el simil de los dos no alcance,  
Ser el uno latin y otro romance.

El valiente Putrifola á su cargo,  
Y como de su rey lugarteniente,  
Trae de las chinches el estruendo largo,  
Que son medio millon de opuesta gente;  
Y por estar su rey con cierto embargo,  
No puede hallarse al combatir presente;  
Porque á no estar tan gordo, es muy sin duda  
Que en persona al hormiga diera ayuda.

El Granestor agradeció la excusa,  
Y al Putrifola dijo: «Bien parece  
Que vuestro rey servirme no rehusa,  
Pues que tal capitán en vos me ofrece:  
La liberalidad grande que usa,  
Muy grande premio á su lealtad merece:  
Estése allá metido en sus resquicios;  
Que yo agradezco mucho sus servicios.

»Pero ¿no me diréis qué espesa nube  
Es aquella que el aire deja oscuro?  
¿No veis que el polvo hasta los cielos sube,  
Con que el miedo á mis gentes no aseguro?  
Mas basta que al que por contrario tuve,  
Es nuestro amigo el fuerte Mosquifuro,  
Que con la multitud de sus arañas  
A eternizarse viene con hazañas.

»El sea venido muy en hora buena,  
Pues mi ejército grande y esperanza  
De felices sucesos colma y llena,  
Segun tengo en sus obras confianza:  
Ya no me puede dar la guerra pena,  
Pues que mi campo tal soldado alcanza,  
Que desde que nos vive nuestro genio  
No se ha visto jamas mejor ingenio.

»Es este Mosquifuro un gran maestro  
En forjar estacadas y reparos,  
Con todo extremo de excelencia diestro  
Entre los más famosos y más raros:  
Este pondrá defensa al campo nuestro,  
Con que todos podréis aseguraros;  
Que harán sus fuertes redes, aunque vengan  
Las avispas, que presas se detengan.

»Bien nos muestra su ingenio su figura,  
Pues alzando y bajando la cabeza,  
Parece que tanea cuanta altura  
Se incluye en la muralla ó fortaleza:  
No vive mosca de su ardid segura;  
Que tiene en estas cosas tal destreza,  
Que por murallas unos lienzos traza,  
En cuyas redes con ardid las caza.

»Há muchos años que es de mi consejo,  
Y puede darle en casos de milicia,  
Que es, en efecto, gran soldado viejo,  
Y en máquinas de guerra de codicia:  
Es alguacil de moscas, nombre ajeo,  
Porque fiero las prende y ajusticia,  
Y todas tiemblan de su barba anciana,  
Que al muro nombre dió de barbana.»

Calló, y llegando el Mosquifuro, puso  
De la zanca derecha la rodilla  
En la tierra, y humilde le propuso  
La gente valerosa que acaudilla:  
Mostró el rey Granestor su noble uso  
De estimar el valor que se le humilla,  
Y agradeció cortés á la zancuda  
Caterua la venida á darle ayuda.

Y cuando vió la multitud diversa  
De arañas, chinches, pulgas y de piojos,  
En mayor cantidad que la que al persa  
Hizo bañar en lágrimas sus ojos,  
Bien entendió que de la gente adversa  
Triunfara y de sus vidas y despojos,  
Caminando su ejército seguro  
Con el gran Fífolgel y Mosquifuro.

Y porque se consiga el bravo intento,  
Mandó que con cuidado y diligencia  
Dos aludes le traigan al momento  
Al valiente Mirnuca á su presencia:  
«Tiene el Mirnuca grande entendimiento,  
Dijo el Rey, y es notable su experiencia  
Y su gobierno en casos de milicia,  
Como nos da su nombre la noticia.

»Muy bien sabeis que se sustenta y ceba  
En sangre de enemigos mirmiliones,  
Y hizo con ellos de sus fuerzas prueba  
En muchas importantes ocasiones:  
Digalo de la nuez la oscura cueva,  
De donde iban saliendo sus varones,  
Que siempre en una y otra escaramuza  
Dieron al mirmilion en caperuza.

»Mis senadores al instante vengan  
Y fuertes capitanes; porque quiero  
Que de caudillo bravo se prevengan,  
Para que todo tenga el fin que espero:  
El Fífolgel y Caganielo tengan  
Mis lados, que uno y otro caballero  
Son honor de la Pullia y flor de España,  
De la selva Canina y la montaña.

»El Putrifola venga, y no se olvide  
Nuestro gran Mosquifuro, que previene  
Las fuerzas nuestras, y las otras mide  
Con el ingenio que en la guerra tiene :  
Cualquiera diligencia el caso pide,  
Especialmente si en contrario viene  
El demonio del valle Barriliense,  
Que no hay quien ser humana mosca piense.

»Aquí llegó una pulga, no há dos dias,  
Con tres heridas, todas tres mortales,  
Dando por nuevas á las gentes mias  
Del pagano de Buta las señales ;  
Y dijo que, cual suelen las árpías,  
Salió por los desiertos arenales,  
Y tres mató de cuatro, y que una fiera,  
Sin duda á medio asar, se comió entera.

»Ved pues ahora si este diablo llega,  
Que demonio es sin duda su persona,  
Y viene en nuestra ofensa la manchega  
Con la gente andaluz y la de Arjona ;  
Si el tábano tambien su espada juega,  
Y sus lanzas la turba mirmiliona,  
Importa mucho un capitán valiente ;  
Que es belicosa la contraria gente.»

El valiente Mirnuca llegó á punto  
Que en la presencia de su rey estaba  
El consejo de guerra en orden junto,  
Y solo su persona se aguardaba :  
Admiró á los extraños el trasunto  
De la fiera que representaba,  
Y diéronle lugar de los mejores,  
Puesto entre dos barbados senadores.

Callaron todos un pequeño espacio,  
Y el Rey, teniendo tiesa la cabeza,  
Los ojos revolviendo muy despacio,  
Al Mirnuca feroz los endereza :  
Suspendióse la gente de palacio,  
Y el Granestor á destoserse empieza,  
Y dando muestra al comenzar prolijo,  
Abrió la boca, y al Mirnuca dijo :

«Mirnuca capitán, el ser notoria  
La valentía dese fuerte pecho,  
Que me revoca y trae á la memoria  
Los servicios que siempre me habeis hecho ;  
Considerando pues la fama y gloria  
Que ganastes estando en el estrecho  
De aquel presidio de la fuerte roca,  
Sustentándola en pie con gente poca ;

»Ahora que con tantos caballeros  
Saldrán los escuadrones peleando,  
Capitán general pretendo hacerlos  
Contra el orgullo del contrario bando :  
Empuñad el bastón sin deteneros,  
Que cumpliendo, Mirnuca, lo que os mando,  
Demas de que verán lo que os estimo,  
Me tendré por servido, hormiga primo.»

El cargo el capitán cortés rehusa,  
Y dice al Granestor y su senado  
Que ya á sus fuerzas la vejez excusa  
De administrar oficio tan pesado ;  
Que quien puede tenerle sin excusa,  
Cargo de tanta cuenta y tan honrado,  
Son, sin haberlos tales en el suelo,  
El Putrifola, el Piojo y Caganielo.

Todos con infinitas sumisiones  
Al hormiga discreto le agradecen  
Las corteses palabras y razones,  
Y por soldados suyos se le ofrecen ;  
Y al Granestor responden los varones  
Que ellos honra tan grande no merecen,  
Y arguyen al Mirnuca que es muy justo  
Que reciba el bastón y dé al Rey gusto.

Aceptó el gran Mirnuca, sin embargo  
De las fuertes excusas que propuso,  
De general el poderoso cargo,  
Y al fin á ejercitarle se dispuso :  
Sonó la voz por el estruendo largo  
Y gentes del ejército confuso,  
Que con sus voces la primera avivan,  
Diciendo : « ¡ El Rey y el gran Mirnuca vivan ! »

Entonces llamó el Rey sus comisarios,  
Ministros, contadores y llaveros,  
Para que de los públicos erarios  
Sacasen grande suma de dineros :  
Sabe que para fin de sus contrarios,  
No hay quien ponga los ánimos y aceros  
En los fuertes soldados, ni los haga  
Tan prontos á la lid, como la paga.

Mandóles ; oh gallardo entendimiento,  
Y cuánto en Flándes fueras importante !  
Que á todos los soldados al momento  
Una paga cumplida se adelante ;  
Y si para cumplir su mandamiento  
La plata del erario no es bastante,  
Que desocupen todos los graneros,  
Y el trigo vendan para hacer dineros.

La liberalidad agradecieron  
El Fifogel y sus soldados piojos,  
Y ellos solos la paga no quisieron ;  
Que el nombre al parecer les daba enojos :  
Responden todos que á servir vinieron  
Al Rey sin interes ni por despojos,  
Y esto de darles paga mal les suena,  
Por ser cosa que suele darles pena.

Diéronse por el campo mil pregones  
En alta voz de bestias vocingleras,  
Que mandaba el Mirnuca á las naciones  
De la feroz hormiga y forasteras,  
Que sacasen al campo sus pendones  
Y pusiesen por orden sus hileras,  
Porque á la voz de la trompeta y parche  
La gente de á caballo y á pié marche.

Ya va marchando la feroz caterva,  
Moviendo al són del atambor el paso,  
Dejando con los piés, de verde hierba  
El suelo ántes cubierto, entonces raso :  
Ya al hado inicivo y á la suerte acerba,  
A contraria fortuna y infeliz caso  
Lleva tan grande máquina sujeta  
El aire de la caja y la trompeta.

Pero ¿ qué temeraria muchedumbre  
Vecino el suelo del hormiga pisa,  
Que el polvo sube á la suprema cumbre,  
Y quien lo causa se avecina aprisa ?  
¿ Quién le perturba al sol su hermosa lumbre ?  
O ¿ qué fiera caterva se divisa  
Que al sol y al suelo su camino cubre ;  
Y entre nubes de polvo se descubre ?

Mas ya el ruido manifiesta cierto  
Que ya á la vista el enemigo tiene  
El un campo y el otro descubierta,  
Y que uno va á buscarle y otro viene :  
Trace, que es tiempo, el capitán experto  
Lo que mas á su ejército conviene ;  
Que yo me voy, mientras lo ordena y traza,  
A ver las calles y cursar la plaza.

## CANTO VIII.

Pasó la fuerza del soberbio grito,  
Envuelto el aire suyo en polvo seco,  
Sobre las tristes ondas del Cocito,  
Dando en peñascos del infierno el eco :  
El padre del ejército precito  
En su palacio tenebroso y hueco  
Le oyó, y tambien cuando la causa supo,  
Grande fué el gozo que en su pecho cupo.

Alegre dijo á un diablo pequeñuelo,  
Su paje, por ventura : « Al viento vano  
Tiende, demonio, tu ligero vuelo,  
Y busca por los aires á Vulcano :  
A Lipara camina ; que recelo  
Que allí los rayos fragua que mi hermano  
A los gigantes atrevidos tira,  
Cuando rebeldes sus intentos mira.

»Dile que al fuerte Estéropo al instante  
Deje, que importa, de su fragua el cargo,  
Sin que excusa ni causa sea bastante  
Para poner á su venida embargo;  
Porque á todo el infierno es importante  
La suma brevedad, la cual le encargo:  
Que se disponga, y baje al punto mismo  
A ver mis entresuelos del abismo.»

No aguardó el diablo chico á que su intento  
Diga Pluton dos veces; que á la una  
Atras dejó su lijereza al viento,  
Y allá se puso sin tardanza alguna:  
Hallóle, y quiso luego el pensamiento  
Decirle de Pluton; y como á una  
Sonaba tanto estrépito y martillo,  
Ni el diablo pudo hablar ni el otro oílo.

Sacóle afuera, y dijo que le llama  
De prisa el dios Pluton, que luego venga,  
Y encomiende sus obras, fragua y llama,  
Sin que excusa le dé que le detenga:  
Oyó el mensaje el negro herrero, y brama  
Porque la pierna coja entónces tenga,  
De manera que no pueda tan presto  
Ver de su rey el formidable gesto.

Pero luego, sin más inconvenientes,  
Con el martillo que tenia en la mano,  
Tenazas y los otros adherentes,  
Tomó el camino con el diablo enano:  
No quiso despedirse de sus gentes;  
Que sabe bien el infernal Vulcano  
Que tiene del necesidad precisa  
Pluton cuando le llama con tal prisa.

Y obedeciendo en todo el dios herrero,  
Pasó, disimulando la congoja  
De no darle lugar á ser lijero  
La falta grande de su pierna floja;  
Y acompañando al diablo mensajero,  
Arrastrando llegó su zanca coja  
Donde con una y otra reverencia  
Habló á Pluton y su infernal presencia.

«¿Qué es lo que el rey de la region oscura,  
Dijo Vulcano, manda en su servicio?  
¿No está la cárcel infernal segura  
De algun enorme daño ó maleficio?  
¿Mete Febo por dicha su luz pura  
En el infierno por algun rescuicio?  
¿O qué nueva invencion es la que traza,  
En que le dé su ayuda mi tenaza?»

«Ninguno, habló Pluton, mi reino altera  
Sin que tema el castigo con su daño,  
Y nunca Febo por su cuarta esfera  
Ha visto el reino de su luz extraño;  
Nadie quebrantará mi cárcel fiera,  
Que mientras ocuparen el escaño  
Minos el fuerte, Eaco y Radamanto,  
No le alcance la pena del quebranto.

»Mas he querido que en persona vengas,  
Viendo lo mucho que de tí confío,  
Para que parte de contento tengas  
En las cosas que son del gusto mio;  
Y quiero con tu industria que prevengas  
La barca grande de Aqueronte el rio,  
Que como ya há que sirve tantos años,  
Temo de su vejez algunos daños.

»A las riberas de Aqueronte parte,  
Donde el viejo Caron continuo habita,  
Que es quien las almas desde la otra parte  
En su barca al infierno precipita:  
En su seguridad emplea tu arte,  
Sus junturas y cóncavos visita,  
Y á sus rescuicios pon remedio en suma,  
Si por ellos el agua se trazama.

»Esto es lo principal que se te encarga;  
Volando á sus riberas te avvicina,  
Y manda que te lleven una carga  
De clavos, pez, estopas y resina:  
Adoba el seno de la barca larga  
Adonde tanta máquina camina;  
Que han de pasar por ella tantas gentes,  
Que al número no igualen los vivientes.

»Dale al barquero las saludes mias,  
Y dile que me importa en todo caso  
Que vele en mi servicio por seis dias,  
Trillando aprisa del infierno el paso:  
Que por las ondas de Aqueronte frias  
Revuelva y torne su lijero vaso;  
Que muchas almas de los cuerpos muertos  
Han de pisar los infernales puertos.

»Y que si se cansare, como temo  
Más de su edad que de su buen intento,  
Y no pudiere al uno y otro remo  
Apresurar el lento movimiento,  
Que al llegar de las aguas al extremo,  
Del cansancio me avise, que al momento  
Haré que al nuevo ministerio acuda  
La turba graficana á darle ayuda.

»Despues te parte, y al infierno adentro  
Por entre sombras lóbregas te mete,  
Hasta llegar adonde junto al centro  
Se esconde de las furias el retrete:  
En viéndote llegar saldrá al momento,  
Erizando el cerástico copete,  
La furia Alecto con el torvo zuño,  
Apretando serpientes en el puño.

»Di que de sus furores se revistan  
Ella y sus dos hermanas, y que luego  
En mi presencia todas tres asistan,  
Sembrando por sus ojos vivo fuego;  
Porque conviene que con él embistan  
Un ejército loco y otro ciego,  
De rabia entrambos, de codicia impresa,  
Que los harán de los demonios presa.

»Por entre nieblas de sulfúrea brasa  
De las fieras Euménides prolijas  
Deja el albergue oscuro, y á ver pasa  
Del Erebo y la Noche las tres hijas:  
Cercada está su tenebrosa casa  
De infinitas y fieras sabandijas,  
Y ellas cortando las vitales hebras  
Entre viboras pardas y culebras.

»Di que las sombras de su albergue dejen,  
Y á verme al mismo punto se aperciban,  
Y los crudos aceros aparejen  
Con que á la gente de la vida privan;  
Y que me importa que de aquí se alejen,  
Porque han de hacer que en el infierno vivan  
Un infinito de almas que sus fillos  
Han de enviar á los tenéreos silos.

»Y si el acero que el vivir impide,  
Con que la fiera Parca parte y corta  
El estambre vital, y le divide  
Del cuerpo, y al infierno le trasporta,  
Si más agudo acaso el filo pide,  
Que se le dé tu industria y arte importa,  
Y así en tu muela su rigor afila,  
Y corte al paso que Laquésis hila.

»Entra despues por el espacio bruno,  
Y de uno en otro lóbrego aposento  
Llama á todos los diablos, sin que alguno  
No sienta el ronco són de tu instrumento:  
Di al ejército negro y importuno  
Que á mi palacio vengán al momento,  
Aunque de atormentar las almas dejen;  
Que harto tiempo les queda en que se quejen.»

Dijo el padre infernal; y al mismo instante  
Que el labio cierra, vuela el mensajero  
Por el camino lóbrego adelante;  
Que, aunque perniquebrado, va lijero:  
Llega en los aires donde el navegante  
Caron habita, el infernal barquero,  
Y visita el espacio de su barca,  
Alecto y las tiseras de la Parca.

Baja á las salas y al profundo interno,  
Y arrima con dos manos á su boca  
El vil remate del revuelto cuerno,  
Y llamando á los diablos, con él toca:  
Sintió la voz el temerario infierno  
Con que la turbamulta se convoca,  
Y van á ver su rey y señor sumo,  
Envueltos entre niebla negra y humo.



Vino de todos ellos el primero  
El consumido y pálido Marmota  
En un perro soberbio caballero,  
Con cuya larga cola el anca azota:  
Libicoco tras él llegó lijero,  
Que llamas vivas por los ojos brota,  
Diciendo en voces de espantables truenos:  
«¿Qué quiere el rey de los tartáreos senos?»

Sobre un cabron el fiero Barbariza  
Por el camino del infierno trepa,  
Que en barba y cuernos de su faz mestiza  
La del cabron que lleva no discrepa:  
Siguele el furibundo Dragoniza  
Con gesto y zancas de espantable Nepa,  
Y tras ellos el fuerte Malabranca,  
Con uña larga, más que el Nepa zanca.

Rompiendo van el lóbrego camino  
Con alas de murciélagos lijeros,  
Los dos demonios Tarater y Alquino,  
Atropellando por llegar primeros:  
Tras ellos luego denodado vino  
Malatasca el hinchado echando fieros,  
Llevando de culebras el copete,  
Y en la trasera el fuego de un cohete.

Trillan el reino del Estige y Dite  
El soberbio Acaron y Rubicano,  
Con hachas encendidas de alquebrite,  
Que entrambos llevan en la diestra mano;  
Y hediendo á algun pestifero mefite,  
Sigue las dos antorchas Graficano,  
Y luego el espantable Estizaferro  
Con su gesto infernal, mascando hierro.

Retumba en los profundos calabozos  
La voz del cuerno horrenda, y se despuebla  
El sótano infernal y oscuros pozos  
Que la caterva de los diablos puebla:  
Cesaron los aullidos y sollozos  
De las almas, en tanto que entre niebla  
Densísima y espeso torbellino  
La endemoniada gente va al camino.

El gesto que al infierno atomeriza  
Saca furioso, y la tricorne frente,  
Y el tuerto garabato con que atiza  
Los vivos fuegos á la presa gente,  
El fiero Satanas, que la ceniza  
Que el bulto le cubrió de llama ardiente,  
De su cuerpo fantástico sacude,  
Y á ver el rostro de Pluton acude.

Saca el dragon Behemot los encendidos  
Ojos que al mismo infierno representan,  
Y por la boca horrisson bramidos  
Que á los demonios con su furia ahuyentan;  
Las voces, el furor y los aullidos  
Los perversos espíritus aumentan,  
Que el ronco cuerno de Vulcano saca  
Con grito triste de la sombra opaca.

«¿Qué quiere el rey de los tartáreos senos?»  
Salían diciendo de los cuartos bajos  
Los demonios, de fuego y rabia llenos,  
De condenadas almas espantajos:  
Salió sembrando acónitos venenos,  
Envueltos en cerúleos espumajos,  
El fiero Belial, bestia sin yugo,  
De pecadoras ánimas verdugo.

Belzebut, con su cara horrenda y fea,  
Y con la horca en forma de bidente,  
Del fuego de la oscura chimenea  
Tambien salió con la endiablada gente;  
Y sacando la voz estentoreá  
Que en su silla infernal Pluton la siente,  
Dijo á los diablos de la luz ajenos:  
«¿Qué quiere el rey de los tartáreos senos?»

Con cuernos de carnero en su cabeza  
Y de culebras pardas la pretina,  
Sale Astarot, y á caminar empieza  
Donde el furor diabólico camina:  
Con gritos causadores de tristeza  
Va entre la chusma misera y mezquina,  
Diciendo en voz de lamentables trenos:  
«¿Qué quiere el rey de los tartáreos senos?»

La ensortijada cola desenrosca  
La bestia con sus silbos importuna;  
El fiero Leviatan, serpiente toska  
Criada en la mortífera laguna,  
Echa veneno por su vista fosea,  
Más que la sombra del infierno bruna,  
Sacando de su boca la lengüeta  
En heridora forma de saeta.

Farfarello, Folleto y Sulfoneo  
Tambien salieron como furia loca,  
Cubriendo el rostro abominable y feo  
El humo que les sale por la boca:  
El homicida y bárbaro Asmodeo,  
A la tercera vez que el cuerno toca  
Vulcano, sale como herida furia,  
Castigando de un jimio la lujuria.

Sale á la voz tambien tras todos ellos,  
Con más horrenda y monstrua catadura,  
El que entre los espíritus más bellos  
Tenia aventajada la hermosura;  
Erizados sacando los cabellos,  
Rubios un tiempo más que lumbre pura,  
Que ahora son de abrasadora lumbre  
De tormento perpetuo y pesadumbre;

El principe Luzbel, que el nombre solo  
Le quedó de la gloria que tenia,  
Cuando de más altura que del polo  
Le derribó su pérfida osadía;  
El padre, al fin, de la mentira y dolo,  
Con su lucida en fuegos compañía,  
A voz del cuerno triste que los llama,  
Salen vestidos de su eterna llama.

Lleva el soberbio principe una escuadra  
De infernales ministros de la muerte,  
Con el trifuace, que á su lado ladra  
Y por tres bocas la ponzoña vierte:  
Con él salieron de la oscura cuadra  
Minos, Eaco y Radamanto fuerte,  
Que los tres jueces son de ajenas faltas,  
Con cuernos altos y con varas altas.

Pero ningunos cuernos más espantan:  
Que aquellos grandes del cretense Minos,  
Que sobre los más altos se levantan,  
Y tras de ser más largos, son más finos:  
Estos, si las historias verdad cantan  
De Dédalo y sus hechos peregrinos,  
La adúltera Pasifae se los puso,  
Cuernos del toro de su horrendo abuso.

En forma de diabólicos disfraces  
Tras el Principe salen mil quimeras,  
Mil Celenos inmundas y voraces,  
Mil Scitas y Caribdis vocingleras,  
Mil esfinges burladoras y falaces,  
Fieras sin forma, y multifformes fieras,  
Gorgonas, Polifemos, Geriones,  
Sirenas, faunos, hidras y pitones.

La diabólica chusma llega, y pára  
En viendo el trono de infernal respeto,  
Y del rico Pluton la negra cara,  
A quien el duro infierno está sujeto:  
El fiero conciliábulo repara  
A ver del Rey el tremebundo aspeto,  
Que daba muestras, no de enojo y pena,  
Gran novedad y del infierno ajena;

Hórrida majestad, fiereza grave,  
Severidad diabólica le adorna;  
Y siendo tal, disimular no sabe  
Lo que en ménos rigor su furia torna:  
Mira la sala, que de piés no cabe,  
Y sin usar de gravedad la sorna,  
Sacó la ronca voz de su garganta,  
Voz con que á veces el infierno espanta.

«Ahora sí, demonios, que publico  
Mi riqueza sin suma y mi ganancia;  
Ahora sí podréis llamarme rico,  
Que lleno de almas la infernal estancia:  
Ya de mi buena dicha os certifico,  
Y ahora importará la vigilancia  
Vuestra, apretando los tartáreos senos,  
Que se han de ver, amigos, de almas llenos.

»Hoy, que el cénzalo, hormiga, mosca y chinche,  
 Tábano, piojo, mirmillon y araña,  
 Los calabozos infernales hinche  
 De almas de cuerpos muertos en campaña,  
 Bien es que cada diablo parta y trinche  
 Sus estancias y cuartos, y con maña  
 Sus aposentos lóbregos dispongan,  
 Y en nueva pena al nuevo huésped pongan.

»Comisión nueva doy á mis tres jueces  
 Que el sótano infernal desembaracen,  
 Y para caso tal tengan mis veces,  
 Las causas oigan y las penas tracen;  
 Y mando á los espíritus soeces,  
 Si lo que mandan ellos tres no hacen,  
 Que en vil destierro del infierno penen,  
 Y en diez años de celos les condenen.

»Todo diablo feroz se muestre listo,  
 Y á cada uno se le dé su cargo,  
 Porque tiene de ver lo que no ha visto  
 Desde el principio de su tiempo largo:  
 Al uno y otro pueblo que conquisto,  
 En sus senos reciban; que me encargo  
 De darle al diablo que mejor lo haga,  
 Del negro infierno lo mejor por paga.

»Y para que no tenga por disculpa  
 El no tener qué hacer en tanta hacienda,  
 Y del pecado, negligencia y culpa,  
 De ignorancia la excusa no pretenda;  
 En su memoria mi razon esculpa,  
 Sin que se excuse alguno que no entienda  
 Y sepa el orden que le doy que siga,  
 Para que con mi intento se prosiga.

»Rubicano y Alquino en la arena  
 Del rápido Aqueronte estén atentos,  
 Cuando Caronte trae la barca llena  
 A poblar los oscuros aposentos;  
 Y ellos las almas á la dura pena  
 Remitirán con impetus violentos;  
 Y Barbariza y Gralicano quier  
 Que ayuden al decrepito barquero.

»Las locas furias con estruendo pasen  
 A vuelo, no aguardando el de la barca,  
 Y en vivo fuego de rencor abrasen  
 Al mosquito y hormigeno monarca:  
 Sus pechos emponzoñen y trasparen;  
 Y prevengan de modo que la Parca,  
 Solo en pasando los agudos filos,  
 Deje cortados los vitales hilos.

»Al Cancerberro horrible se cometa;  
 Porque esto no es razon que se le quite,  
 Pues es perro trifuace, que arremeta,  
 Y al natural del perro en esto imite;  
 Y por su angosto trigaznate meta  
 Al reino oscuro del soberbio Dite  
 Todas las almas de las moscas muertas,  
 Siendo sus bocas del infierno puertas.

»Perezca allí la gula de su pecho,  
 Y aquel torpe vivir á sus anchuras  
 Halle angosto camino en el estrecho  
 Del can, pena debida á sus locuras;  
 Esta es sentencia justa y de derecho,  
 Y á su rigor conformes desventuras  
 Paguen los besos que á las damas dieron  
 Cuando atrevidas sin vergüenza fuéron.

»Vaya Astarot, y en las hormigas haga  
 Aquello mismo que con ellas hace  
 El oso montañes, que se las traga  
 Siempre que hambriento por los montes paze:  
 Su estómago de hormigas satisfaga,  
 Pues él dellas jamas se satisface,  
 Siendo un vientre ministro de justicia  
 Del otro que lo fué de la avaricia.

»Que no es bien que esta vil se ensoberbezca,  
 Y descubiertamente al mundo diga  
 Que gusta mucho que en hurtar padezca,  
 Cuando huelga la mosca su enemiga:  
 Perezca, digo, este animal, perezca;  
 La suerte de la mosca haya la hormiga:  
 A las dos por extremos las condeno,  
 Pues solo el medio entre los dos es bueno.

»Las lujuriosas pulgas Asmodeo  
 En las oscuras cárceles esconda,  
 Y él á su vicio abominable y feo  
 Con iguales castigos corresponda:  
 De la caterva pullicina arreo,  
 Inquieta, lujuriosa y hedionda,  
 Del indice y el pólice en sus yemas  
 Tengan castigo sus soberbias temas.

»Del fiero Leviatan será el camino  
 El hondo espacio que su vientre tiene,  
 Por donde se entre el género mosquito  
 Que á ver las penas del infierno viene:  
 Esta caterva que al olor del vino  
 En los cóncavos frescos se entretiene,  
 Del fiero Leviatan el vientre tenga,  
 Porque no siempre en fresco se entretenga.

»La plaga cenzalina, que persigue  
 Con inaudito género de enojos  
 A los mortales que en los campos sigue,  
 Entrando sin temor por boca y ojos,  
 Dragoniza sus impetus mitigue,  
 Y al tiempo que se abrieren los cerrojos  
 De la infernal y temeraria puerta,  
 Allí se plante con su boca abierta.

»Tenga correspondencia y semejanza  
 La pena á su delito cometido,  
 Y echen de ver que con igual balanza  
 Justo castigo á su pecado mido:  
 Dragoniza ejecute la venganza  
 Del grande atrevimiento que han tenido,  
 Y dentro de su estómago se metan:  
 Será la última vez que tal cometan.

»El hinchado Behemot, la bestia fiera,  
 A la caterva de la chinche inmundada  
 Prevenga del infierno una caldera,  
 La que fuere más cóncava y profunda:  
 En ella su asquerosa vista muera,  
 Y entre sus aguas infernales se hunda,  
 Y allí su mal hedor bullendo acabe,  
 O del hedor pestífero se lave.

»En poder de Behemot el hedor purgue,  
 Si el diablo de su hedor no se desdenea,  
 Y Tarater de la caldera burgue  
 Los fuegos, y Folleto traiga leña:  
 El infierno Acaron furioso expurgue,  
 Porque si alguna chinche, aunque pequeña,  
 Entre los diablos mal oliendo queda,  
 No habrá demonio que sufrirla pueda.

»Las almas de los crudos mirmillones,  
 Que hasta en sus camas á la gente inquietan,  
 Levantando en las carnes los chichones  
 Que por chupar la sangre las aprietan;  
 Esta caterva infame de ladrones  
 En los últimos cóncavos se metan,  
 Teniendo á Belial por carcelero,  
 Que no les deje abierto un agujero.

»El fiero Satanas en las entrañas  
 Lóbregas del infierno, donde habita,  
 Meta de las indómitas arañas  
 La caterva zancuda y infinita;  
 Y para sus diabólicas marañas  
 Haga á la chusma bélica y maldita  
 Que nuevas redes con las suyas tracen,  
 Porque con ellas nuevas almas cacen.

»Al cruel Malabrancia se cometan  
 Los piojos, fruta vil de galeotes,  
 Y especial los sacrilegos que inquietan  
 Hasta los eclesiásticos cocotes:  
 Destos que las cabezas no respetan  
 Aun de los mismos sumos sacerdotes,  
 Malabrancia, juntando uña con uña,  
 Las anchas pieles de sus cuerpos bruña.

»Belzebut el furioso, que consiente,  
 Sin que por ello se desdenea y breme,  
 Llamarse padre desta sucia gente,  
 Y que la mosca infame se lo llame,  
 Allí en sus calabozos atormente  
 A su albedrio el tabanismo infame,  
 Y su soberbia indómata castigue,  
 Sin que el llamarle padre á amor le obligue.

» A Lucifer tambien se le reserva,  
Del despojo sin par que se reparte,  
De meliullas abejas la caterva,  
Que es entre todas provechosa parte;  
Y aqui castigará con pena acerba  
El modo extraño y el oculto arte  
De que sola sus fábricas fabrique  
Sin que el cómo a las gentes comunique.

» Y lo que con castigo riguroso  
Es más justo que paguen bestias tales,  
Sin que con ellas pueda ser piadoso  
Alguno de los monstruos infernales,  
Es porque viendo su panal sabroso  
Tan grato al paladar de los mortales,  
En cuanto con su maña hacer pudieron,  
En asco su dulzura convirtieron.

» Antes del tiempo antiguo de Aristeo  
Formaban estas, no en oculto vaso,  
Patente á todos el panal hibleo,  
De amargo más que de dulzura escaso:  
Bien pudiera, á medida del deseo,  
El oso, si le hubiera á cada paso,  
Entónces libre, remediar su hambre,  
Sin dar la muerte al labrador enjambre.

» Marchitaban entónces los colores  
A la hermosa que el romero arroja,  
Atrevidas chupando de las flores  
El oloroso jugo y de su hoja;  
Y dellas los purisimos licores  
De la miel estimable, dulce y roja,  
Con su boca la abeja iba labrando,  
Artificiosos cóncavos forjando.

» Era patente la hermosura bella  
Del sabroso panal á cuanta gente  
Había en el mundo; y envidiosa ella,  
Pesándole que fuese tan patente,  
A la deidad divina se querella  
Del sumo altitonante omnipotente,  
Que no consienta que los hombres tomen  
Su dulce miel, que sin trabajo comen.

» Oyó en el cielo el lamentable ruego  
El Dios que el orbe universal compuso,  
Y fuéles tan benévolo, que luego  
Defensa y casa á los enjambres puso:  
Sacó de un alcornoque un vaso ciego  
Para el melifluto ministerio y uso,  
Donde la abeja sus panales guarde  
Del ladron, á quien biera y acobarde.

» Y por defensa del licor suave,  
Y para que ninguno se le atreva  
A robar lo que sola labrar sabe,  
Con que las bocas á los dioses ceba,  
Dióle; don singular! la espada al ave,  
Que dentro de su cola oculta lleva,  
Con que estocadas á las gentes tira,  
Y del secreto cóncavo retira.

» Siempre el divino Júpiter propicio  
Se mostró á las abejas, en memoria  
Del alimento en su niñez, indicio  
Y pronóstico claro de su gloria;  
Mas despues en humano beneficio  
Forma y manera reveló notoria  
Al arcadio Aristeo, que el primero  
Fué, desde aquellos tiempos, colmenero.

» El fué el primero que á la humana gente  
Les enseñó, para coger el fruto,  
El modo y lugar propio y conveniente  
Donde pueda labrar el pueblo astuto:  
Desde aquel tiempo antiguo hasta el presente  
Han llevado los hombres el tributo  
Por arte y maña de la abeja escasa,  
Por tasa dando lo que dió sin tasa.

» Llegaron al instante á las orejas  
De la madre comun, naturaleza,  
De todos los cuadrúpedos las quejas,  
En llanto envueltas y mortal tristeza:  
De escasas acusaron las abejas,  
Pues lo que ella les dió con tal largueza  
Para que fuese principal sustento,  
No es ya para la boca del jumento.

» De allí el refran se derivó, sin duda,  
Que está tan extendido por España,  
Y la madre comun suspensa y muda  
Quedó á las quejas, y encendida en saña;  
Entónces ella con enojo muda  
Contra la astucia y cautelosa maña  
De las abejas los efectos varios,  
Haciendo ser á su intencion contrarios.

» Trocó en su espada cortadora y fuerte  
Los temerarios filos, de manera  
Que quien pensó con ella dar la muerte,  
Hace con ella que ella misma muera;  
Y contra el vaso donde esconde y vierte  
La dulce miel en cóncavos de cera,  
Produjo el oso entre otros animales,  
Muerte suya y ladron de sus panales.

» Mirad con tales cosas si hecho tiene  
Esta, de sus licores avarienta,  
Causas por donde eternamente pene,  
Y igual castigo su avaricia sienta;  
Y á ser mayor su gran delito viene;  
Que no con esto solo se contenta,  
Pues con fin de que el hombre no comiera  
Su licor, le vertió por la trasera.

» A la crueldad de Lucifer se deje  
Dar á tan malas gentes el castigo,  
Que yo aseguraré que no se queje  
Que no venga su agravio el enemigo;  
Y otros crudos tormentos apareje,  
Porque tambien ha de llevar consigo,  
Donde ejecute su furor y saña,  
Los tercios fuertes que produce España.

» La soberbia de Arjona y la manchega  
Ejercitada gente en hacer robos,  
Cuyas crueldades el rocin reniega,  
Causa de sus carreras y corcovos,  
A su furor indómto se entrega  
Con los hambrientos y feroces lobos  
Que en su provincia calorosa cria  
Murcia con la soberbia Andalucia.

» Y pues los diablos principales tienen  
Repartida entre sí tan grande hacienda,  
Y tales Indias al infierno vienen,  
Vaya cada demonio por su senda:  
Mis jueces integérrimos condenen  
Al diablo chico ó grande que no entienda  
En algo del loable ministerio  
De llenar de esta gente el negro imperio.

» Y si para negocios semejantes  
Algun demonio grande no se sienta  
Con aliento ni fuerzas tan bastantes,  
Ni con denuedo al caso competente,  
Diablos tiene el infierno extravagantes;  
Llamen para el efecto desta gente,  
Que apénas lo sabrán, cuando sin duda  
Todos vendrán á ser diablos de ayuda.

» A Aqueronte, que el agua trasparente  
Desde su cueva oscura señorea,  
Y de hojas negras la arrugada frente  
Con espacioso circulo rodea,  
Farfarelo con paso diligente,  
Y con palabras cual requiere, sea  
El que á notificarle se despache,  
No altere sus cristales de azabache.

» Que no saquen sus ninfas la cabeza,  
Nadando por su negro y ancho lago,  
Si quieren ver su etiope belleza  
Libre y segura de atrevido estrago:  
Que por sus tristes ondas se endereza  
Gente al infierno, que darán el pago  
A cualquier ninfa, sin estar segura  
De lujurioso beso ó picadura.»

Aqui subiendo de la voz un punto,  
Pluton á los espíritus feroces  
Dijo: « Ya, turba bárbara, barrunto  
Que en la memoria vuestra van mis voces:  
Ea pues, potencia del infierno junto,  
Cuidado en prevenir; partid veloces,  
Demonios de los lóbroges abismos,  
Idos vosotros con vosotros mismos.»



Esto el padre infernal dijo: y atentos  
 Los soberbios demonios escucharon,  
 Y con la alegre novedad contentos,  
 Señales ciertas de placer mostraron;  
 Y apenas puso fin á los acentos  
 Pluton, cuando los suyos comenzaron  
 Diciendo que se hará ni más ni ménos  
 Que quiere el rey de los tartáreos senos.

Al punto Eaco, Radamanto y Minos  
 Dejaron los plutónicos umbrales,  
 Y luego del infierno los caminos  
 Trillaron los ministros infernales;  
 Pero ya los cabellos serpentinicos  
 Meguera va arrancando, y las fatales  
 Tiseras saca ya la Parca fiera:  
 Alto á ver el estrago desde afuera.

## CANTO IX.

Entre las cosas que el celeste espacio  
 Encierra de más obra y maravilla,  
 Es la ciudad, metrópoli y palacio,  
 Adonde tiene Júpiter su silla;  
 Adonde el tiempo vuela tan despacio,  
 Que ajena voluntad su paso humilla,  
 Y de sus tiempos deja solamente,  
 Sin futuro y pretérito, el presente.

Allí donde los años no envejecen  
 Las cosas que los dioses produjeron;  
 Porque siempre perpetuas permanecen  
 En el feliz estado que les dieron:  
 Allí las bellas cuadras resplandecen  
 Del edificio grande que emprendieron,  
 Adonde consumieron dos deidades  
 El oro y plata de sus dos edades.

Saturno en tiempo de la edad de oro,  
 Cuando tuvo sujeto á su servicio  
 El reino celestial, gastó un tesoro  
 En comenzar el inclito edificio;  
 Pero despues que al paternal decoro  
 Júpiter se atrevió, su maleficio  
 De condenar al padre á vil destierro  
 Trujo la edad de plata y la de hierro.

Entónces los finisimos metales,  
 Aunque no tales ni de tanta estima  
 Como el primero, fueron materiales  
 Para la obra de los cielos prima:  
 Las rocas le ofrecieron sus cristales;  
 Dióle el Oriente su riqueza opima  
 En finas piedras, y las suyas Paro,  
 Y el artifice Creta en obras raro.

Dédalo dió la traza, y mil maestros  
 Entre infinitos dellos hacían raya,  
 Por ser los más famosos y más diestros  
 Entre cuantos se hallaron en Vizcaya:  
 Que desto dotó Júpiter los nuestros  
 De Europa, pues no hay parte donde vaya  
 Su ingenio, que no cobre nombre rico,  
 Ya que no por su lengua, por su pico.

Con estos el artifice de Creta  
 Tanta solicitud en la obra puso,  
 Que en poco tiempo la dejó perfeta,  
 Y de su ingenio á Júpiter confuso:  
 Que desto dotó Júpiter los nuestros  
 De Europa, pues no hay parte donde vaya  
 Su ingenio, que no cobre nombre rico,  
 Ya que no por su lengua, por su pico.

Sobre columnas dos de plata fina,  
 Y de oro puro capitel y basa,  
 La portada soberbia y peregrina  
 Se funda de la hermosa y grande casa:  
 Cada columna su largura empina  
 A quince codos, y de quince pasa  
 Con basa y capitel, guardando en todo  
 Módulos justos de arquitecto modo.

De la portada en la soberbia altura,  
 De bronce duro se divisa y mira  
 Del dios altitonante la figura,  
 Cuando los rayos á la tierra tira:  
 Es tan al natural su propia hechura,  
 Representando su furor y ira,  
 Que si alguno la mira, en su semblante  
 Se ve patente el miedo del gigante.

Dos carbuncos disparan rayos puros  
 De vivo fuego por sus grandes ojos,  
 Que puesto parangon, quedan oscuros  
 Del alumbrante sol los rayos rojos:  
 El fuerte brazo que dejó seguros  
 De ser del Serpentígena despojos  
 A los dioses santisimos, empina,  
 Que vivo el rayo al parecer fulmina.

Portada en suma de la casa adonde  
 Júpiter tiene su morada y silla,  
 A cuya traza su hermosura esconde  
 Del mundo la más alta maravilla;  
 A quien, porque en la traza corresponde  
 La casa de los reyes de Castilla  
 Del nombrado Escorial, la fama alaba,  
 Y llama, y bien, la maravilla octava.

Tanto la altura de la tierra dista,  
 Que si no es con grandisimo trabajo,  
 Si allí pudiera haberle, humana vista  
 No viera el alto desde el suelo bajo;  
 Porque no hay vista humana que resista  
 La viva lumbre que de arriba abajo  
 Echa de sí continua el edificio  
 Por cornija, arquitrabe y frontispicio.

De hermoso jaspe las paredes bellas  
 En cuatro torres fuertes se rematan  
 De pórvido, que junto á las estrellas  
 Del chapitel las puntas se dilatan:  
 Cien ventanas se miran, que por ellas  
 Los dioses graves, que las causas tratan  
 De los mortales, miran y tantean  
 De cuyas causas los efectos sean.

Por el espacio del zaguan se pasa,  
 Y desde él (es larguísimo) se mira  
 El pórtico ó el patio de la casa,  
 Obra que al arte y la riqueza admira:  
 Allí el tesoro y el valor sin tasa  
 Cifrado está, donde la barra tira  
 De su saber el crítico arquitecto,  
 Y el cantábrico artifice perfecto.

Entre columnas jónicas que á trechos  
 Hermosos arcos sobre sí sustentan,  
 Se ven artificiosos antepechos  
 De blancas piedras que al cristal afrentan:  
 Suben los sustentáculos derechos,  
 En cuyas cumbres y remate asientan  
 Arcos, que dan envidia al de los cielos  
 Sus hermosas volutas y listelos.

Las basas, capiteles, pedestales,  
 Listas, abacos, óvulos y frisos  
 Son de mil vistosimos metales,  
 Que hacen diversos y agradables visos:  
 Las porporciones por extremo iguales,  
 Los vivos siendo en las columnas lisos,  
 Insertos delicados collarinos,  
 Coronas, regoletos y tondinos.

De piedras finas de alabastro fuerte  
 El milagroso patio el suelo enlosa,  
 Juntas con tal primer y de tal suerte,  
 Que no parece sino de una losa:  
 En medio de este sus cristales vierte  
 Una hermosa perenne caudalosa,  
 Echando por seis caños á porfia  
 El soberano néctar y ambrosia.

En este patio la divina gente  
 Los unos con los otros se pasean,  
 Hasta que baja el dios omnipotente,  
 En cuya alegre vista se recrean:  
 Pasan de cuadra en cuadra diferente,  
 Cuyas paredes altas hermocean  
 Telas que para adorno de las salas  
 Las recamó con sus doncellas Pálas.

Allí la biblioteca tiene abiertas,  
Dando á quien quiere para ver la entrada,  
De bronco duro las labradas puertas,  
Riqueza entre los dioses celebrada:  
Los libros con cadenas y cubiertas  
De plata al parecer sobredorada,  
Adonde tienen por memoria escritas  
De los héroes hazañas infinitas.

Allí está la basilica, que es sala  
De suprema hermosura y excelencia,  
Que á la estrellada fábrica se iguala,  
Y tiene con sus luces competencia:  
Estos son los estados que señala  
Júpiter á los dioses de su audiencia,  
Obra que deja á quien la mira absorto,  
Donde el primer y el arte queda corto.

Arrimanse á la sala diez escaños  
Que el desnudo Piracmon forjó y hizo  
Con primores magníficos y extraños,  
Y todos de oro sólido y macizo:  
Allí los hados y futuros daños  
Y cuanto la fortuna hizo y deshizo,  
Júpiter á los dioses les publica  
Desde su excelso trono y silla rica.

Esta admirable y milagrosa pieza  
Está en cabeza de uno y otro coro,  
Como adonde se sienta la cabeza  
A quien los dioses miran con decoro:  
Presentósele el dios de la riqueza,  
Por ser de más estima que el tesoro  
Que en sus venas riquísimas encierra  
De todo el Potosí la madre tierra.

Su precio y su valor es inaudito,  
Por ser toda diamantes que á Vulcano  
Trabajo le costaron infinito,  
Habiendo de labrarlos por su mano:  
Si no es á pura sangre de cabrito,  
Labrar estos diamantes es en vano,  
Y faltando de sangre grande copia,  
Vulcano los labró con sangre propia.

En esta sala á Júpiter visitan  
Los soberanos dioses cada día,  
Que su regalo y gusto solicitan,  
Siendo servirle su mayor porfía:  
Todos por rey y por señor le gritan;  
Y agradeciendo el dios su cortesía,  
Con amor los recibe, y en la sala  
Acaricia á los dioses y regala.

Allí los dioses á tratar se juntan,  
Y Júpiter sus dudas satisface,  
Por sus antigüedades le preguntan,  
Y él solo á todos respondiendo apalace;  
Y si algunos entre ellos se repuntan,  
Y enojo ó ira de sus pechos nace,  
Júpiter tiene de juzgar el cargo,  
Y ejecuta sentencias sin embargo.

No se le da á ninguno en su presencia  
Deidad, porque tan sola su persona  
Es del cielo la suma omnipotencia  
Que el cetro rige y la imperial corona:  
El fulmina, castiga y da sentencia,  
Prohíbe, manda, suelta y emprisiona,  
Y alguna vez de la deidad les priva,  
Y hace al rebelde que en destierro viva.

Y si acaso los dioses, de ira llenos,  
No le temen, á rabia se provoca,  
Y furibundo manda que los truenos  
Al cielo alteren con su furia loca:  
Que rompan los relámpagos sus senos,  
Y volcánadas echen por la boca  
De vivo fuego, y con el miedo quieta,  
La caverna de dioses á él sujeta.

Pero luego ellos mismos dan la traza  
Cómo el furor de Júpiter se aplaque,  
Y que el rayo detenga que amenaza  
En las alturas un soberbio haque:  
A Ganimédes hacen que la taza  
Llena de mosto celestial le saque;  
Y en viendo al muchachuelo el dios y al vino,  
Deja el enojo y el furor mohino.

Estando pues, como era de ordinario,  
Toda la turba que el Olimpo encierra,  
En el patio, un ruidó temerario  
A los cielos subió desde la tierra:  
Sobresaltóse allí el concurso vario  
De los dioses, temiendo alguna guerra;  
Y escapa aprisa el celestial concilio,  
Implorando de Júpiter auxilio.

Temerosos deshacen los corrillos;  
Y procurando de llegar primero,  
Vuela cualquiera dios, aunque con grillos  
Que pone el mucho miedo, aunque es ligero:  
Los dioses que espantados y amarillos  
Y amedrentados vió Jupiter fiero,  
Con grande enojo que le traigan pide  
El furibundo rayo y el ejide.

«¿Quién, dijo entónces, el Olimpo altera  
Sin temor de mis fuerzas y mi rayo?  
Quién, celicolas santos, en mi esfera  
Pudo meter el miedo y el desmayo?  
Muera el villano, el atrevido muera,  
Pague la pena su inaudito ensayo:  
Por la laguna Estigia, si me enojo,  
Que le ha de consumir mi fuego rojo.

»¿Son por ventura los gigantes estos  
Que causan vuestro miedo repentino,  
Como los otros en el centro puestos  
Del alto Pelion, Osa y Paquino?  
Que si los espectáculos funestos  
Y el fiero rayo que sobre ellos vino  
Su soberbio furor no atemoriza,  
Hoy se verán resueltos en ceniza.

»Pero ¿qué es esto, que improvisamente  
El escabel del cielo titubea?  
Dadme, dioses, aprisa el rayo ardiente,  
Aterrará el estirpe gigantea:  
Arnese toda la divina gente,  
Muera la vil canalla, sea quien sea,  
Pues contra nuestra fuerza será en vano  
La del fiero Tifonte ó Centimano.

»Con el escudo y la gorgonia embista  
Contra el contrario estrépito Belona;  
Muestre su tirsó Baco en la conquista,  
Y el arco suyo el hijo de Latona;  
El bravo Alcides denodado vista  
Sus fuertes miembros de la piel leona,  
Y empuñe la soberbia Molorquea,  
Y Marte desenvaine la Romfea.»

Un dios entónces á los otros dijo,  
Mirando en ellos el terrible espanto:  
«Cese el débil temor vano y prolijo,  
Y de las diosas el medroso llanto:  
Mejor será que su elocuente hijo  
Envie sin tardar Júpiter santo,  
Y allá sepa quién es la fiera turba  
Que el sosiego á los dioses les perturba.»

Júpiter dijo: «Está muy bien que vaya;  
Y haga en nuestro servicio en hora buena  
El hijo hermoso de la bella Maya  
Lo que el divino consistorio ordena;  
Y porque contra su deidad no haya  
Cosa mortal que pueda darle pena,  
Si la defensa grave no rehusa,  
Llévese la cabeza de Medusa.

»Los céfiros, Mercurio, al punto llama,  
Y cázate al instante los talares,  
Y en sus ligeras velos te derrama;  
Parte y visita los terrestres lares:  
Mira en Trinacria si el gigante brama,  
Y por todas sus partes y lugares  
Si es el temor de nuestros dioses mira  
El fuego por su boca que respira.

»Y antes que dejes los sulfúreos montes,  
Y para dar la vuelta á las alturas,  
Con tus ligeras plumas te remontes  
A la region de las estrellas puras;  
A Piracmon, Estéropes y Bróntes,  
Que en las fraguas están del Etna oscuras,  
Di que á forjarme rayos se dén prisa;  
Que de ellos hay necesidad precisa.»

»Toda la tierra sin parar circunda,  
Y en su redondo círculo examina  
Quién levanta el tumulto y barauda  
Que atemoriza la region divina:  
Repara en qué su atrevimiento funda,  
Que ha de causarles su total ruina;  
Que si no son gigantes, es sin duda  
Gente más que ellos rigurosa y cruda.

»Mira si son ejércitos de Francia  
Temidos por el impetu primero,  
O si sale de Italia la arrogancia  
Llevando el viento su hablar ligero:  
Repara si es la esguizara jactancia,  
O los gascones en aspecto fiero,  
O si tudescos, gente dada al jarro,  
Flamenco astuto ó español bizarro.»

Los alados talones mueve aprisa  
El mensajero que del cielo parte;  
Los aires mansos denodado pisa,  
Revolviendo la vista á cada parte:  
Todo cuanto en la tierra se divide  
Seguro vió del riguroso Marte,  
Oprimida la fuerza de Tifeo.  
Y presos los cien brazos de Briareo.

Del tizado Piraemon vió desnudos  
Los miembros, nuevos rayos fabricando  
De temple duros y de punta agudos,  
Castigo justo del soberbio bando:  
Los ecos del marcial acento mudos,  
Las gentes las cabezas coronando  
De verde oliva, de la paz despojos,  
Y las puertas de Jano con cerrojos.

Las alas libres por el aire suelta  
Con cara alegre y espaciosa sorna;  
Los vuelos tiende para dar la vuelta  
Al sexto cielo, que su padre adorna;  
Y apenas sube, cuando mira envuelta  
La cimica ribera en fuego, y torna,  
Y mira entonces lo que no había visto;  
Admirase de verlo, y vuelve listo.

Ante el divino claustro se presenta  
Con gran fatiga el mensajero alado,  
Que en su pecho parece que revienta  
Con tanta prisa el corazón cansado:  
Pídele luego Júpiter la cuenta  
Del caso para donde fué enviado,  
Qué ha visto, qué ha notado, cómo y dónde:  
Calla el que se la pide, y él responde:

«Bajé á la tierra, visité la altura  
De los Sicúlós montes, cuyos senos  
Sirven de cárcel fiera y sepultura  
De monstruos vivos, de soberbia llenos:  
Del cojo herrero vi la fragua oscura,  
Y vi con aires y espantables truenos  
De sus fuelles y horrisonos martillos  
Forjar de alevés vidas los cuchillos.

»El Océano inmenso vi tranquilo,  
Sin bullicio de guerra ni alboroto,  
Y desde el margen del etiope Nilo  
Hasta de Tule el límite remoto:  
Vi por el mundo el acerado filo  
En las entrañas de la vaina boto,  
Hasta que vi en las cimicas riberas  
Lucir acero y tremolar banderas.

»En las sutiles auras encubierto  
Un campo largo á la redonda giro,  
Y cuanto campo miro descubierto,  
De dos campos cubierto atento miro;  
Y estando ya de lo que quise cierto,  
Mis vuelos de la máquina retiro,  
Para contaros cosas tan extrañas,  
Que las tendréis sin duda por patrañas.

»Del rey Sanguileon la gente cruda  
En órden, que era un número infinito,  
Vi, y junto á ella para darle ayuda  
El mirmillon, el tábano y mosquito:  
En su contra la araña vi zancuda,  
La chinche, pulga y piojo, que el distrito  
Dejaron de su tierra, haciendo liga  
Por dar favor al Granestor hormiga.

»Cada uno lleva una caterva inmensa  
De gente armada, indómita y gallarda,  
Que no hay en todos ellos quien no piensa  
Que la victoria para sí se guarda:  
Quedó en su vista mi deidad suspensa,  
Mi doctilocua lengua muda y tarda,  
De manera que casi no me atrevo  
A dar principio á lo que vi de nuevo.

»Iba pisando el arenoso puerto  
La gente mosca, y con furor marchando,  
Cuando á la vista vieron descubierto  
Todo el estruendo del contrario bando:  
Dejaron todo el ancho mar cubierto  
De naves sueltas sin patron nadando,  
Que pudieran mejor que las de Enéas  
Ser convertidas en marinas deas.

»Y luego al mismo punto que se vieron  
Las fieras gentes de los dos caudillos,  
Con truenos espantables salva hicieron,  
Que pudo el reino del espanto oílos:  
Allí los campos sin parar corrieron  
Para tener reparo, á dos castillos,  
Puestos el uno y otro frente á frente  
Para la gente hormiga y mosca gente.

»Ya que las fuerzas fuéron descubiertas  
De tanto infante armigero y ginete,  
Corre el Sanguileon, y por cien puertas  
Del un castillo sus soldados mete:  
El Granestor tambien, que miró abiertas  
Las del otro que entrada le promete,  
Apresurando las veloces plantas,  
A los suyos metió por otras tantas.

»Tremolaban al aire cien banderas  
Sobre sus torreones poderosos,  
Abiertas por los muros mil saeteras,  
Y la tierra con mil profundos fosos:  
Allí metieron las naciones fieras  
Sus fuertes escuadrones belicosos,  
Y aunque eran infinitas cantidades,  
Eran los dos castillos dos ciudades.

»Estos asilos dos ó fortalezas,  
Que dentro de sus muros contenian  
Tantas estancias y anchurosas piezas,  
Donde tantos ejércitos cabian,  
Eran fuertes bestiones, ó cabezas  
De tales, porque serlo parecian;  
Y eran, según por las señales hallo,  
Calaveras de vaca y un caballo.

»En la de vaca el fuerte Mosquifuro,  
Con sus trazas, enredos y marañas  
Cerró las puertas, y dejó seguro  
En él su campo de enemigas mañas;  
Y luego para fuerza y antemuro  
Un bestion fabricaron las arañas,  
Que fieros mosquetazos resistía  
Y balas de contraria artillería.

»Cien piojos hay las noches y los dias,  
Que, sobre el muro altísimo velando,  
Están las enemigas compañías  
Del rey Sanguileon atalayando:  
Cien pulgas andan siempre por espías,  
Viendo las trazas del contrario bando,  
Y cuando el mosca su intencion divulga,  
Lo divulga á su rey tambien la pulga.

»De las abejas los ingenios raros  
Tambien hicieron admirable hacienda  
De estacadas, bestiones y reparos,  
Donde la chusma alada se delianda:  
Vense los unos y los otros claros,  
Máquinas fabricando en la contienda,  
Saliendo á veces á probar sus bríos,  
A verse en mil campales desafíos.

»Están sobre los altos torreones  
Donde la mosca con su gente habita,  
Doscientas atalayas mirmillonas  
Viendo lo que el hormiga solicita;  
Y estos á los amigos escuadrones  
Están diciendo con perpetua grita:  
¡Al arma, amigos, arma, alerta, alerta!  
Que sale el Mosquifuro por la puerta.—



»Después de varios trances y sucesos,  
En que á veces se vieron peleando,  
Y ya los unos y los otros, presos  
Iban llevando del contrario bando,  
Llegó á los ejércitos, espesos  
De soberbia canalla, el tiempo, y cuando  
Hubieron de salir de la muralla  
A dar en campo raso la batalla,

»Por un millon de puertas y aberturas,  
Resquicios, hendeduras y agujeros,  
Salen armados de sus armas duras  
Los capitanes y soldados fieros:  
Su luz perdieran las estrellas puras,  
Puestas en parangon con los aceros,  
Que tanto desde léjos relucian,  
Que émulos de sus luces parecian.

»Del castillo salió, si bien me acuerdo,  
Del rey Sanguileon la gente fiera,  
Al campo raso, por el ojo izquierdo  
Del soberbio bestión ó calavera:  
Ya que con paso más veloz que lerdo  
Esta inhumana chusma se vió fuera,  
Por el ojo derecho con su gente  
Salió volando el tábano valiente.

»Por las partes adonde las orejas  
En la cabeza fijas estuvieron,  
Por una y otra al campo á las parejas  
Dos soberbios ejércitos salieron:  
Con la manchega mosca las abejas  
Con temerario estrépito vinieron,  
Y con estruendo la de Arjona guió  
Los tercios de la fuerte Andalucía.

»Por donde las narices y la boca  
La bestia caballar un tiempo tuvo,  
Salió tanto mosquito, que era poca  
La plaga dellos que en Egipto hubo:  
Cuando toda la chusma el Rey convoca  
Sobre su campo, entre las auras subo,  
Llevado al fin del natural deseo,  
Y desde el aire cuanto trazan veo.

»Al rey Sanguileon miré entre todos,  
Cuyo retrato está en mi mente escrito,  
Porque era bien más alto cuatro codos  
De los suyos, que el más galán mosquito:  
Solicitando trazas, dando modos  
Andaba entre el ejército infinito,  
Plantando hileras de escuadrones largos,  
Banderas reformando, y dando cargos.

»De negras armas iba el Rey cubierto,  
Que se las puso por señal de luto  
Por su gran Ranifuga, que era muerto,  
Y el llanto de sus ojos aun no enjuto:  
Su campo ordena el capitán experto  
Con un esfuerzo de romano Bruto;  
Que si el otro vengó á Lucrecia casta,  
Estotro venga al casto de su casta.

»Negra corteza de garbanzo dura  
Le dió (¡gran peso!) el espaldar y peto,  
Arma contra los impetus segura,  
Metal á ofensa alguna no sujeto:  
Negra color y natural pintura  
Con que daba á entender el rey discreto  
Que, muerto el Ranifuga, no se alegra  
Con cosa alegre su ventura negra.

»Sobre la temeraria y real cabeza  
El negro yelmo por insignia triste  
Lleva (¡terrible globo!), de la pieza  
Que al cañamon de su dureza viste:  
Cubierto desta lóbrega corteza,  
Reparo firme que el furor resiste,  
Sale mostrando al mundo que cubierto  
Le trae de luto el Ranifuga muerto.

»Sobre el caparazon de un negro grillo,  
Que de gordo parece que revienta,  
El triste Rey, el misero caudillo,  
El cuerpo armado á la venganza asienta:  
Furioso los ijares del morcillo  
Pica, cuyo color nos representa  
Por el sin vida Ranifuga el llanto,  
Y de sus enemigos el espanto.

»Un negro jabali le dió la lanza  
De entre sus negras cerdas la más fuerte,  
En quien tiene fundada la venganza  
Del Ranifuga y de su triste muerte:  
Doce brazadas su largura alcanza,  
Firme esperanza de su buena suerte;  
Que lo será sin duda cuando venga  
Tal, que venga ad al Ranifuga tenga.

»En la derecha mano el asta larga  
Furioso empuña de la aguda cerda,  
Y abraza fuerte la espaciosa adarga  
Negra tambien en la forzuda izquierda;  
En cuantas armas sobre el cuerpo carga,  
La muerte tan atroz se le recuerda  
Del Ranifuga mosca, cuya historia  
Las negras armas traen á su memoria.

»El rey Matabalho en diferentes  
Escuadras pone su caterva fiera  
De tábanos expertos y valientes,  
De quien hazanas de valor espera:  
El era el gran caudillo destas gentes,  
Asombro fiero del contrario, y era  
El que quitó la espada á su enemigo,  
Que es la que en las batallas trae consigo.

»Este fué desde niño aficionado  
Al ejercicio militar, de suerte  
Que con cuantos sus fuerzas ha probado,  
Han probado con él su misma muerte:  
Tal vez de un abejon desaliado  
Fué cuerpo á cuerpo el tabanesco fuerte,  
En cuyo desafío hizo de modo,  
Que se dió á conocer al mundo todo.

»Saliéronse los dos á la campaña,  
Que siempre en ella el tábano pelea;  
Y el astuto abejon (astucia extraña,  
Digna deste lugar, porque se crea)  
Llevaba oculta con cautela y maña,  
En el remate de su cola fea,  
Una espada finisima desnuda,  
De filo cortador y punta aguda.

»Y cuando cara á cara arremetia,  
Al mismo punto, al revolver del anca,  
Con lijereza súbita salia  
La arma sutil por entre zanca y zanca:  
El tábano feroz, que nunca via  
Indicio del acero ó punta blanca,  
Sudaba gotas de mortal congoja,  
No viendo el filo con que el tajo arroja.

»Pero una vez el tábano, que atento  
Estuvo á la revuelta de la cola,  
En la mitad del leve movimiento  
De aquella espada vió la punta sola:  
Quedó con esto su valor contento,  
Y los brazos con ánimo enarbola,  
Para cuando el contrario le acometa  
Guardarle la estudiada contratretra.

»El abejon de revolver no tarda,  
Y hácia el tábano fuerte se encamina;  
El tábano feroz no se acobarda,  
Aunque ve al abejon que se avvicina;  
El abejon, que mira que le aguarda,  
Al tábano amenaza su ruina;  
Pero el tábano astuto, que le entiende,  
Al abejon entre sus brazos prende.

»El abejon y el tábano los brazos  
Furiosos cruzan con rigor que espanta;  
El abejon al tábano los lazos  
Le aprieta por la indómita garganta;  
Al abejon el tábano pedazos  
Quiere hacerle, y por medio le quebranta,  
Y el abejon y el tábano, uno y otro  
Son de uno y otro atormentable potro.

»Tanto la fuerza tabanesca pudo,  
Contraria á la abejonía, que en efeto  
La fiera bestia del acero agudo  
Murió en los brazos del rigor y aprieto:  
Dejó de vida al abejon desnudo,  
Sacando por despojos de este reto  
El tábano la espada que se ciñe,  
Con cuyos filos las batallas riñe.

»El alma triste el abejon vomita,  
Que ya sus brazos con la fuerza floja  
De la garganta tabanesca quita,  
Pereciendo entre rabias y congoja;  
Y el que á Anteon contra Hércules imita  
Tampoco entonces pudo, que la hoja  
Vomitó por atras su triste ojo,  
Haciéndola del tábano despojo.

»Espada y hoja propiamente y sola,  
De cuya traza y filos imagino  
Que el nombre que le dan á la española  
Espada, de hoja, de este origen vino:  
Era la aguda espada que en su cola  
Llevaba el abejon, hoja de espino,  
Cuyos filos y hechura dieron nombre  
A la hoja que cñe al lado el hombre.

»Quedó el Mataballo muy honrado  
Con tal victoria, y desde allí adelante  
Cobró reputación de gran soldado,  
Y para empresas graves importante:  
La espada cortadora dió á su lado,  
Que la trasera honró del arrogante  
Héctor moscon, que al rey de la Tabana  
Como á Aquiles rindió la Duridana.

»Con ella el gran caudillo la órden traza  
De formar sus hileras y escuadrones,  
Haciendo siempre para el paso plaza  
Sus tábanos jinetes y peones:  
Si acaso con los filos amenaza  
A los suyos, se tienden á montones,  
Porque solia llevarse, caso feo,  
Seis tábanos y siete de un boleó.

»Grande es el miedo que en los suyos pone  
Cuando les muestra la desnuda espada,  
Y con industria el escuadron compone,  
Sin que soldado le replique en nada:  
A la contraria multitud opone  
La caterva de tábanos granada,  
Cubriendo todo el campo de jinetes,  
Arcos, ballestas, dardos y mosquetes.

»La turba de los cenzaloz cruels  
El rey Asinicedo tiene á cargo,  
Formando lucidísimos cuarteles  
De fuertes gentes y de espacio largo:  
Es gente que en los bélicos tropelies,  
Aunque no muestren armas, sin embargo  
Son los que más á los contrarios dañan,  
Porque con no mostrarlas los engañan.

»Son gentes magras y de fuertes nervios,  
De complexion robusta y bravo talle,  
Monstruos sin ley, en el pizar protervos,  
Sin que en su corazon piedad se halle:  
Gente criada entre silvestres cuervos,  
En monte despojado ó inculdo valle,  
Y que imitando al cuervo, solo intenta  
Sacar los ojos al que le sustenta.

»Y aun tengo conjeturas y recelo  
Que esta fama rüin que el cuervo tiene,  
Los cenzaloz la causan cuando el pelo  
Del cuervo nuevo á disfrazarle viene;  
Porque huyendo los padres, luego el cielo,  
Que de los pollos cuida, los mantiene  
Destos mosquitos, que á los cuervos hacen  
Ser semejantes al manjar que pacen.

»Es esta fiera turba cenzalina  
De condición tan bárbara y extraña,  
Que va cantando siempre que camina,  
Y canta más cuando es mayor su saña:  
Gente que á guerra y disension se inclina,  
Y que tiene por patria la campaña,  
Adonde con la fuerza de sus dientes  
Quita las vidas á las chinchas gentes.

»En un pulgon hinchado caballero  
Va el rey caudillo desta gente brava,  
Vestido el cuerpo, en vez de fino acero,  
Del orbe duro que cubrió una haba:  
Este caballo y armas el rey fiero  
En defensa sacó, porque se alaba  
Que por despojos de valor los hubo  
Cuando allá en los habares guerra tuvo.

»Esto mirando me quedé suspenso,  
Cuando en el eje de los cielos toca,  
Atrouando la tierra, un grito inmenso,  
Que confieso que á miedo me provoca:  
Que al alto Olimpo desencasa pienso  
Del gigante feroz la furia loca,  
A quien no pude hallar entre la tierra,  
O que el divino Júpiter le atierra.

»Fué tanto entonces de mi pecho el miedo  
Y el tremor improvisó y sobresalto,  
Que sin poder volar me estuve quedo,  
De la virtud de mis talares falto:  
Revuélvo mi cabeza como puedo  
Por el lugar de entre las auras alto,  
El campo miro de la hormiga, y veo  
Lo que, aunque vi, tal es, que no lo creo.

»Por medio del ejército contrario  
Pasó esgrimiendo el cortador acero  
Un moscon furibundo y temerario,  
Más que las furias del infierno fiero:  
Siguíole del hormiga el campo vario;  
Pero él, valiente y por igual lijero,  
De entre sus uñas y sus armas sale,  
Y de su fuerza y de sus piés se vale.

»Sale huyendo del campo del hormiga,  
Y hácia el real de la mosca los piés mueve,  
Y para que su alcance se consiga,  
Espesas gentes el contrario llueve:  
Viendo el Sanguileon á la enemiga  
Turba tan cerca, saca en tiempo breve  
De sus moscas un número sin cuento  
Que á los otros retiren al momento.

»No sigue el bando del estruendo alado  
La medrosa caterva que retiran,  
Que recibiendo entre ellos al soldado,  
De tal hazaña y su valor se admiran:  
Estaba de correr desfigurado  
De tal manera, que aunque más le miran,  
Ninguno se halla que conozca ó piense  
Que es el señor del valle Barriliense.

»Pero despues que por el habla y señas  
Del tártaro el aspecto conocieron,  
Allí fuéron las fiestas no pequeñas,  
Y los sumos contentos allí fuéron:  
Allí rimbomban de las altas peñas  
Los ecos que al acento respondieron  
De la alada caterva, que en voz viva  
Entonaron el victor hasta arriba.

— «Sea bien venido, al tártaro decia  
El rey Sanguileon de la Mosquea,  
La luz de la mosquil caballería,  
Adonde Marte su furor emplea:  
La defensa de nuestra monarquía,  
La parca de la hormigena ralea,  
El que con verle de mi rostro enjuga  
Las lágrimas que causa el Ranifuga.

»¡Oh capitán, firmísima esperanza  
De la fortuna de la gente nuestra!  
¿Qué prolija prision ó qué tardanza  
Ha tenido cautiva vuestra diestra?  
¿Qué tormento ó qué súbita bonanza  
Os trae del mar y á vuestra gente os muestra:  
Que todos os lloráramos con pena  
Que en vos no se cebase la ballena? —

»No sé si el rey moscon le dió respuesta,  
Mas al un rey miré del otro asido,  
Y á la turba mosquina haciendo fiesta,  
Todo en memoria del recién venido;  
Y entre esta gente y la contraria opuesta  
Salió hiriendo los aires un bramido,  
Que ninguno de tantos oírle pudo  
Sino era yo, del sér mortal desnudo.

»En el un campo y otro vi que andaba  
Zurciendo la solícita Meguera,  
Que rabias, iras y rencor sembraba,  
La fiera furia entre la gente fiera;  
Y viendo que con prisa se acercaba,  
Sin que me viese retiréme afuera,  
Temiendo del mirar de la mal quista,  
Que no me emponzoñase con su vista.

»Los talaes con ánimo prevengo,  
Y de su vista á más volar me aparto,  
Y á no verla sin duda me detengo,  
Hasta ver de la guerra el fiero parto.  
Esto, deidades, á contaros vengo,  
Y dejo ahora de contaros harto  
Que el miedo mio relatar no osa;  
No se nos sobresalte alguna diosa.»

Esto al concilio de los dioses dijo  
En la esfera de Jupiter Cilenio,  
Quedando absortos con su hablar prolijo,  
Más de la novedad que de su ingenio:  
Calló de Maya el elocuente hijo;  
Y de los dioses el divino genio,  
Como la nueva á espanto le provoca,  
Arqueó las cejas y frunció la boca.

Jupiter dijo desde el trono alto  
A los dioses sus súbditos: «Confieso  
Que me causa la nueva sobresalto,  
Y el grande miedo me ha tenido preso:  
No se asomen á ver el fiero asalto  
Los dioses celestiales; que el suceso  
Temo que les provoque á alguna pena,  
Cosa sin duda á su deidad ajena.

»Quédese el mundo de tinieblas lleno  
Mientras que pasa tanta desventura;  
No ponga Febo á sus caballos freno,  
Ni el carro saque de su lumbre pura;  
Estése en tanto de su luz ajeno.  
Y todo el tiempo que la guerra dura,  
A las puertas del cielo echen la llave,  
Y no las abran sin que el daño acabe.

»Delia la plata de su faz redonda,  
Con cuya hermosa luz al mundo alegra,  
Mientras pasa furor tan grave, esconda,  
Y sin ser vista de la noche negra,  
En ninguna manera corresponda  
Con luz; que el mundo todo es otro Flegra;  
Ni en forma ya de tajador se ofrezca,  
Ni rebanada de melon parezca.»

Dijo; y de la basilica el espacio  
Desocupan los dioses al momento,  
Y pasan por las salas del palacio  
Con más veloz que tardo movimiento:  
Sola mi torpe pluma va despacio;  
Mas ya contra la flema y vuelo lento  
La desgredada Eumenide la mira,  
Y para entrar, con furia se retira.

## CANTO X.

Después que tuvo el tártaro pagano  
To'la la chusma moscatel absorta,  
Relatando sus hechos, que al romano  
La fama dejan de los suyos corta;  
Alegre el rey Sanguileon y ufano,  
Como aquel que conoce cauto importa  
Un capitán que, tras el ser valiente,  
En órden ponga la bisona gente;

Convoca las indómitas cabezas,  
Caudillos fuertes de su gente brava,  
Y repite los hechos y proezas  
Que el que las hizo de contar acaba;  
Y visto en sus hazañas las certezas  
Del gran valor que el tártaro mostraba,  
Por general publican que se elija,  
Que se le dé el baston, y el campo rija.

Parte á su tienda el rey de la Mosquea,  
De una espesa caterva acompañado;  
Porque en la tienda suele está ralea  
Sustentar un ejército alojado:  
En la tienda del tártaro se apea,  
Que estaba de moscones rodeado,  
Los cuales, viendo su señor presente,  
Se levantan y danle en que se asiente.

«Moscon Sicaboron, á vos se os debe,  
Dijo, de general el nombre y cargo;  
A vos, que sin temor del Anstro alevé,  
Del mar nadastes el espacio largo;  
A vos, á cuya fuerza no se atreve  
La hambre á derribar, pues sin embargo  
De la suya, á tres pulgas muerte distes,  
Y la liendre que asaban os comistes;

»A vos, que por en medio del estruendo  
De los contrarios con furor pasastes,  
Y el acero con ánimo esgrimiendo,  
La vida de sus manos escapastes;  
A vos, primo, esta vez hacer pretendo,  
Porque con gran valor lo granjeastes,  
General y cabeza de mi gente:  
El baston recibid, moscon pariente.»

El rey de la Mosquea cerró el labio,  
Cuando el Sicaboron el suyo arrima  
Al dorado baston, diciendo: «Agravio  
Haceis á dignidad de tanta estima.»  
Era el Sicaboron mosquito sabio,  
Aunque terrible y fiero por su clima,  
Y en lo que es elocuencia y cortesia  
Pocos como él en todo el campo había.

El cargo acepta el capitán valiente,  
Y manda, sin que un punto se dilate,  
Que se arme toda la robusta gente  
Y se aperciban al mortal combate:  
Vuela por todo el campo diligente  
La voz que afuera echó por su gaxnate  
El general soberbio, que el primero  
Viste las armas y el doblado acero.

De una uña de hombre el cuerpo viste,  
Que al más duro metal su fuerza iguala,  
Arma cruel, para los pijoos triste,  
Que su muerte á los miseros señala:  
Reparo temerario que resiste  
El fiero golpe de arrojada bala.  
Carga que si del tártaro no fuera,  
No hubiera quien vestirsela pudiera.

Pero, ¿qué grito súbito resuena  
Del polo en la convexa superficie  
Con más furor que cuando el Anstro truena,  
Que parece que el cielo se desquicie?  
Arriba sube con furor la arena;  
¿Quién puede haber que al cielo maleficie?  
Que el polvo denso mas que espesa nube,  
Contrario á Febo y á sus rayos sube.

«¿Aparta, aparta, plaza, plaza, paso!»  
¿Por quién dará la gente tales voces?  
Mas ya descubren manifiesto el caso  
Los miembros caballares y feroces:  
El famoso Bucéfalo, el Pegaso,  
El animal veloz entre veloces,  
El lijero Babieca, el gran Bayardo,  
Y el más que todos sin compas gallardo;

El caballo leal del rey de Buta,  
Haciendo cabriolas y corvetas,  
Con piés y manos el arena enjuta  
Arroja á la region de los cometas:  
Con no le haber domado maña astuta,  
El por causas ocultas y secretas,  
Como el otro Bucéfalo, al Rey fiero  
Humilde se le muestra cual cordero.

Grillo tambien se llama, no de aquellos  
Morcillos del gran rey de la Mosquea,  
Que, aunque ellos son más gordos y más bellos  
Que la casta de estotros y ralea,  
Estos alzando los altivos cuellos  
Tanto suelen saltar, que no hay quien crea  
Que el salto suyo pueda ser tan alto,  
Que setecientas pulgas pase un salto.

Y llamarse esta bestia Grillo tiene  
No pequeño misterio, y se responde  
Que el nombre suyo derivado viene  
Del simil que á los grillos corresponde;  
Que como el que los presos piés contiene  
Dentro en los grillos, á la parte adonde  
Parte, de libertad estando falto,  
No llega presto, si no apresta el salto.



Así del grillo el nombre se deriva  
Al que con tanta fuerza y lijereza,  
A poder de los saltos, hácia arriba  
Camina con tan súbita presteza;  
Mas ya el discreto en la razon estriba,  
Y no le satisface la agudeza  
Que, siendo el grillo obstáculo del vuelo,  
Le usurpe el nombre aquel que salta al cielo.

Porque la duda grande aquí se acabe,  
Respondo, si figuras de retórica  
El que en el caso duda entiende y sabe,  
Y si es versado en la lección histórica;  
Que aun en historia cual la nuestra grave  
Hay figura, y en práctica y teórica,  
Por lo cual á la cosa el nombre damos  
Contrario á los efectos que le hallamos.

De la madre Cibéles los varones,  
Sus sacerdotes frigios, se llamaron  
Gallos, siendo castrados y capones,  
Que para el ministerio se castraron:  
También con este nombre de pelones  
La gente de Castilla motejaron  
A los sin pelo; frásis que hasta hoy dura,  
Que impuso la retórica figura.

Y esta razon sin duda es concluyente,  
Y el simil verdadero con que arguyo  
Claro muestra el origen, y patente  
Principio singular del nombre suyo;  
Y porque no parezca impertinente  
Cuestion de nombre, con decir concluyo  
Que como uno pelon y el otro gallo,  
Grillo se llama nuestro gran caballo.

En este el rey Sicaboron cabalga,  
Temblando al golpe de sus piés la tierra;  
Que en él no teme el tártaro aunque salga  
Toda la chusma que el infierno encierra;  
Y porque ménos la defensa valga  
A la contraria gente de la guerra,  
La adarga embraza y asta larga empuña;  
Que armas tan fuertes son como la uña.

Una reseca costra que en el lomo  
Gran tiempo tuvo algun rocin matado,  
Y el sol la puso dura, adonde el plomo  
No tiene fuerza, en balas arrojado,  
Embraza el fuerte Barriliense, y como  
Soldado en el valor aventajado,  
De su lanza cruelísima se encarga,  
De horrendo peso y sin medida larga.

Mira de los soberbios mirmiliones,  
En órden puestos por su rey Mirpreado,  
Los bravos y lucidos escuadrones  
Que al infierno pudieran causar miedo:  
Armados miró el Rey á sus varones  
De ricas armas y con tal denuedo,  
Que ya á los mirmidones y Mirnuca  
Se le antoja que el impetu trabuca.

De una ala de murciégalo vestido  
Va de piés á cabeza el Rey, y lleva  
La visera fortísima que ha sido  
De los golpazos del Mirnuca prueba:  
Es arma valerosa que ha sufrido  
Furibundos encuentros; arma nueva  
Del orbe, en cuyo cóncavo se encierra  
El mijo, fruto de la estéril tierra.

De lo que el Barriliense hizo el escudo,  
Estotros hacen petos y espaldares,  
Por ser efecto de su rostro crudo,  
Estrago de los miembros caballares:  
La dura punta del acero agudo,  
Probada en estas armas singulares,  
No tiene fuerza, porque allí se queda,  
Sin que pasar la de la costra pueda.

No canto aquí las armas por extenso  
De tanta gente y de caudillo tanto,  
Porque metiera á los mirones, pienso,  
En mar de confusion y caos de espanto;  
Porque, como el ejército era inmenso,  
También inmenso habia de ser mi canto,  
Y eran pocas cien lenguas, bocas ciento,  
La voz de hierro y infatigable aliento.

¡Qué de marqueses, duques, condestables,  
Capitanes, allérecos, sargentos!  
Qué de trajes diversos y admirables  
Se ofrecen á la vista por momentos!  
Qué diferentes trazas, qué variables  
Se ven de los magnates los intentos!  
Qué lenguas de naciones infinitas,  
Tabanas, mirmiliones y mosquitas!

Nunca tan grande máquina mantuvo  
Dentro ni fuera de sus muros Roma,  
Ni en la casa de Meca nunca tuvo  
Tal variedad el hueso de Mahoma:  
La Babilonia que en la torre estuvo,  
Donde se originó todo idioma,  
Con esta de las moscas comparada,  
Todo es, sin duda alguna, poco ó nada.

No cuento en las banderas y estandartes  
Insignias, hieroglíficos y empresas,  
Ni los pendones que por todas partes  
Estaban tremolando en astas gruesas;  
Las municiones, tiros, baluartes,  
Las grandes amenazas y promesas,  
Los atambores, pifanos y cuernos,  
Y el són que alborotara á los infierros.

Cansada fuera de escribir mi pluma,  
Y mi cabeza por igual cansada,  
Cuando quisiera alguna breve suma  
De todo el campo proponer cifrada;  
Pero lo que es más justo que resuma,  
Por ser cosa entre todas celebrada,  
Es la oracion que estando todo á punto  
Hizo el tártaro rey al pueblo junto.

Mal año en la catónica elocuencia,  
Cuando el del valle Barriliense aboga;  
Que solo él en la oratoria ciencia  
El nombre á los retóricos deroga:  
Si de los senadores en presencia  
El se vistiese la cerulea toga,  
Presumo, Ciceron, que el nombre tuyo  
El tártaro cascase con el suyo.

Si lengua y fuerzas por igual tuviera,  
Como el Sicaboron, el que fué tipo  
En la ateniense escuela, nunca fuera  
Señor de Grecia el macedon Filipo;  
Y no me alargo, que si Atenas viera  
El que en palabras y obras anticipo,  
Es cierto que Demóstenes y Esquines  
Se quedarán absortos matachines.

«Ya, quirites moscones, dijo, llega  
El rico y venturoso tiempo cuando  
Se ha de mostrar en la marcial refriega  
La virtud interior de nuestro bando:  
Ya el nombre singular que el ocio os niega  
Cobrar podréis ahora peleando,  
Dejando siempre vuestra fama viva  
Si el hado inicuo de la vida os priva.

«Ya el corazon, amigos, me revela  
Que en las parleras lenguas de la fama  
Por todo el mundo vuestro nombre vuela,  
Y con titulo heróico se derrama:  
Ya de su cola los cañones pela;  
¿A quien tal gloria el corazon no inflama?  
Porque quiere con ellos vuestras glorias  
Escribir para siempre en las memorias.

«Ya miro que en el cielo os aperciben  
Escanos ricos y lugar eterno,  
Adonde con los héroes que allá viven  
Participéis del celestial gobierno:  
Ya vuestros nombres inclitos se escriben  
De la caterva heróica en el cuaderno,  
Y al són de los marciales atambores  
Recibís de los dioses los honores.

«Esta gloria, quirites, es debida  
A los famosos por divina suerte,  
Por paga eterna de la heróica vida  
Que tuvo fin con su gloriosa muerte:  
Pues ¿en qué pecho la virtud dormida  
Estará, que á la fama no despierte  
De premio tal, que la virtud le pone  
Al que á seguir sus pasos se dispone?

»La justicia teneis de vuestra parte,  
Y á la razon con ella, y es sin duda  
Que en contra destas nunca el fuerte Marte  
Presta favor ni con su fuerza ayuda :  
Todo mosquito con valor descarte  
El vil temor y á la razon acuda ;  
Que no tendrá fortuna tanta fuerza,  
Que los intentos de justicia tuerza.

»¿No se estaba en sus cámaras metido  
El rey Sanguileon, y entre pebetes,  
Cuando llegó el soldado mal herido  
Penetrando sus íntimos retretes ?  
El fiero hormiga, el Granestor ha sido  
Quien con cien mil peones y jinetes,  
Siete mil moscas á traicion vendidas,  
Hizo que diesen al rigor las vidas.

»Al Ranifuga le apretó el gatzate,  
Y dicen que por todas las paredes  
Las moscas presas en aquel combate  
Se ven del Mosquifuro entre las redes :  
Pues ¿ es razon que nuestras gentes mate  
Este tirano vil, este Diomédés,  
Que en sus caballerizas, de sus potros  
Dice que cebo hemos de ser nosotros ?

»Ya veis que nuestras fuerzas por momentos  
Los retos del Putrifola aniquilan,  
En que reta el licor que los jumentos  
Por su vista á menudo nos destilan :  
Pues aquellos pestíferos hambrientos,  
Y unas arañas femeniles que hilan  
Como mujeres débiles, ¿ se atreven  
A resistirnos sin que el pago lleven ?

»¿Cuál será aquel valiente caballero,  
Más fuerte y más privado entre los mos,  
Que en nuestro nombre rete el flaco acoro  
Y fuerza poca en los contrarios brios ?  
Si vuelve victorioso, como espero,  
Por premios de tan grandes desafíos,  
De la hija del rey de la Mosquea  
Hará su padre que marido sea.»

Calló; y las gentes con temor se miran,  
Con el miedo temblandoles la barba,  
Y todos de la empresa se retiran,  
Aunque en sus pechos el amor escarba :  
Por la infanta sus ánimos suspiran,  
Mas solo al caso sin temor se engarba  
El fuerte Asinicedo, que había sido  
De los virotos del Machin herido.

»Yo, dijo entónces, de salir prometo,  
Buen rey, si se me cumple la promesa ;  
Que no dudaré yo por tal sugeto  
Que solo emprenda tan heróica empresa :  
Contra la vil canalla echaré el reto,  
Y llevando en mi mano un asta gruesa,  
La arrojare en su ejército con brio,  
Dándoles á entender el desafío.

Grande contento el tábano y mosquito  
Con la razon del Cénzalo tuvieron,  
Y para asegurarle en el camino,  
De fortisimas armas le vistieron :  
Dióle el Matabalho el yelmo fino,  
Y el rey Sicaboron la lanza, y vieron  
Al mancebo gallardo, que en un punto  
Se puso al campo del hormiga junto.

No estaba del contrario media milla,  
Si tres mil pasos hacen una entera :  
Tres mil, digo, de un piojo; y así trilla  
Todo el espacio en sola una carrera ;  
Y en llegando al ejército, en la orilla  
Levantando del rostro la visera,  
Que era un profundo cóncavo de mijo,  
La voz alzando, á los contrarios dijo :

« Caballeros jinetes y peones,  
Que hechos en nuestra contra engrudo ó liga,  
Venis acompañando los pendones  
Que al campo saca el Granestor hormiga :  
Mis palabras oid, pulgas varones,  
Que hembras entiendo que es mejor os diga ;  
Oid, chinches y arañas, mis despachos.  
Ora os tenga por hembras ó por machos.

»Yo, un soldado mosquito, cuyo nombre,  
Mientras os digo mi embajada, callo,  
Porque mientras os hablo no os asombre,  
Que por esta razon quiero excusarlo :  
Si no es que acaso, sin que yo me nombre,  
Conoceis en mis armas y caballo  
El fiero estrago de pulgona gente,  
Y por renombre al Cénzalo valiente ;

»A tí, el hormiga, pulga, chinche ó piojo,  
Que con más que sobrado atrevimiento  
Dijiste que retabas el despojo  
Con que el rocin nos sirve y el jumento :  
A tí, el araña, que aunque en fuerzas flojo,  
A traicion con tu raro entendimiento  
Traidores tiros con engaños labras,  
Con que nuestros mosquitos descalabras ;

»(Prestad á mi retórica el oido  
Pero no imaginéis que así la llamo  
Porque con dulce método os convido,  
Cuando por daros cruda muerte bramo :  
Retórica la llamo, que ha tenido  
Origen deste reto, con que infamo  
Vuestro nombre; y saliendo desta fuente,  
Retórica la llamo propiamente.)

»Reto el primero al Granestor, y luego  
Reto al Mirnuca en el lugar segundo,  
Pues con las armas de Sinon el griego  
La muerte dieron á la flor del mundo :  
Reto el granero tenebroso y ciego  
En cuyo seno cóncavo y profundo  
El trigo encierran que á las aras quitan ;  
Y reto el modo con que á Caco imitan.

»Reto los granos y tambien las pajas  
Que avarientas guardais por todo el año  
De vuestras trojes en las partes bajas,  
Sin que conozca de la lluvia el daño :  
Reto del pan cocido las migajas  
Que, presurosas, con cuidado extraño  
A vuestra oscura cueva llevais puestas,  
Cual ganapanes en efecto, á cuestras.

»A los piojos sacrilegos y fieros  
Reto, y al Fífolgel, su gran cabeza ;  
Que cabeza de piojos bandoleros  
No es, á mi parecer, de envidia pieza :  
Sus matadores íntimos aceros  
Reto; no los que cubren su fiereza,  
Sino aquellos de la hambre matadores,  
Por ser ellos tan grandes comedores.

»Reto los cuernos y la punta aguda  
Que cada piojo en su cabeza muestra ;  
Que en efecto juntó gente cornuda  
El Granestor hormiga en contra nuestra :  
Sus ocho pies les reto; que, sin duda,  
Para huyendo escapar la vida vuestra  
Bien habréis menester, piojos hambrientos,  
Volver los ocho pies en ochocientos.

»Al Caganielo pulga y sus secuaces  
Reto, y tambien sus atrevidas bocas  
De sangre chupadoras y vivaces,  
Fiereza suma en sus presencias pocas :  
Reto sus dientes fieros y mordaces,  
Los saltos altos y sus furias locas ;  
Bestias en fin que el polvo de la tierra  
Produjo al mundo para hacerle guerra.

»Reto la chusma de Letiria sucia  
Y al capitán Putrifola hediondo,  
Y de uno y otros la presencia lucia  
De su asqueroso círculo redondo :  
Reto de todos la medrosa astucia  
De recogerse en el resquicio hondo ;  
Y el agujero en que se aprietan reto,  
Y de ponerlos juro en mas aprieto.

»Reto los ocho piés del Mosquifuro,  
Y las redes que en daño nuestro traza,  
Y de pasar con mi caballo juro  
Por ellas, para ver cómo se enlaza :  
Las pelotas le reto que del muro  
Arroja, con que á todos amenaza :  
Reto sus miembros y sus barbas blancas,  
Y de su gente vil las ocho zancas.

»A todo vuestro bando en su presencia  
Yo, de mi campo y rey legado y nuncio,  
De vuestra desventura la sentencia,  
Sin que aproveche apelacion, pronuncio :  
Hoy castigo tendrá vuestra insolencia,  
Muriendo en la batalla que os anuncio,  
Y en señal que con ella os amenazo,  
La lanza recibid que os da mi brazo.»

El brazo entónces denodado extiende,  
Atras lo vuelve y luego lo adelanta,  
Y con el asta larga el aire hiende :  
¡Oh amor inmenso por la bella infanta!  
La chusma, que ve el ímpetu, no entiende  
Que tuviera mosquito fuerza tanta,  
Que el asta como rígida saeta  
Por las contrarias suyas entremeta.

Pues decir era el asta como quiera :  
Yo puedo asegurar que hiciera harto  
Cualquier soldado que valiente fuera,  
Si meneara de la lanza un cuarto :  
Un árbol alto y temerario era,  
Entero leño de un soberbio esparto,  
Que, como si no fuera de algun peso,  
En medio la arrojó del campo espeso.

Causó en el campo del hormiga asombro,  
Porque ignoraban que animal humano  
Pudiera echar tan grave carga al hombro,  
Ni abarcar tan gran leño con la mano ;  
Y prosigue el mosquito : «Yo me nombro  
El crudo azote del pulgon villano ;  
Llámome, si antes no os moris de miedo,  
El cenzalino rey Asinicedo.»

Dijo ; y volviendo de la bestia el anca,  
Les muestra á los retados el cocote,  
Y el caballo pulgon furioso arranca  
Del campo al punto con lijero trote :  
¡Oh qué de tierra que el caballo atranca!  
Virtud del ceguezuelo del virote,  
Que encarándole el arco de hito en hito,  
Traspasó el corazon del rey mosquito.

Al punto el Mosquifuro le dispara  
Desde el campo relámpagos y truenos,  
Tiros soberbios á su cuerpo encara,  
De fuego vivo y pestilencia llenos :  
Si el lijero caballo no llevara,  
Que era el mejor del campo entre los bucnos,  
Los retos del mosquito yo aseguro  
Que vengara el ardid del Mosquifuro.

Del campo el fuerte Cenzalo se aleja,  
Y de la fuerza de sus golpes crudos  
El buen caballo alijero se queja,  
Con los ijares de la piel desnudos :  
Dice el mosquito que á los otros deja  
De puro espanto de su reto mudos,  
A batalla campal desafiados,  
Y hasta los mismos tuétanos retados.

Entraron las hormigas en consulta  
Con la pulga y araña, chinche y piojo ;  
Que ya la rabia de su pecho oculta  
Patente muestran y el rencor y enojo :  
Al fin de un largo cónclave resulta  
Que al esparcir sus hebras el dios rojo  
Teagan su gente en órden en campaña  
La pulga, chinche, piojo, hormiga, araña.

Voló luego la voz, dejando absorta  
La furiosa caterva, á quien avisa  
Que en breve tiempo y en distancia corta  
Todo hormiga soldado se arme aprisa :  
«Mucho, dijo el Mirnuca, mucho importa  
En tal necesidad y tan precisa  
Que al punto nuestro campo al enemigo  
Y al retador blasfemo dé el castigo.

»El Mosquifuro con los suyos tenga  
Su lugar en el muro, y sus enredos  
Y cavilosas maquinas prevenga  
Contra los mirmiliónicos denuedos :  
El Fífolgel con sus escuadras venga,  
Y los del Caganielo se estén quedos  
Hasta que den la seña desde el muro  
Las piezas que dispara el Mosquifuro.

»A nuestro magno Granestor se encarga  
Una escuadra feroz de gente hormiga,  
Todos con armas dobles y asta larga,  
Que repriman la cólera enemiga :  
Cubriendo el pecho de espaciosa adarga,  
Luego mi escuadra sus pendones siga,  
Y tras ella el famoso Caganielo  
Con gente de la Pullia enlute el suelo.»

Esto dijo el Mirnuca ; y al instante  
Que los soldados su razon oyeron,  
A dar órden y traza en lo importante,  
Y armarse para el caso se partieron :  
De fino acero, hermoso y rutilante  
Los varoniles miembros revistieron,  
Y el corazon de rabia, de manera  
Que palpitaba por salir afuera.

Armase el Granestor y al campo sale  
Vestido del terrible y fuerte globo  
Que al trigo cubre, porque el rey se vale  
De armas en que sus fuerzas hacen robo :  
No hay dura punta que su peto cale,  
Ni hay en los montes de la Arcadia lobo  
Hambriento que la oveja así persiga,  
Como á las moscas este rey hormiga.

Aunque era viejo el Granestor, tenia  
De una robusta juventud asomo,  
Que más en su vejez resplandecia,  
Aunque era engaste de diamante en plomo ;  
Porque, con ser decrepito, solia  
Cargar alguna vez sobre su lomo  
Un entero y pesado grano de haba,  
Y en su caverna lóbrega lo entraba.

Una espiga de trigo le dió el asta,  
Que á las demas excede en agudeza,  
Contra la cual y su rigor no basta  
El peto de más sólida corteza :  
Con esta lanza y su valor contrasta  
Del contrario enemigo la fiereza,  
Haciéndose temer el fuerte hormiga  
A poder de los botes de su espiga.

De la piel de un gusano el Mosquifuro  
Soberbio armado va de punta en verde,  
Por ser reparo tan terrible y duro,  
Que nunca falta ni su fuerza pierde ;  
Y aunque iba sin las armas bien seguro,  
Quiere que en los cien piés se le recuerde  
Aun á Jupiter santo y soberano  
El miedo que le puso Centimano.

Lleva la piel vestida de manera,  
Desde la zanca larga hasta la cara,  
Y todos los cien piés saliendo afuera,  
Que aun á los dioses pienso que espantara :  
Ninguno su figura y talle viera,  
Que en viéndole al momento no juzgara  
Que su semblante temerario y feo  
No era la misma forma de Briarico.

Con una escama de animal marino  
Armado el fuerte cuerpo y temerario,  
El general de los hormigas vino  
Amenazando el traje á su contrario :  
Más reluciente que de acero fino  
Era el lucido peto extraordinario,  
Por ser arma vistosa y peregrina  
La escama que vistió de la sardina.

Una redonda escama cubre el pecho,  
Otra la espalda contrapuesta cubre,  
Otra le dió el escudo de provecho  
Que brazo y mano con su anchura encubre :  
En el brazo fortísimo derecho  
El asta temeraria se descubre.  
Que el mismo pez marino de su lomo  
Le dió la lanza de terrible tomo.

La espina raspa por su lanza enristra ;  
Y aunque del lomo de la bestia horrenda  
Con el soberbio brazo la administra,  
Sin que su peso y gravedad le ofenda ;  
La punta aguda para herir registra,  
Porque piensa el hormiga en la contienda  
Espetar en su lanza, por la punta,  
Del fuerte mirmilion la hueste junta.



¡Oh quién hubiera visto por sus ojos  
Sobre una gran langosta caballero  
Al Fífolgel, caudillo de los piojos,  
Que iba delante dellos el primero!  
Reventando de cólera y enojos,  
A su caballo alijero lijero  
Con el freno los impetus refrena,  
Que al cielo arroja la menuda arena.

El Putrifola chinche con dos alas  
De gente fuerte de Letiria infantes,  
Todos cargados de veloces balas,  
De las más duras armas penetrantes,  
Sale, y cubiertos de bizarras galas,  
Se llegan á ocupar su puesto, y antes  
Llega el Mirnuca, y con prudencia entabla  
El escuadron, á quien esfuerza y habla.

¡Quién ponderar pudiera las razones  
Que el general Mirnuca les decía,  
Alentando los flacos corazones,  
Y el ánimo que en ellos infundía!  
En sus lenguas hablaba á las naciones,  
Porque todas sin duda las sabía,  
La arañil, hormiguera y la piojesca,  
La chinchona, letirica y pulguesca.

Era el Mirnuca capitan muy diestro,  
No como otros que al campo apénas salen  
Cuando quieren que á diestro y á siniestro  
Todas las fuerzas del contrario talen:  
Maduramente, como gran maestro,  
Mira los escuadrones cómo salen,  
Y en partes convenientes los aplica,  
Y arduos e invenciones les fabrica.

¡Oh cuál andaban ya las furias locas  
Dando por los ejércitos carreras,  
Llevando abiertas sus terribles bocas  
Vomitadoras de ponzoñas fieras!  
Los corazones débiles en rocas  
Convirtiéndose van, y ellas lijeras,  
Sembrando mil pestíferos venenos,  
Dejan los campos de furores llenos.

Sus cabellos cerásticos desmiembra  
Tisifone la fiera, que con ira  
Por el mosquino ejército los siembra,  
Y á todas partes con soberbia tira:  
Por el estruendo varonil la hembra  
Rabiando pasa y vomitando gira,  
Sin dejar parte en cuanto el campo ocupa  
Donde fuego no vierta y rabia escupa.

Una serpiente vibora le arrima  
Al rey Sanguileon al diestro lado,  
Que á la venganza su furor le anima  
Del muerto kanifuga no vengado:  
La memoria de nuevo le lastima,  
Llegando á sus entrañas el bocado  
Con que la mala vibora le aqueja,  
Más que el alano al toro por la oreja.

La furia Alecto con la misma saña  
Furiosa arranca su encrespada greña,  
Y arroja con furor por la campaña  
Los monstruosos cabellos que desgreaña:  
Los corazones rigurosa ensaña,  
Y en ellos mismos dibujado ensaña  
La afrenta y el agravio cometido,  
Las muchas muertes y el honor perdido.

Al Caganuelo pulga representa  
Del Ranifuga mosca la osadia,  
Cuando el púlico alcázar vió su afrenta,  
Tinto en la sangre de su gente un día:  
Al Fífolgel castiga y atormenta,  
Recordándole aquella tiranía,  
Cuando en el campo cutico murieron  
Los piojos que á la pulga ayuda dieron.

La endiablada Meguera á las hormigas  
Les trae á la memoria el grande estrago  
Que hicieron las canallas enemigas  
Cuando chuparon de la sangre el lago:  
Que nunca en tantas bélicas fatigas  
Ellas se vieran si en el día aciago  
La nube de las moscas no llegara  
Y la sangre pitónica chupara.

En lo interior del ánimo predica,  
Y á los sentidos de la hormiga gente  
Mil figuras diabólicas aplica,  
Incitadoras de furor ardiente:  
El suceso feroz les pronostica,  
Y aquí y allí volando diligente,  
Royendo fuertes corazones, pasa,  
Y en colérico fuego los abrasa.

«Mirad, secretamente les pregona,  
Que sois sangre sin par de aquella bestia  
Que al soberano parto de Latona  
Pudo causar temor y dar molestia:  
Pues si esto, hormigas, vuestra fuerza abona,  
Solo podrá servir vuestra modestia,  
Si os haceis miel, de que la mosca os coma;  
Que ya el camino para hacerlo toma.»

Ya del infame tósigo y veneno  
Por las fieras hermanas esparcido,  
El un campo y el otro estaba lleno  
Y á la campal batalla apercebido:  
Ya vomitaron del furioso seno  
El rencor que del reino del olvido  
Las tres sembraron, que en los pechos fuertes  
De la chusma produjo horrendas muertes.

Ya las chicharras con estruendo y grita  
Están las duras erres redoblando,  
Y la caterva bélica infinita  
Los soberbios escudos embrazando:  
La voz á los sonipedes incita,  
Y por salir furiosos relinchando,  
Espuma vierten y los frenos muerden,  
Y con la alteración el orden pierden.

¡Ay, ay, hormigas! De tan fiera Erine  
¿Quién habrá de vosotras que se esconda?  
¿Quién que la tierra con sus uñas mine  
Sin que el hado comun le corresponda?  
Mas ¿á qué parte iréis donde no atine  
Némesis la soberbia con la honda  
Que ya á su dedo con rigor enlaza,  
Con que la muerte á todos amenaza?

Ya el enemigo que salgais aguarda;  
Ya avisan las chicharras la salida;  
Ya soplan las Euménides porque arda  
La llama en vuestros pechos encendida:  
Solamente mi pluma se acabarda;  
Sin entrar en batalla va vencida;  
Pero démosle un corte; que con tanto  
Saldrá lijera y perderá el espanto.

## CANTO XI.

Polimnia, tú que tus virgineas sienas  
Del incorrupto lauro, eterna gloria  
Del sacro Febo, coronadas tienes,  
Que eternizan en tí fama y memoria:  
Si á dar ayuda á quien te invoca vienes,  
Presto tendrá dichoso fin la historia  
A quien con tu favor principio diste,  
Porque sus trances y remates viste.

Si acaso inspira tu memoria eterna,  
Y fuerza prestas á la flaca mia,  
Que en este mar inmenso se gobierna  
Por tu espíritu manso que la guía;  
Si en un estrago tal la sed interna  
Que el vil temor en sus entrañas cria,  
El aura dulce de tu aliento apaga,  
Avivando mi voz, que el miedo estraga;

¡Qué de sucesos varios y inauditos  
El alma me estimula que prometa,  
Por histórica pluma nunca escritos,  
Ni por voz modulados de poeta!  
Qué de golpes horrendos, infinitos,  
Que obligaron al délfico planeta  
A cerrar las cortinas de su coche,  
Dejando al mundo en tenebrosa noche!

Al principio, Libétride, en mi idea,  
Que el concepto confuso me enseñaste  
Desde el principio que de la Mosquea  
La formación y círculo notaste,  
En tus manos el agua, hermosa dea,  
Favores soberanos me enviaste,  
Y fué tan poca, que, contando estragos,  
Se me acabó el licor á pocos tragos.

Mas ya que á cosas grandes me adelanto,  
Y tan cercano de la vista tengo  
El sumo miedo y el mayor espanto,  
Y que casi temblando á cantar vengo;  
Para que más feliz prosiga el canto,  
Musa, mayores ruegos te prevengo;  
Que si su fuerza á tu deidad inclina,  
Saldrá mi voz alegre y más ladina.

No pido de Aganipe ni Sebeto  
Para mis cantos el cristal del agua,  
Ni la que tuvo del caballo efeto,  
Que la alta cumbre de Helicon desagua;  
Que aunque pudieran en cualquier aprieto  
Matar el fuego de mi ardiente fragua,  
Y especial este en que mi pecho teme  
Que envuelto en fuego bélico se queme;

Pero porque el valor y esfuerzo sobre  
Cuando más en la horripiona pelea  
Me sobresalte el miedo, y fuerzas cobre,  
Donde la tuya sin igual se vea;  
Al que, de aliento y de conceptos pobre,  
Implora tus favores y desca,  
Con mayores ventajas los aplica,  
Y tus gracias reparte y comunica.

¿Es posible que no tiene el Piérido  
Ni el alto Citeron adonde quepa  
Para un necesitado ministerio  
La fructifera parra y fértil cepa?  
Es posible á quien tanto el hemisferio  
De vuestros montes sacrosantos trepa,  
Que en su círculo y máquina redonda  
Esta divina planta se le esconda?

Y si á tu vista se descubre acaso,  
Y del licor que largamente arroja  
Desde la excelsa cumbre del Parnaso,  
Favorecer mis ruegos se te antoja;  
Si dél me ofreces el colmado vaso,  
Y mis livianos su licor remoja,  
Presto verás lo que en acentos obro,  
Las grandes fuerzas y el vigor que cobro.

Verás, hermosa ninfa, cómo saco  
La voz alegre al canto que pretendo,  
Y de módulos lleno el aire opaco,  
Con que mi acento en su región extiendo:  
El vivo aliento de mi pecho flaco  
Saldrá, y verás que el furibundo estruendo  
De la bélica fuerza que describo  
No sale un punto del origen vivo.

Si el sacro humor en mi interior destila,  
Verás al mismo instante, ninfa sabia,  
Cómo al entendimiento despabila  
De la ignorancia que su luz agravia;  
Verás, como miraste á la Sibila,  
Mi pecho lleno de inaudita rabia,  
Y el divino furor de la Cumea  
En los visajes de mi cara fea.

Mas ya los truenos con su grito avisan  
A mis sentidos que la chusma llega,  
Y unos con otros los contrarios pisan,  
Dando principio á la sin par refriega:  
Ya acelerados los caballos pisan,  
Y la vista del cielo el polvo niega,  
Y ya en los altos y profundos centros  
Retumban los intrépidos encuentros.

La espuela el fuerte Asinicedo arrima  
Al ligero pulgon, que al punto vuela;  
Mirallo el crudo Fífolgel, y anima  
Su caballo langosta con la espuela:  
Si el soberbio mosquito pone grima,  
La sangre el piojo á quien le mira hiela;  
Sigue al valiente Cénzalo su gente,  
Y su caterva al montañes valiente.

Resuena el grito en el altivo polo  
Que tanta gente desde el suelo envía;  
Túrbase entónces la region de Eolo  
Con tan súbita y grande vocería:  
Entre nubes de polvo el claro Apolo  
Metió su cara, oscureciendo el día,  
Y al són de las trompetas y atambores  
La tierra se espantó con mil temblores.

Parten á darse los primeros botes  
De las lanzas los fuertes caballeros,  
Cercanos ya por los lijeros trotes  
De sus bravos caballos y lijeros:  
Llegan diciéndose injuriosos motes;  
Y para herirse los caudillos fieros,  
En los estribos con furor se plantan,  
Y airados de la silla se levantan.

Baja su lanza el capitán mosquito,  
Que era de un caracol el cuerno largo,  
Y el Fífolgel la suya de hito en hito  
Le encara, y poné á su carrera embargo:  
Navegara las ondas del Cocito  
El rey mosquito, que en el trance amargo,  
Si acaso de la silla no se arroja,  
El piojo de la vida le despoja.

Del pobre Asinicedo dió tal vuelo  
El asta, en mil pedazos dividida,  
Que á parecer la luna por su cielo,  
Muy bien pudiera ser de alguno herida;  
Pero la tiesa lanza, que en el suelo  
Al mosquito tendió casi sin vida,  
Por ser de una cigarra zanca fuerte,  
Era más propia para dar la muerte.

Volando pasa el temerario piojo,  
Y á la cénzala gente airado mira,  
Y envuelto en rabia, cólera y enojo,  
Por todas partes espantado gira:  
El campo deja con la sangre rojo,  
Que vierte de los cénzalos su ira,  
Y semivivo el rey Asinicedo,  
Entre muertos mosquitos se está quedo.

Mézclanse con los unos los contrarios,  
Y todos juntos con furor se pegan  
Golpes tan sin piedad y temerarios,  
Que los ecos sin duda al polo llegan:  
Los unos y otros con lamentos varios  
De los adversos impetus reniegan,  
Y al cielo vuela, y desde el suelo sube  
De las quebradas lanzas una nube.

Cuando desde su puesto el rey Mirpredo  
Los cénzalos miró desbaratados,  
Y en tierra á su bastardo Asinicedo,  
Y del piojo los golpes tan pesados,  
No sufrió su valor estarse quedo:  
Y animando la voz á sus soldados,  
Contra el gran Fífolgel furioso arranca,  
Sin temor de su fuerte lanzanca.

Caballero en un zángano acomete;  
Y del Mirnuca su partida vista,  
Gente furiosa con los piojos mete,  
Que el furor mirmiliónico resista:  
Sobre un alado y largo caballete  
Manda á la pulga que furiosa embista,  
Y el caballo sin par, alzando el vuelo,  
Lleva sobre su lomo al Caganielo.

Es este caballete única y sola  
Bestia sin otra alguna semeiante,  
Con alas altas y poblada cola,  
Presencia y cuello erguido y arrogante:  
Su lanza sobre el zángano enarbola,  
Contra la pulga puesta por delante,  
El Mirmilion; pero la pulga al punto  
Su lanza pone con su brazo á punto.

Arrima el brazo á su derecho seno  
El fuerte Mirmilion, y el asta aplica,  
Y con la punta de un soberbio heno  
El lado diestro al Caganielo pica:  
El pulga endomado, de ira lleno,  
Sus grandes fuerzas al moscon publica,  
Rompiendo desde el pecho hasta el coturno  
El ala del murciélago nocturno.

Era la de la pulga lanza fina,  
 Contra cuyo remate no se halla  
 Reparó ni defensa peregrina.  
 Acero duro ni templada malla:  
 De un cardo corredor era la espina  
 Con cuya aguda punta en la batalla  
 Dejara sin remedio traspasado  
 Cualquiera cuerpo de moscon armado.

Pasa la fuerte pulga como un rayo,  
 Pensando que dejaba medio muerto  
 Al Mirmilión; y á no darle al soslayo,  
 Que le dejara sin la vida es cierto:  
 No siente entónces el moscon desmayo;  
 Que en el campo de piojos más cubierto  
 Abre camino, y la caterva aparta,  
 Y los que no, en su lanza los ensarta.

Ya las pulgas y fuertes mirmiliones,  
 Los cenzalos y piojos tienen juntos  
 Sus cuatro valerosos escuadrones,  
 Que la muerte se dan por breves puntos:  
 Ya se miran de cuerpos los montones,  
 Piojos, pulgas y cenzalos difuntos,  
 Y otros en sangre de sus cuerpos mismos  
 Nadando con mortales parasitismos.

¡Qué de jinetes sin caballos huellan  
 La tierra, mal heridos los pobretes!  
 Qué de caballos sueltos que atropellan  
 Los miseros soldados sin jinetes!  
 Qué multitud de sesos que se estrellan,  
 Sin reparo de duros capacetes!  
 Qué máquinas tambien de mallas duras  
 Son de los que las visten sepulturas!

Como la gente de la Pullia vino,  
 Y al bravo Mirmilión en la carrera  
 Salieron, estorbándole el camino,  
 Porque llegar al piojo no pudiera,  
 El montañes gallardo sobrevino  
 Espoleando su langosta fiera;  
 Y cuando vió la cigarrina zanca,  
 Volvió la bestia zángana su anca.

Si el Mirpredo la rienda no revuelve  
 Tras el encuentro de la pulga, es llano  
 Que entre los muertos miseros le envuelve  
 El gran rigor del Fífolgel insano:  
 Deja de perseguirle el Piojo y vuelve,  
 Porque no se le pase el tiempo en vano,  
 Y de cenzala turba y mirmiliona  
 Un cúmulo de gentes amontona.

Todo lo mira el tábano; y airado,  
 Viendo la extraña mortandad y riza,  
 De su ejército fuerte por un lado  
 Colérico y sañudo se desliza.  
 De su tabana gente acompañado,  
 Con su agudo talón la yegua atiza,  
 La cual, echando fuego por los ojos,  
 Furiosa arremetió contra los piojos.

Cinco cabezas se llevó de un tajo  
 De grandes piojos el soberbio Marte,  
 Abriendo senda, aunque con gran trabajo,  
 Los muchos muertos que dejaba aparte:  
 De una sola estocada uñas abajo  
 Siete pulgas pasó de parte á parte,  
 Y cual si fueran cuentas de rosario,  
 Las ensartó en su filo temerario.

«Aguarda, va diciendo, piojo infame,  
 Guarda, Fífolgel, guarda, piojo;  
 Que quiero que tu sangre vil derrame  
 Hoja que fué del abejon despojo:  
 Guarda, si no temes que te llame,  
 Para que mire con tu sangre rojo  
 El campo donde vuelas por la posta  
 Sobre el lomo veloz de tu langosta.»

Oyó el soberbio montañes las voces  
 Con que el tábano asombra la campaña,  
 Y vuelve á su caballo los veloces  
 Vuelos, y en sangre el acicate baña:  
 «Mal, le responde, bárbaro, conoces  
 El singular valor de la montaña:  
 Presente tienes al que infame nombras,  
 Que ha de enviarte a las eternas sombras.»

Arrimale la zanca de cigarra  
 Al espantable tabanESCO pecho,  
 Que con lucidas armas y bizarra  
 Presencia se partió contra el derecho:  
 El fortísimo peto le desgarró,  
 Que era con arte y con primores hecho,  
 En mil encuentros bélicos probado,  
 Y de un negro vistoso pavonado.

De un negro escarabajo la piel dura  
 El cuerpo grande al capitán rodea,  
 Que todo el pecho cubre y la cintura,  
 Sin que miembro sin armas se le vea:  
 Viste su endemoniada catadura  
 De la cerviz abominable y fea  
 Del monstruo mismo que al moscon le viste  
 De negras armas y figura triste.

Tanto temor el tabano inhumano  
 Sembraba con las armas que vestía,  
 Como puso en las gentes el tabano  
 Cuando la piel leona se cubría:  
 Si le vieran á pié, tengo por llano,  
 Según lo que á Tirintio parecía,  
 Que por Hércules mosca le tuvieran,  
 Y de espanto de verle se murieran.

Y no se alabaré de una lanzada  
 Que dió en su peto el Fífolgel valiente,  
 Pues le pagó en lo mismo la peonada,  
 Y en lo que más el fuerte piojo siente:  
 Alza su hoja y cortadora espada,  
 Que agravio sin venganza no consiente,  
 Y un tajo sacudió tan sin remedio,  
 Que su escudo partió de medio á medio.

Pareció que no era de una pupa  
 Una pesada y defensiva plancha  
 De las que el piojo en la cabeza chupa,  
 Tan larga y ponderosa como ancha:  
 La carrera de estorbos desocupa  
 El tabanESCO, y con su espada ensancha,  
 Para pasar su gente echando chispas,  
 Caballeros en rígidas avispas.

Entre las pulgas miseras se lanza  
 Con su gran capitán el tabanismo,  
 Y en ellas van haciendo tal matanza,  
 Que el campo vuelven de su sangre abismo:  
 Cuando el rey Caganíelo á ver alcanza  
 La tropa tabanESCO, al punto mismo  
 La rienda larga al caballete suelta,  
 Y del tropel huyendo, dió la vuelta.

Signe á la pulga el tábano, y el piojo  
 Al tábano persigue, corre y llega,  
 Y allí desquita su pasado enojo  
 Del escudo quebrado en la friega:  
 Mira la yegua avispa de mal ojo,  
 Y un golpe con tan gran rigor le pega,  
 Que le vino á pasar una y otra anca  
 La punta de su fuerte lanzanca.

Bien corrió el Fífolgel una gran legua  
 Con tal lanzada, pues, con ella ufano,  
 Cortó los velos á la hermosa yegua  
 Que sustentaba al tábano inhumano:  
 Mas ya quebranta la impensada tregua  
 El aturdido Cenzalo, que en vano  
 Fué sin duda ninguna su caída,  
 Pues de entre muertos sale con la vida.

El fuerte Asinicedo resucita,  
 Y á la pulguina gente más cercana  
 Piernas y brazos les desmiembra y quita,  
 Y el suelo sangre de enemigos mana:  
 Multiplican los miseros la grita,  
 Oyelo el bravo rey de la tabana,  
 Y parte como un César, y desnuda  
 Su espada espino, al rey mosquito ayuda.

Mueve el Mirnuca sus escuadras luego  
 Que vió que las del tártaro salían,  
 Y la chusma letiria, echando fuego,  
 Mil encendidas balas les envían:  
 Contrarias al estrepito manchego,  
 Cólericas las cninches se desvían  
 De su primero sitio, y bien armadas  
 Les siguen las hormigas las pisadas.



Viendo el Sicaboron los fuertes hechos  
De los grandes moscones, y que vienen  
Contra sus fuerzas con furor derechos  
Cuantos soldados los contrarios tienen,  
Anima entónces los hambrientos pechos  
De sus crudos mosquinos, y previenen  
Con rabia inmensa sus agudos dientes  
Para morder los piojos insolentes.

Manda que la manchega y la de Arjona,  
Y los tercios tambien de Andalucía  
Lleguen adonde el tábano amontona  
Cuantos la Pullia y la montaña cria;  
Porque el mismo rey tártaro en persona,  
En rompiendo la fuerte infantería,  
Entrará con seiscientos caballeros  
Enseñando á los piojos sus aceros.

Saca su trompa la de Arjona, y de ella  
Furiosa desenvaina la navaja,  
Y como rayo rígido ó centella  
La de la Mancha con su gente baja:  
La soberbia andaluz, hecha una pella,  
Por ser primera en el romper trabaja,  
Y el tártaro, tras ellas encubierto,  
Viene siguiendo el bélico concierto.

¡Qué tajos temerarios y reveses  
Furiosos tiran, con que al mundo espantan!  
Qué acerados escudos y paveses  
A fuerza de los golpes se quebrantan!  
Qué caterva de piojos montañeses  
A poblar el infierno se adelantan!  
Qué máquina de pulgas acompaña  
Los que al infierno van de la montaña!

Rompe primero la andaluz caterva  
Con la atrevida gente de la Mancha;  
Llegan adonde con la espada acerba  
El tabano feroz su espacio ensancha:  
Cuando contra la indomita y proterva  
Gente del piojo vió favor, su ancha  
Entónces con mayor esfuerzo esgrime,  
Porque viéndole el Cénzalo se anime.

Sale el fuerte Putrifola al momento;  
Y con tanta soberbia y furia llega,  
Que derribando va de ciento en ciento  
Los infantes que lleva la manchega:  
El Fífolgel, con su favor contento,  
Su lanza entónces con esfuerzo juega,  
Y á las parejas el temido pulga  
Sus fuerzas con sus impetus divulga.

Cuando vió el Barriliense la osadía  
Que con socorro de la chinche gente  
El atrevido montañés tenía,  
Y de la pulga el ánimo insolente,  
Anima su feroz caballería;  
Y rompiendo furioso de repente,  
Hizo al caballo grillo que en un vuelo  
Le viesse el Fífolgel y Caganielo.

¿No has visto alguna vez, lector benigno  
(No te ofenda mi rústico idioma),  
La multitud de aves que al camino  
Sale el agosto á procurar que coma?  
No has visto, digo, el miedo repentino  
Con que se ahuyentan si el azor asoma,  
Y con temores de perder la vida,  
Vomitán por las colas la comida?

Pues de aquel modo, de la misma suerte,  
Cuando la pulga y piojo se encarnizan,  
Dando á la turba tábana la muerte,  
Y con rabia mayor se encolerizan;  
Cuando el tártaro ven armado y fuerte  
De la uña del hombre, se deslizan,  
Y unos de espanto quedan medio muertos,  
Otros escapan de temor cubiertos.

Volando pasa en su caballo grillo,  
Que con bocados y furiosas coces  
Va matando más pulgas que el caudillo  
Con lanzadas mortíferas y atroces:  
Retiranse los piojos al castillo,  
Y al tábano y al Cénzalo da voces  
El tártaro, que al suyo se recojan,  
Y ellos entónces mucho más se enojan.

Pónescles con ánimo delante,  
Forzando á los dos reyes que le miren,  
Y dales á entender que es importante  
Que al castillo al momento se retiren:  
Pártense los soldados al instante,  
Antes que lleguen, y las chinches tiren  
Las fuertes balas con que fuego pegan,  
Que está mirando el tártaro que llegan.

Retirada más linda ni á tal punto  
Historia verdadera no pregona  
En cuantas ha tenido el furor junto,  
El soberbio Gradivo con Belona:  
Sin duda fuera el tábano difunto,  
Y sin vida la cénzala persona,  
O ya que entrambos estuvieran vivos,  
Fuera del Mosquifuro dos cautivos.

Era sin duda el tártaro mosquino,  
Tras ser de tanta fuerza y tan valiente,  
De las cosas futuras adivino,  
Pues previno peligro tan patente:  
Apénas se retirán, cuando vino  
El Mosquifuro araña con su gente,  
Que en sola una rociada mil soldados  
Se llevó entre sus telas enredados.

No quiso el rey Sanguileon quedarse  
(Como suelen decir) en la ventana  
Mirando al toro; que ántes de vengarse,  
Mientras le agravian más, muestra más gana:  
A las abejas manda adelantarse  
Para que con su fuerza más que humana  
Rompan, si acaso tiene el Mosquifuro  
Con sus redes el campo mal seguro.

Y apretando las piernas al morcillo,  
Y la mano á su lanza temeraria,  
Arranca con su gente el gran caudillo,  
La muerte amenazando á la contraria:  
Guarda, canalla hormigena, el cuchillo  
De tu vida, soberbia extraordinaria  
De la turba letírica y araña;  
Guarda; que va la muerte y su guadaña.

Corre la gente loca y furibunda,  
Y al sitio adonde se combate llega,  
Como el hinchado Moscas, cuando inunda  
De la encumbrada Cuenca la ancha vega  
Tala el campo su fuerza y baranda,  
Con cuanto encuentra su furor anega,  
El estruendo del Júcar fortalece,  
Su caudal se mejora y furia crece.

Crece en el bando moscatel confuso  
El furor y la ira; que la gente  
Del rey Sanguileon en ellos puso  
Animo fiero y proceder valiente:  
Ya la soberbia y el rencor incluso  
Que estimulaba el corazon ardiente,  
Llamas vomita del oculto seno  
De vil furor y abrasador veneno.

No tardó el Granestor, que al mismo paso  
Que el rey mosca salió; luego al momento  
Los ijares lastima á su Pegaso,  
Y va partiendo con su curso el viento:  
De hormigas va cubriendo el campo raso,  
Que no hay para contarlas suma ó cuento,  
Mostrando á los contrarios sus adargas,  
Sus fuertes yelmos y sus lanzas largas.

No se descuelga por su madre angosta,  
Con la turbia color sanguinolenta,  
Con más lijero curso que de posta,  
Cuando á los vientos su carrera afrenta,  
De los cerros que el tiempo seco agosta,  
El arroyo veloz de la pimienta,  
Con cuyas aguas sucias Huécar loco  
Al coronado Júcar tiene en poco;

Como esta gente, que á la guerra y lucha  
Caballeros fortísimos y infantes  
Corren, bañando con la sangre mucha  
El suelo que se vió sediento antes:  
En el centro del Erebo se escucha  
La voz de los heridos y matantes,  
Y saltan los espíritus alertos,  
Aguardando las almas de los muertos.

¿Qué de vitales hebras que se cortan  
En el verano de la vida, en verde!  
Qué de términos largos que se acortan,  
Y qué de chusma del vivir se pierde!  
Qué de almas al infierno se trasportan!  
Qué de caterva altiva el suelo muerde!  
Y entre piés de caballos ¡qué caterva  
Los astros miran de la suerte acerba!

Cubierta está la tierra de cabezas,  
Higados, asaduras y pulmones,  
Brazos, coradas, piernas y otras piezas  
Quitadas á los miseros varones:  
¿Qué de astutos ardidés, qué proezas  
Es necesario, fama, que pregones!  
Porque si no eres tú con tantas lenguas,  
¿Quién con una podrá, sin caer en menguas?

¿Quién creerá de los hombres que una guerra  
Si de muchos soldados, no gigantes,  
Aunque de horrendos monstruos de la tierra,  
En fiereza á los otros semejantes,  
Que hasta en la cuadra celestial que encierra  
El planeta mejor de los errantes,  
Metiese el grito del furor prolijo,  
Convirtiendo en temor su regocijo?

Estando el sacro Júpiter comiendo  
Muy opiparamente, alegre y lauta,  
Riendo; que sin duda estaba haciendo  
Gestos la diosa Música en su flauta;  
La divina caterva (caso horrendo,  
Que aun hasta allí no fué la guerra cauta)  
Brazos y piernas de moscones vieron  
Que en la mesa beatífica cayeron.

Cesar les hizo la comida y risa,  
Y aun á fe que mudaron los colores  
Algunas diosas, y con harta prisa  
Sintieron de las tripas los dolores:  
Hubo también necesidad precisa,  
Por causa de los pésimos olores,  
De que aplicasen perfumados paños  
De las narices santas á los caños.

Una cabeza de soberbio piojo  
Hizo quitar del mirador del cielo  
Al dador de la luz, que le dió antojo  
De ver por entre dos nubes el suelo;  
Porque apenas mirando de medio ojo  
La tierra estuvo el dios, cuando en un vuelo,  
Si no se aparta, la piojil cabeza  
Maculara con sangre su belleza.

De la Pullia y Montaña fueran pocos  
Los que escapar pudieran, ó ninguno,  
Si no huyeran; que á todos como á locos  
Les diera muerte el tártaro uno á uno:  
Solo en su contra queda haciendo cocos  
El Mosquifuro astuto y importuno,  
Que arremetiendo por sus gentes gruesas  
Mil almas lleva entre sus redes presas.

Mas ¿quién pudiera al paso del deseo  
Llevar por el papel la torpe pluma,  
Y de las cosas que á montones veo,  
Cifrar aquí con distincion la suma?  
Allí el estruendo de Letiria feo  
Con el ancho paves y lanza abruma  
El Mirmilion, que há tiempo ya que calla,  
Porque obra más que dice en la batalla.

Con la vista al Putrifola amenaza,  
Que del tártaro astuto se retira,  
Pero el chinche valiente al punto traza  
La muerte ó el asombro al que le mira:  
Dispárale dos granos de mostaza,  
Que son las balas que encendidas tira,  
Llenas de fuego artificial; mas luego  
Abre camino el Mirmilion al fuego.

Aparta á un lado el zángano, y no aguarda  
Que las balas le toquen á la ropa:  
Que aunque fuera de acero, hará que arda  
Tan grande fuego cual si fuera estopa:  
Pasan como de tiro de bombardá,  
Y con la chusma mirmiliona topa  
El un globo y el otro, y los dos juntos  
Dejaron veinte miseros difuntos.

Allí la raspilanza de Mirnuca  
Entre todas las otras resplandece,  
Que con terribles impetus trabuca-  
Todo cuanto delante se le ofrece:  
Allí con más rigor la flor caduca  
De la dispuesta juventud perece:  
Que aunque el Mirnuca es viejo, son sus años  
Ministros fieros de mayores daños.

El grande Barriliense le acomete:  
Aquí sí que se escuchan golpes raros;  
Que el eco cada cual del suyo mete  
En los retretes de la luz avaros:  
El uno y otro general jinete  
Furiosos aperciben los reparos;  
Este la costra del rocin matado,  
Y aquel la dura escama del pescado.

La raspa y lanza con soberbia abaja  
La hormiga contra el tártaro, y sañuda,  
Los piés aprieta, y con furor ultraja  
Los ijares hinchados de su aluda:  
Su caballo veloz de más ventaja  
Hace el pagano tártaro que acuda,  
Y en la mano derecha afierra el asta,  
Que no es la del Mirnuca mejor casta.

Un gato montañés de su bigote  
Le dió la lanza al tártaro pagano,  
A cuya fuerza y tremebundo bote  
No hay escudo seguro ó peto sano:  
Pónelos juntos el ligero trote,  
Y arrimanse las puntas; pero en vano  
Esta á la escama del pescado llega,  
Y la otra á la uña se le pega.

Pasa el Mirnuca adonde la de Arjona  
Su fuerza grande y de los suyos presta  
A la fiera caterva mirmiliona  
Entre la chinche y Mosquifuro puesta:  
Mil almas en sus redes aprisiona  
El araña, y con máquinias molesta  
El Putrifola chinche: que sus balas  
Siempre á los mirmiliones fuéron malas.

Pero de todas la mejor hazaña  
Fué la del rey Sanguileon, que viendo  
Que se iba de sus gentes la campaña  
Por el araña vil disminuyendo,  
Furioso arremetió contra la araña,  
Yendo delante el furibundo estruendo  
De las abejas, que la red espesa  
Quebrantaron, quitándole la presa.

Hizo el fuerte Mirnuca grandes pruebas  
Contra el famoso Mirmilion mosquito,  
Del estrago llevándole las nuevas  
Al rey Sanguileon el triste grito:  
No vieran sus oscuras cuevas,  
Ni vieran de sus montes el distrito  
Los mirmiliones otra vez, si acaso  
El rey Sanguileon no alargó el paso.

La simiente del cáñamo se cala  
Sobre la real indómica cabeza,  
Y va sobre el morello, que la бала  
No hiende el viento con mayor presteza:  
Llega al Mirnuca, que soberbio tala  
Del bravo Mirmilion la fortaleza,  
Y arrimale el agudo porcipelo,  
Y échale de la silla por el suelo.

Dió el general hormiga tal caída,  
Y fué el ruido de sus armas tanto,  
Que fué por el ejército extendida  
Su desdicha cruel, pena y quebranto:  
La tierra temerosa, que ofendida  
Se vió del golpe que le puso espanto,  
Se estremeció de suerte, que la tierra  
Pensó que el gran Mirnuca le hacía guerra.

La gente de su ejército mirando  
Su general en tierra, temerosos  
Ya iban á la fuga los piés dando,  
Para esto hasta aquel punto perezosos:  
El Graestor mirólo, que matando  
Estuvo en muchos trances peligrosos  
Infinitas catervas, á despecho  
Del tártaro feroz y de su pecho.

Pero viendo cubiertos los caminos  
De hormigas que iban con temor huyendo,  
Perdónales la vida á los mosquinos,  
Que la estaban con él antes perdiendo:  
Tras ellos corre, y diceles: « Mezquinos,  
¿ Adónde vais sin vuestro honor corriendo?  
¿ Quién os ahuyenta, cuando un monte dejo  
De muertos, y de sangre un mar bermejo?

» Tan presto, temerosos, se os olvida  
La pitónica sangre que sorbieron,  
Donde la estrupe vuestra disminuida  
Por estos viles, vuestros padres vieron?  
Pues ¿ dónde caminais, sin ser vertida  
Más sangre de sus cuerpos, que bebieron  
Del lago del Piton, origen claro  
Que ha dado al mundo vuestro ingenio raro?

» Volved sobre vosotros y sobre ellos,  
Y con esfuerzo sacudid el yugo  
Que oprime cada dia vuestros cuellos,  
Dándoos la guerra por mortal verdugo:  
Que hoy echaréis del gran valor los seilos,  
Si estos que chupan el ajeno jugo,  
Las vidas pierden por las fuerzas vuestras,  
Que pusieron estorbo á tantas nuestras.

» Seguidme á mí, que vuestro rey me llamo,  
Y me veréis, soldados, cómo entro,  
Y con mis armas su bullicio infamo,  
Dando sus almas al profundo centro:  
Veréis dellos la sangre que derramo,  
Y con mi lanza aguda en este encuentro  
Cuántos nudos les corto de las vidas,  
Con que las partes dos están unidas.

» Veréis con cuánta fuerza descalabro  
La cabeza del vulgo cenzalino,  
Y en el cuerpo del tártaro rey abro,  
Para sacarle el alma, real camino:  
Veréis, si me seguís, cómo los labro  
De fuego, con el fuerte y repentino  
Que acompaña mi furia, con que abraso  
El ejército vil por donde paso.»

No le dejó la cólera amarilla,  
Que bien el rostro la color mostraba,  
Que acabe entonces su razon, y trilla  
El camino que al campo le guiaba:  
Como una furia va sobre la silla  
Del animal hermoso, que enseñaba  
Por su cola la luz que en la Mosquea  
Hallo de vaca la cabeza fea.

Con estos dichos y palabras tales  
Todos los flacos ánimos se encienden;  
Que pueden mucho persuasiones reales  
Cuando á los suyos reducir pretenden:  
Dejan la fuga los vasallos leales,  
Y por en medio del contrario hienden,  
Rompen, destrozan, cortan, hieren, matan,  
Atropellan, sojuzgan, desbaratan.

¡ Qué de moscones fuertes prenden vivos,  
Metiéndolos en cárceles oscuras!  
Qué de hormigas feroces van cautivos  
Y los esconden en prisiones duras!  
Qué bravos mirmiliones vengativos  
Padecen impensadas desventuras!  
Qué de chinches, de máquinas cargadas,  
Viven á muerte infame condenadas!

Ya no hay lugar en todo el campo adonde  
Se pueda pelear; que la manzana  
La superficie de la tierra esconde:  
¡ Oh fiera inclinacion á la venganza!  
El pequeño lugar que corresponde  
Al agudo remate de una lanza  
No se hallará de campo descubierta  
Sin sangre roja ó enemigo muerto.

Ya los caballos el rigor no sienten  
De la dorada espuela ó acicate,  
Y solo sirve de que allí revienten  
Cuando el ijar cansado se les bate:  
Ya los fieros soldados no consienten  
Que dure más el bélico combate,  
Cuando no sufre el cuerpo la acerada  
Malla, ni el brazo la sangrienta espada.

Como los galgos que la lengua estiran,  
Y con la fuerza del cansancio anhelan,  
Que aunque la liebre por los campos miran,  
No la persiguen ni tras ella vuelan:  
Entre la sombra y matas se retiran,  
Y aunque en los vientos nuevo rastro huelan,  
La fatiga sus miembros embaraza,  
Sin que se atrevan á seguir la caza;

Rinde á la fiera gente la fatiga,  
Y se apodera de sus fuerzas ántes  
Que los sujete y rinda la enemiga  
Espada de contrarios arrogantes:  
No se ve hormiga que á la mosca siga,  
Ni chinche que las balas penetrantes  
Tire al mosquito, ni caballo ó yegua  
Que ya no ponga á sus carreras tregua.

Vuélvese el cielo décimo entre tanto  
Que duraron los bélicos furores,  
Precipitando tras su moble cuanto  
Se encierra en las esferas inferiores:  
Tendió la noche su medroso manto  
Por el largo Océano, y los temblores  
No la dejaron que en el manto ingiera  
La plata hermosa de la octava esfera.

Ya al galope Flegon, Eoo y Etonte,  
Y el rígido Piroo bajan las frentes,  
Y del Cimico mar el horizonte  
Dejan, y en triste luto á los vivientes:  
Ya el sol dejaba al más altivo monte  
Privado de sus rayos, que aunque ausentes  
A ver el furor bélico estuvieron,  
Por entre espesas nubes su luz dieron.

Cuatro caballos pálidos tirando  
Iban el coche de la diosa negra,  
Y temor el gigante acompañando,  
Más temido que fueron los de Flegra,  
Por sus pasos el sueño iba sembrando  
Lo que al cansado labrador alegra,  
Pues no tiene su vida mejor dueño  
Que cuando vive sepultado en sueño.

Con la lóbrega noche fué Morfeo,  
Trajes mudando y lenguas diferentes,  
Y Fabetor, más vario que Proteo.  
Trasformándose en aves y serpientes:  
Mostrando fué el temor su rostro feo,  
Entorpeciendo las mortales gentes,  
Tomando por ministro para el caso  
Las espantables formas de Fantoso.

Cierra la noche de la luz las puertas,  
Y el sitio adonde se batalla mide,  
Y á las catervas de cansancio muertas  
La guerra por entonces les impide:  
Las unas y otras, con temor despiertas,  
Treguas ponen entre ellas, y despide  
La noche el fuego y bélico aparato,  
Hasta que toque el alba otro rebato.

Saben los retirados los conciertos,  
Y quitando á sus fuertes los cerrojos,  
Sacan dos mil lucérnigas, que abiertos  
De sus cuartos traseros traen los ojos:  
Buscan las moscas sus soldados muertos  
Entre la turba, el Fífolgel sus piojos,  
La pulga sus catervas, y la araña  
Los pocos muertos suyos en campaña.

Entierran las hormigas sus difuntos,  
Dándoles en el campo sepultura,  
Y cuentan los minutos y los puntos  
Con que pasando va la noche oscura:  
Pártense los cansados todos juntos,  
Mientras de su sosiego el tiempo dura,  
A gozar de las treguas, y entre tanto  
Descansan de la guerra, y yo del canto.



## CANTO XII.

Al son del arma despertó la aurora,  
Temerosa dejando sus umbrales,  
Vertiendo, en vez de lágrimas que llora,  
Las perlas de sus ojos orientales:  
La santa luz del sol, que el mundo adora,  
Anunciaba á los miseros mortales,  
Renovando á sus cuerpos el quebranto,  
Y ella á sí misma por Memnon el llanto.

A la cuadra del sol las horas bellas  
Fuéron con lento y perezoso paso,  
Quitándoles la luz á las estrellas,  
Ó haciéndosela dar con rayo escaso;  
Y despertando á Febo la una de ellas,  
Eunomia, diputada para el caso,  
Contando la salida de la aurora,  
Hizo salir al sol la bella hora.

La noche negra con su vista escapa,  
Y al paso que su manto va cogiendo,  
Tienden las nubes de humedad la capa,  
Al sol que va su cara descubriendo:  
Con ella á los mortales su luz tapa,  
Mientras sobre el ejército corriendo  
Pasa, y cubierto del espeso muro;  
Que en guerra tal no vive el sol seguro.

Las moscas atalayas que velando  
Toda la noche lóbrega estuvieron,  
Estaban á los suyos espantando,  
Los sucesos contándoles que vieron:  
Muchas aves nocturnas que volando  
Andaban por los aires, conocieron  
Los agoreros tristes, que en sus voces  
Juzgaban á los hados por atroces.

Tras la corneja el buho veces varias  
Por las sombras se vieron, y las suertes  
Se mostraron esquivas y contrarias,  
Amenazando con infames muertes:  
Si alguna vez las altas luminarias  
Dejaron verse, sus efectos fuertes  
Al uno y otro campo descubrían,  
Tales, que de enemigos parecían.

Echaron los astrólogos júcios  
Por las constelaciones de los astros,  
De malévolos todos dando indicios  
Conjeturables y siniestros rastros:  
Ningunos; gran dolor! fuéron propicios;  
Todos dieron señales de padrastrós;  
Con la desnuda espada el rey Cefeo,  
Y con la vil Gorgonia el gran Perseo.

Los miembros del dragon Hesperio oprime  
Tirintio valeroso, que la maza  
Otra vez con denuedo y fuerza esgrime,  
Y con muerte segunda le amenaza:  
Desde su trono Jupiter sublime  
El rayo ardiente, de Vulcano traza,  
Colérico arrojó con truenos alzas,  
A la tierra causando sobresaltos.

Dando aullidos y voces el mochuelo,  
Pasó por el ejército con queja  
De la triste señal que daba el cielo  
De que infinitas muertes apareja:  
A la siniestra mano echó su vuelo,  
Graznando tristemente, la corneja,  
Y el cuervo dijo la desgracia en vano  
Cuando echó el vuelo á la derecha mano.

¡Oh entendimiento bárbaro y siniestro  
De la hormigena turba y la mosquina,  
Cuya desgracia lamentable muestro  
Por ser la más notable y peregrina!  
¿No os predijo volando el daño vuestro,  
Vuestra desgracia y misera ruina,  
La trasformada en ave Nictimene,  
Si esta más que las otras la previene?

Quando las liendres en honor matastes  
del dios arripotente, ¡oferta rara!  
Y el futuro suceso examinastes,  
Poniendo humor sabeo ante su ara.  
Entónces, ciega turba, ¿no mirastes  
La muestra cierta, indubitable y clara,  
Que os dieron de sucesos tan crueles  
De las liendres los nervios y las hieles?

Quando á cien piojos cruda muerte distes  
Para aplacar las iras celestiales,  
Y un hecatombe tan solemne hicistes,  
Que ha habido pocos en el mundo iguales,  
Entónces, gente bárbara, ¿no vistes  
Las muestras evidentes y señales  
Que dieron de los piojos los menudos,  
De que os amenazaban golpes crudos?

Quando á sulcar el cimico viaje  
Salistes, ¿no probastes uno á uno  
El tratamiento malo y hospedaje  
Que os hicieron las ondas de Neptuno?  
¿Del leveche no vistes el corajo,  
Y del austro soberbio y importuno  
Los pestíferos truenos y las balas,  
Del mal que os cerca ya señales malas?

¿No sois testigos que infinitas veces  
A vuestros capitanes y magnates  
Del mar robaron temerarios peces,  
Dándoles sepultura en sus gaznates?  
Las cimicas riberas ¿no son jueces,  
Tras las recias tormentas y combates,  
Que en la orilla á infinitos compañeros  
Vuestros traganon pájaros rateros?

Pues si vistes los astros de los cielos,  
A Eolo y Neptuno conjurados,  
Y amenazándoos la ruina y duelos  
La fuerza inevitable de los hados:  
Si el cuervo y la corneja con sus vuelos  
Lo mismo os anunciaron, desdichados,  
Con tantas suertes de señales malas,  
¿Cómo no revolvisteis vuestras alas?

¿No le fuera mejor al miserable  
Sanguileon, que dentro de sus muros  
Huyera del peligro inevitable,  
Gustando dulces y catando puros,  
Que no sufrir del hado inexorable  
Las iras tristes y los golpes duros,  
Y estarse, por no ver tantos trabajos,  
Chupando los decrepitos gargajos?

¡Oh barriliense rey, oh rey de Buta!  
Oh tartaro sin par! mejor te fuera  
Que no salieras á la arena enjuta  
Ni pisaras la cimica ribera:  
El Mosquiro con su maña astuta  
Darte la muerte entre su red espera,  
Y vengar en tu cuerpo la matanza  
Que hizo en los suyos tu caballo y lanza.

Mas ¿para qué me pudro y me deshago  
Llorando ajenos duelos, si con esto  
Al dudoso lector no satisfago,  
Ni cumplo por mi parte lo propuesto?  
Lleven de su locura el justo pago,  
Pues contra el cielo, á su intencion opuesto,  
Sola su voluntad quieren que baste  
Para que la del hado se contraste.

Ya del negro garbanzo la corteza  
Al cuerpo el rey Sanguileon arrima,  
Y cubre con soberbia su cabeza  
Del yelmicañamon, arma de estima:  
Ya salta con furor y lijereza  
Sobre el bravo morcillo, y puesto encima,  
El asta jabalina empuña, y brama  
Por buscar al Mirnuca y ver su escama.

Ya de la piel del negro escarabajo  
Sus miembros cubre el tábano, y la espada  
Colérico registra, á cuyo tajo  
Se esconde la Tizona y la Colada:  
En solo un salto, sin algun trabajo,  
La silla singular sintió ocupada  
La avispa; que era el tábano lijero,  
Y pica de juete y caballero.

Sobre un caballo de la misma casta,  
Que no discrepa del pulgón perdido,  
Cuya lealtad y lijereza basta  
A poner á Bucéfalo en olvido,  
Sale el cénzalo rey, y lleva el asta,  
Que de otro caracol el cuerno ha sido,  
Y de las recias habas las cortezas,  
Por armas y blason de sus proezas.

Del nocturno murciégalo se viste  
La ala el crudo Mirmilión, y sale,  
Aunque á la vista en el aspecto triste,  
Con furor que no hay diablo que le iguale:  
Sobre el lomo de un zángano se embiste,  
Que tanto como el otro valió, vale,  
Por ser caballo de la misma casta;  
Que esto y no más para alaballe basta.

Ya el tártaro se viste de la uña,  
Para que á los sacrilegos crueles  
De la montaña les castigue, y bruña  
En su lisura sus horrendas pieles:  
Ya del gato montes el asta empuña  
Y el escudo fortísimo, armas fieles,  
En cuya ofensa y resistencia funda  
Humillar la contraria baranda:

Ya las escamas del Mirnuca fiero  
Desde su campo al otro resplandecen,  
Que hechura hermosa de templado acero  
A quien las mira con la luz parecen:  
Sobre la yegua del volar lijero  
Sus miembros valerosos ya se ofrecen,  
Y la lanza del lomo del pescado  
Coge en la mano y se la arrima al lado.

Ya de la piel del arador se cubre  
El Caganielo, y sobre el lomo alto  
Del largo caballete se descubre,  
Porque en la silla se plantó de un salto:  
Con el escudo fuerte el pecho encubre,  
Y de paciencia, y no de esfuerzo, falto,  
Pide la lanza el pulga foragido,  
Por sus botes indómitos temido.

Ya el montañés á su langosta larga,  
De cólera insufrible y rabia lleno,  
El grave peso de sus miembros carga,  
Y acomoda en la mano el duro freno:  
Ya con la pupa sin temor se adarga,  
Y escupiendo espumajos de veneno,  
La zanca fuerte de Cigarra afierra,  
Con que piensa dar fin á tanta guerra.

Ya las lanzas de espiga aprisa abarca  
Del Granestor soberbio la cuadrilla,  
Y armado ya el hormigena monarca,  
Sube en la bestia y su dorada silla:  
Ya el chinche fiero, de las moscas parca,  
Las pelotas enciende con que humilla  
Al Mirmilión temido y arrogante;  
Que estos los rayos son de aquel gigante.

Ya por el campo las bombardas suenan  
Que tira el Mosquifuro, y los oídos  
De los soldados con temor atruenan,  
Dejándolos sus voces aturridos:  
Ya los fuertes sonípedes condenan  
Ser por los duros frenos detenidos,  
Y el hierro muerden, las narices hinchan,  
A los truenos responden, y relinchan.

Ya los incitadores instrumentos  
En los ecos del campo dan sus voces,  
Y rompen por los altos elementos,  
Y al cielo suben prestos y veloces:  
Temiendo titubean los asientos  
De los dioses de allá, y en las atrocidades  
Tinieblas del imperio del espanto  
También de las chicharras se oyó el canto.

Parten á un tiempo moscas y mosquinos,  
Cenzalinos, abejas, mirmiliones,  
Tábanos y andaluces, en los finos  
Aceros enristrando sus lanzones:  
Resisten sus orgullos repentinos  
En juntos y formados escuadrones,  
Pulgas, chinches, hormigenas y arañas,  
Con brío igual y cóleras tamañas.

El bando alado de la mosca fuerte  
Salió con un furor tan temerario,  
Que no hay aquí comparación que acierte  
A asimilar su brío extraordinario:  
Con más furor que cuando hinchado vierte  
Por mi segunda patria el teucro Acuario  
El cántaro colmado, y por sus cuevas  
Bajan las aguas con estruendo prestas;

Con más sin duda estruendo, espanto y riza,  
Por caminos y partes diferentes,  
Toda la alada turba se desliza,  
Amenazando las contrarias gentes:  
Allí del corazón el fuego atiza  
La enemiga feroz de los vivientes,  
La Euménide solícita Meguera,  
En la caterva que á la chusma espera.

La pulga encuentra al rey Asinicedo,  
Y el Fífolgel al tabanoso espera;  
Topa al chinche Putriflora el Mirpredo,  
Y el tártaro al Mirnuca en la carrera:  
El Granestor reprime su denuevo  
Al rey Sanguileon, y desde afuera  
El Mosquifuro, que la guerra mira,  
Mil culebrinas desde el muro tira.

Trábase la batalla, matan, mueren  
Del campo y el otro los soldados;  
Hieren al Fífolgel; las pulgas hieren  
A los que fuéron para herirle osados:  
Ya no hay hormigas que al mosquito esperen;  
Ya vuelven los mosquinos retirados;  
Ya la gran multitud el Cénzalo huye;  
Ya el tábano cruel la disminuye.

Vuelve la rienda al largo caballete  
El Caganielo, y desde lejos viólo  
El Cénzalo gallardo, y arremete  
A verse en campo con el pulga solo:  
Aprieta los talones el jinete  
Al lijero pulgón, y refrenólo  
Cuando le vió tan cerca, que bien pudo  
Desafiarle para el trance crudo.

«Pulga soberbia, dijo, pulga fuerte,  
Conmigo eres en campal batalla;  
Que há muchos años que procuro verte,  
Y probar el valor que en ti se halla:  
¡Qué dichosa y feliz será tu suerte!  
Tanto, que no procurarán vengalla  
Si á la Infanta restada en su convento  
Tu cabeza en sus manos le presento.

No le dió el Caganielo la respuesta,  
Porque á sus armas le comete el dalla;  
Y el asta aguda de su cardo apresta,  
Para que hable por él mientras él calla:  
La cornigera suya á punto puesta  
El Cénzalo llevaba á la batalla;  
Este la espuela á su pulgón arrima,  
Y al caballete largo aquel lastima.

¡Oh qué soberbios botes y qué guerra  
Entre la pulga y Cénzalo se traba,  
Pues uno de la vida se destierra,  
Y otro de haber vencido no se alaba!  
Mordiendo queda el Cénzalo la tierra;  
Que ya la vida al pobre se le acaba:  
¡Oh miserable infanta, y cómo siento  
Ver cuán mal se te logra el casamiento!

Era la lanza de la pulga aguda,  
Pues del orbe del haba no hizo caso,  
Y por armas tan bélicas no duda  
Hallar al pecho del mosquito paso:  
Fué su lanzada tan terrible y cruda,  
Que, pasándole el cuerpo, dió al acaso  
Con la vida del Cénzalo, que habia  
Llegado al hilo de su mediada.

Muerto queda el mosquito; mas no puede  
Decir la pulga que se queda viva,  
Pues el tiempo llegó en que muerta quede,  
Perdida el arma suya defensiva:  
No tiene escudo que al contrario vede  
Que no ejecute en él su fuerza esquiua:  
Deshizoese el Cénzalo famoso,  
Aunque era un hongo fuerte y espacioso.

Al largo caballete dió una herida  
Que su cuerpo bestial tendió en el suelo,  
Dejándole sin velos y sin vida,  
No con poco dolor del Caganielo;  
Mas el pulgon leal, viendo perdida  
La vida de su dueño, alzando el vuelo,  
Por los campos corrió, donde tendido  
Al Putrifola halló muy mal herido.

Pero la chinche, alzando la cabeza,  
De tierra el pecho con dolor levanta,  
Y al fin sacando fuerzas de flaqueza,  
Puso en el suelo la una y otra planta:  
Al caballo los pasos endereza,  
El pié siniestro en el estribo planta,  
Sobre el arzon la mano, y así puesto,  
Echó para subir su fuerza el resto.

¿Adónde subes, chinche sin ventura?  
Atrevido Faeton, ¿á qué te pones?  
¿Al caballo del sol (¡gentil locura!)  
Te atreves á arrimarle los talones?  
Pues matarás si tu intento dura  
En tan locas y vanas presunciones:  
¿No sabes que era el Gézalo mancebo  
Dese Flegon, incomparable Febo?

Apénas sube el general letirio,  
Cuando el pulgon indómito se ensaña,  
Dando á la chinche el último martirio,  
Arrojando su cuerpo á la campaña:  
De su cárdeno pecho en humor tirio  
El miserable capitán se baña;  
Huye el pulgon caballo, y no consiente  
Que otro sobre él, muerto su rey, se siente.

El pulga, viendo que dejaba muerto  
El capitán de gente cenzalina,  
Con el yelmo de mijo va cubierto  
Del mosquito, á quien hiere y arruina:  
A pié llega al ejército encubierto,  
Y hácia un tábano grande se encamina,  
Al cual le dió tal golpe con su lanza,  
Que le hizo dar el alma por la panza.

Vió el Matabalho y no consiente  
De la atrevida pulga la proeza;  
Y volviendo las riendas prestamente,  
Para el tabanica se endereza:  
Alza la espada el tábano impaciente,  
Y dale sobre el yelmo en la cabeza  
Un tan horrendo y singular golpazo,  
Que le partió por medio el espinazo.

No le fué de provecho al Caganielo  
De mijo el yelmo, ni la piel vestida  
De la bestia arador, pues en el suelo  
Con sus armas se queda y sin la vida.  
¿Pero qué grito súbito hasta el cielo  
Volando sube, que la voz herida  
A los astros altísimos se queja,  
Y entre los ecos sus acentos deja?

¿Si es el Sicaboron? Mas no; el Mirpredo  
Es sin alguna duda, que agoniza  
Contra el fuerte Mirnuca y su denuedo,  
Cuyos golpes el aire solemniza:  
De alguna gran desgracia tengo miedo;  
Porque si el Mirmillon se encoleriza,  
Es un fiero demonio, y hará harto  
La hormiga si se libra de su esparto.

¿Oh qué terribles golpes se sacuden,  
Tales que á todas las catervas fuerzan  
A que del sitio sin tardar se muden,  
Y los intentos comenzados tuerzan!  
Todos á dar favor al suyo acuden,  
Y por no ser los últimos se esfuerzan,  
Y allí la lid entre los dos se acaba.  
Y otra entre todas más feroz se traía.

Suena el rüido y espantoso estruendo  
Entre los campos dos de tal manera,  
Como cuando entre llamas está hirviendo  
El agua y hortaliza en la caldera;  
Que como el hierro al fuego está impidiendo  
El derecho camino de su esfera,  
Las hojas bullen y las olas brotan,  
Y en su cóncavo espacio se alborotan;

Ast sucede allí ni más ni ménos:  
Que como á centro suyo, á la venganza  
Acuden los soldados, de ira llenos,  
Haciendo unos en otros gran matanza:  
De allí levantan temerarios truenos,  
Y la fuerza del grito al polo alcanza,  
Que más pierde el soberbio la paciencia,  
Si hay más en el contrario resistencia.

Entre la gente el Granestor acecha  
Al rey Sanguileon; parte y camina  
Contra el mosca feroz con la derecha  
Lanza, que al cielo su largura empuña:  
Con su escudo la mosca se pertrecha;  
Y enristrando la fuerte jabalina,  
Al Granestor la muerte le anticipa,  
Metiendo el porripelo por su tripa.

Salió del triste rey el alma pobre  
Al lago Estigio con su horrenda muerte,  
Otro dejando, que hasta el mar salobre  
Llega, de sangre que su cuerpo vierte;  
Y porque el campo de las moscas cobre  
Nuevo vigor, sobre su lanza fuerte  
La cabeza del misero levanta,  
Con cuya empresa la victoria canta.

Apénas por el campo se divisa  
El tremendo espectáculo y funesto,  
Cuando un temor y mortandad precisa  
Oprime de la hormiga al largo resto:  
El grito triste al Mosquifuro avisa;  
Baja por la muralla y llega presto,  
Y asombrando con voces la campaña,  
Anima á los hormigas el araña.

«¿De qué, dice, teméis, progeñie loca,  
Cuando más la firmeza es necesaria?  
¿En qué dudáis, cuando mejor os toca  
Privar de vida la virtud contraria?  
¿Quién vuestras fuerzas con furor apoca?  
¿Qué locura soberbia y temeraria  
La fuerza en vuestros ánimos ahuyenta,  
Sin ponerlos delante vuestra afrenta?»

»Ya llega mi zancuda compañía,  
Con cuyas balas en espacio breve  
Castigaré la grande alevosía  
Dese enemigo mosca, dese alevé:  
Veréis, si acompañais la gente mía,  
Cómo su sangre mal nacida bebe:  
Tiendan las redes, las salidas tapen;  
Que aun los tábanos mismos no se escapen.»

¿Qué golpes sin piedad que se están dando  
El Mirnuca y el rey de la Mosquea,  
Que están solos aparte peleando,  
Sin que la gente sus rigores vea!  
En tanto que el araña predicando  
A las hormigas, su temor afea,  
¿Oh qué soberbios tajos y reveses  
Que en los yelmos se dan y en los paveses!

Ya en infinitas piezas el escudo  
Del general Mirnuca está deshecho,  
Y ya el Sanguileon muestra desnudo  
Sin la corteza de garbanzo el pecho:  
¿Oh qué golpazo tan horrendo y crudo  
Contra el hormiga fuerte va derecho!  
Y; oh qué porrazo extraño que el Mirnuca  
Le arroja, con que el yelmo le machuca!

Si el yelmicañamon no le resiste,  
Tengo por cosa indubitable y cierta  
Que la persona de la mosca triste  
Quedará entónces con el golpe muerta;  
Mas ya el araña con su gente embiste,  
Dejando en sangre y mortandad cubierta  
La tierra, adonde el Mirmillon procura  
Resistir de la araña la locura.

Con una y otra rigida pelota  
Al Mirpredo feroz persiguen tanto,  
Que la ala de murciégalo está rota,  
Que es de su cuerpo el acerado manto:  
Sobre el zángano fuerte buyendo trota,  
Metiendo entre la turba horror y espanto,  
Y arrojale un letirico vasallo  
Un globo, y mata al zángano caballo.



- Cayó, y el Rey tras él; y al mismo punto,  
Sin que más de la silla se levante,  
Con sus zancas el pueblo arañil junto  
Al Mirmillon prendieron arrogante:  
El Mosquifuro le dejó difunto,  
Porque, como iba solo más delante,  
Al punto que al Mirpredo tuvo preso,  
El cocote le hirió, y sorbióle el seso.

No sufrió más la mirmillona turba  
El furor que sus gentes disminuye;  
Todo mosquito con temor se turba,  
Y muerto su caudillo, huir concluye:  
El paso el Mosquifuro les perturba,  
Porque por todas partes donde huye,  
La trampa encuentra el Mirmillon, y queda  
En la prision, sin que escaparse pueda.

Infinitos mosquitos llevan presos;  
No queda Mirmillon que no perece  
Entre los hilos de la red espesos,  
Que es lazo que la muerte les ofrece:  
No parece quien venga los sucesos;  
El furor sobrepuja, el grito crece;  
Oyendo el fuerte tábano y mosquito,  
Y parten como fiero torbellino.

El Mosquifuro sus pisadas siente;  
Vuélvese al punto con presteza rara,  
Y como rayo abrasador y ardiente,  
Un grano de mostaza le dispara:  
No llega el fuego al tábano valiente;  
Pero pasando el humo por su cara,  
Por las narices se subió, y al punto  
Le dejó de un volcán hecho trasunto

Entra como un desesperado entre ellos,  
Y por espesas puntas se abalanza,  
Cortando piernas y segando cuellos;  
Que es grande su valor y su pujanza:  
Empiezan la batalla estos y aquellos,  
Haciendo unos en otros tal matanza,  
Que parece que intentan que no quede  
Gente en el mundo que su especie herede.

¡Oh cómo muestra el tábano su esfuerzo,  
Contra la araña astuta haciendo hazañas,  
Que no parece sino al viento cierto  
Contra las flacas y ligeras cañas!  
Pero al Sicaboron la pluma tuerzo,  
Que va corriendo echando las entrañas  
Tras las pulgas y piojos que retira,  
Que todos van huyendo de su ira.

Sin caballo va el tártaro, que deja  
El suyo sin el alma en el arena,  
Y por esto del tábano se aleja,  
Para que lleve, quien le hirió, la pena;  
Pero ya la venganza le apareja,  
Pues á muerte tan misera condena  
A los piojos y pulgas, que el cuchillo  
Pudieron ser de su caballo grillo.

Y como suele el fuego que se enciende  
Del árbol de la selva en una rama,  
Y de una en otra su furor extiende,  
Y con mayores fuerzas se derrama;  
Con los soplos del Africo se enciende,  
Y al cielo encumbra su abrasante llama,  
Y por las arboledas abre paso,  
Al umbroso lugar dejando raso;

Así tras gente bélica infinita  
El tártaro feroz matando pasa;  
Del caballo la pérdida le incita  
A vomitar el fuego que le abrasa:  
Llamas inmensas de furor vomita,  
Que la campaña va dejando rasa,  
De la caterva infame montañesa,  
Que á su castillo se retira espesa.

Como escuadra de cabras á quien sigue  
El lobo robador, así la gente  
Moviendo va los piés; que los persigue  
Como leon el tártaro valiente:  
Temiendo van que el lobo los castigue,  
Que ya para cebarse muestra el diente:  
¿Qué digo lobo? Al diablo semejante  
De atrás, huye la chusma de adelante.

Chinches, piojos y pulgas á porfia  
Ellos mismos se van atropellando,  
Oyendo el alto grito y vocería  
De aquellos que iba el tártaro matando;  
Y al paso que sentían que venía,  
Iba el temor sus pasos alargando:  
¡Oh miserable chusma! ¡Qué vecina  
Llegando va vuestra total ruina!

Antes de entrar el levantado muro  
Del presidio de aquella gran cabeza  
De la vaca, que el fuerte Mosquifuro  
Escogió por asilo y fortaleza,  
Estaba un foso hondísimo y oscuro,  
Que en aquel sitio abrió naturaleza  
Por boca de la tierra, con que ruega  
Que el cielo le dé el agua que le niega.

No hubiera pulga que, aunque más lijera,  
A dar un tranco al temerario foso  
Con sus ligeros saltos se atreviera,  
Por ser trance terrible y peligroso:  
Tan grande salto, si le diera, fuera,  
Que desde allí al infierno tenebroso  
Saltara sin dudar la pulga loca  
Por aquella anchurosa y honda boca.

Una soberbia trabe de centeno  
Hace el oficio de anchurosa puente,  
Por donde, sin temor del hondo seno,  
Pase al castillo la atrevida gente:  
Iba el camino de catervas lleno,  
Y tras ellas el tártaro impaciente,  
Haciéndoles á todos ser forzoso  
Pasar al puente ó descender al foso.

De piés se llena la anchurosa trabe,  
Y al espacio la gente sobrepuja;  
Sobre ella tanta máquina no cabe,  
Y por pasar de presto, se arrempuja:  
El de Buta volando como un ave,  
A quien la rabia el corazón estruja,  
Pasa; y viendo los otros que se acerca,  
Su muerte miran que se llega cerca.

Al fin el Barriliense fué tan presto  
Cercano de la puente, que en llegando,  
Por no ver los contrarios su mal gesto,  
Se fuéron en el foso sepultando:  
Estaba el espectáculo funesto  
El mosquito cruel considerando,  
Abraçado en furor, porque quisiera  
Que á sus manos la máquina muriera.

Más de un millon en la profunda grieta  
De la tierra quedaron sepultados;  
Mas no por eso el tártaro se quieto  
Ni deja de seguir los desdichados:  
El puente pasa la caterva inquieta,  
De miedo más que de valor cargados,  
Y al castillo cabeza de la vaca,  
Camina á más correr la gente flaca.

Sigue el alcance el Barriliense, y tanto  
Cercano á los contrarios parecía,  
Que á muchos dellos le rindió el espanto  
Que sus débiles ánimos cubría:  
Dobla la gente fugitiva el llanto;  
Resuena el alarido y vocería;  
Llenase el campo de inanditas quejas,  
Y dan del Mosquifuro en las orejas.

Revuelve entónces la cabeza, y mira  
Tanta caterva por los campos muerta,  
Y los golpazos que el de Buta tira,  
Cercano del castillo y de su puerta:  
El araña varon, que, lleno de ira,  
La vista tiene en lo que pasa alerta,  
Mira el Sicaboron que los alcanza,  
Y en el castillo sin temor se lanza.

Deja cercado el campo sutilmente  
De redes más sutiles que fué aquella  
En que Vulcano al dios arripotente  
Prendió en los brazos de su Vénus bella;  
Y partiendo más presto y diligente  
Que baja por los aires la centella,  
Vuela, y tras él la máquina zancada,  
A dar al chinche, pulga y piojo ayuda.

Escucha el grito, y sin temor repara  
En cuanto puede el daño, y presuroso  
El y los suyos con astucia rara  
Se aprovechan del arte caviloso:  
Espesos lazos por las puertas para,  
Y hace al castillo sin salida cosa,  
Adonde como toro de Jarama  
El Barriliense endemoniado brama.

Era el enredo de la red espeso,  
Y fuerte tanto, que era necesario  
Quedar en él el Barriliense preso,  
O matar el ejército contrario;  
Y para asegurar el buen suceso,  
La araña con su ingenio extraordinario,  
Por sus maromas, que esta es su costumbre,  
Bajaron sin trabajo y pesadumbre.

Entre tanto el Mirnuca al pobre y triste  
Sanguileon, por entre espesas puntas  
De armas contrarias, denodado embiste,  
Hasta mostrarse las presencias juntas:  
El infierno en los pechos se reviste,  
Pareciendo sus caras más difuntas  
Que vivas; que las coleras fervientes  
Pusieron blancas sus morenas frentes.

Ponen á punto la una y otra lanza,  
Y cuando en la carrera ya empareja  
Con el mosca el hormiga, sin tardanza  
La muerte el uno al otro le apareja:  
En el yelmo al hormiga el mosca alcanza,  
De suerte que pasando por la oreja  
El lancipelo, le llevó un pedazo,  
Sin que el yelmo sirviese de embarazo.

El general hormiga, quebrantado  
Viendo el yelmo sin par, y que la herida  
Fué de manera que del diestro lado  
Llevó su media oreja dividida.  
Revuelve furibundo y denodado  
A quitarle el orgullo con la vida,  
Y quitósela, al fin, su lanza espina,  
Sin valerle al moscon la jabalina.

Por medio á medio del contrario peto  
Pasó la lancirraspa sin reparo,  
Que no pudo tenerle en tanto aprieto  
De la corteza negra el temple raro:  
Cayó el Sanguileon: cayó en efeto,  
Mirando todo el campo el hecho claro  
Del Mirnuca; que él solo entre su gente  
Pudiera dar la muerte al rey valiente.

Luego el hormiga la victoria canta,  
Y el tabaneco su desdicha llora,  
Y la caterva, tras miseria tanta,  
Viendo que la fortuna se empeora,  
Con temor el ejército levanta  
Convocando los suyos, que á la hora,  
Viendo la vida de su rey perdida,  
Todos encargan á los pies la vida.

Parte del campo la caterva rota,  
Y por la parte al parecer segura  
Toma toda la chusma la derrota,  
Huyendo el golpe de la suerte dura:  
Todo el mosquino bando aprisa trota  
Maldiciendo la suerte sin ventura,  
Y miran tras el misero fracaso  
De espesas redes ocupado el paso.

Mas este no fué grande inconveniente  
Tras la gran mortandad de la refriega;  
Porque luego llegó la andaluz gente  
Con la mosca de Arjona y la manchega:  
Rompen las telas fuertes prestamente,  
Y el tabano tambien tras ellas llega,  
Que cortó con su espada sin trabajo  
Bien treinta cuerdas de la red de un tajo.

Así escapó la misera caterva  
Del Mosquifuro astuto y de sus lazos,  
Del arma del Mirnuca cruel y acerba,  
Y de la muerte y de sus fuertes brazos:  
La fuga de la muerte les reserva,  
Que aunque están de la guerra hechos pedazos,  
Animales á huir el miedo fuerte;  
Que tiene grande esfuerzo el de la muerte.

Retumban los acordes instrumentos  
Del victorioso hormiga, en que publica  
A los celestes orbes y elementos  
Contra las moscas la victoria rica:  
A todos sus soldados ya contentos  
El opimo despojo les aplica,  
Y ellos, alegres, su valor pregonan,  
Y el victor todos hasta el cielo entonan.

Solo el moscon Sicaboron, cercado  
De enemiga canalla en el castillo,  
Esta de matar gentes fatigado,  
Sin costra escudo y sin caballo grillo:  
El cuerpo con rigor estropeado,  
Agonizando el misero caudillo,  
Por muchas partes rota el arma fiera,  
Sin penacho ni forma la cimera.

Baja volando el diablo Mosquifuro  
Con su gente inventora de cautelas,  
Dejando del castillo el ancho muro  
Todo cercado de sutiles telas;  
Y al Barriliense dice mal seguro:  
«En vano en la defensa te desvelas,  
Pues no valdrá tu ardid ni tu pujanza,  
Tus armas uña ni bigote lanza.»

«Conviénete, infeliz, que al punto mueras  
O en mi poder á la prison te entregues;  
Escoge lo que más á gusto quieras  
De lo que te propongo á que te allegues;  
Si no es que como loco acaso esperas  
Que con tu sangre mal nacida rieguas  
La tierra adonde estás: á prison date,  
Si no es que más estimas que te mate.»

«No temo vuestros fieros, gente bruta,  
Que no tengo temor ni me acobardo,  
Responde á todos el señor de Buta,  
Que solo vuestros impetus aguardo.»  
Y contra la caterva vil y astuta  
Revolviéndose el tártaro gallardo,  
Dando á sus vidas miserables fines,  
Al jabali parece entre mastines.

A un rincon el magránimo se arrima,  
Porque era parte al parecer más buena,  
Y saca de la vaina la hoja fina,  
Que á tres pulgas dejó sobre la arena:  
A quien le mira pone espanto y grima,  
Y á muerte á quien se llega le condena,  
Cuya sentencia está con sangre roja  
Escrita en el acero de su hoja.

El Mosquifuro por prenderle llega  
Algo más cerca que las otras gentes.  
Y el tártaro, zis zas, le arroja y pega  
Un golpe y otro por cabeza y dientes:  
Con tanta fuerza por el pecho entrega  
La espada, que en dos partes diferentes  
Se quedó de la araña el cuerpo fiero,  
Y dividido en medios el entero.

Levanta la zancuda compañía  
El grito viendo muerta su cabeza,  
A cuya inopinada vocería  
La hormiga gente á alborotarse empieza:  
Los fuertes pasos el Mirnuca guía  
Hacia la bien cercada fortaleza;  
El foso pasa por el puente, y halla  
Sin entrada ni puerta la muralla.

Con piés y manos por el muro arriba  
Va gateando un número infinito.  
Por ver qué furia del placer les priva,  
Y en la zancuda gente causa el grito:  
Sube arriba la turba vengativa  
A castigar del misero el delito,  
Y ven de gente muerta una montaña,  
Y partido por medio el rey araña.

Del tremendo espectáculo se miran,  
Y jugando la espada temeraria,  
Entre gran multitud de arañas miran  
Al pagano de Buta en la Tartaria:  
Apénas bien le ven, cuando le tiran  
Por partes mil la máquina contraria  
Mil trahes gruesas de encendidas pajas,  
Queriendo hacer al tártaro migajas.

Nubes de piedras, y de tierra cargas  
Del muro hueven, que al moscon sepultan,  
Y entre las brasas de las trabes largas  
El cuerpo vivo del de Buta ocultan:  
Con tantas pruebas para el triste amargas,  
Que de la tierra salga dificultan;  
Mas el moscon; prodigio nunca visto!  
De entre la tierra y trabes salió listo.

Tira tras ellos, y ellos la fiereza  
Del cólerico tártaro temiendo,  
Vuelven con ansia espaldas y cabeza,  
De los golpazos que les tira huyendo;  
Mas él con nunca vista lijereza  
La miserable chusma va siguiendo,  
Y brotando veneno por los ojos,  
Brazos de chinches corta y piés de piojos.

Cien heridas el tártaro tenia,  
Todas mortales, y por cada una  
Un arroyo de sangre le corria,  
Que hicieron á sus piés una laguna;  
Y aunque por tantas bocas le salia  
El alma noble, no hubo hormiga alguna  
Que á ponérsele junto se atreviese,  
Sin que su muerte más cercana viese.

Su poco á poco á la muralla llega,  
Y al contrario mostrándole la cara,  
La espalda fuerte con el muro pega,  
Y con él se recoge y se repara:  
El Mirnuca cólerico reniega,  
Viendo virtud en el jayan tan rara,  
Que á tanto pulga, piojo, chinche, hormiga,  
Siendo un solo moscon, así persiga.

Por la muralla el general acude  
Sobre la parte adonde el mosca fuerte  
Golpes extraños con furor sacude,  
Y rabia y sangre blasfemando vierte;

Y para que más presto á darle ayude  
La ya cercana inevitable muerte,  
Una invencion diabólica ejecuta  
Contra el esfuerzo del señor de Buta.

Manda que luego al punto cien soldados  
De varonil esfuerzo el paso alarguen,  
Y de los fuertes tormos más pesados  
Uno, el mayor, sobre sus hombros carguen,  
Para que, siendo todos avisados,  
Desde el alto del muro le descarguen  
Adonde, sin que valga el fuerte casco,  
Venza el pesado golpe del peñasco.

Cien hormigas varones al instante  
Parten lijeros más que el mismo viento,  
Y afierran una máquina bastante  
A despreciar las fuerzas de otros ciento:  
Pónenle al bravo general delante  
Un grano de haba, tal para su intento,  
Que no tuviera á mucha maravilla  
Que hiciera á treinta tártaros tortilla.

Ponen por línea recta el fuerte grano  
Los soldados valientes con destreza,  
De suerte que del tártaro pagano  
Amenazaba la sin par cabeza;  
Y haciendo señas con la diestra mano  
El general diabólico, la pieza  
Disparan por mandado del Mirnuca,  
Y dánle al pobre tártaro en la nuca.

El globo apénas la caterva arroja,  
Cuando oprimido del soberbio peso,  
Se vió nadando entre la sangre roja  
De la cabeza del de Buta el seso:  
De vida al miserable le despoja,  
Y este fué el espectáculo y suceso  
Del odio horrible y el rencor inferno  
Que provocó las furias del infierno.

FIN DE LA MOSQUERA, DE VILLAVICIOSA.



# INDICE.

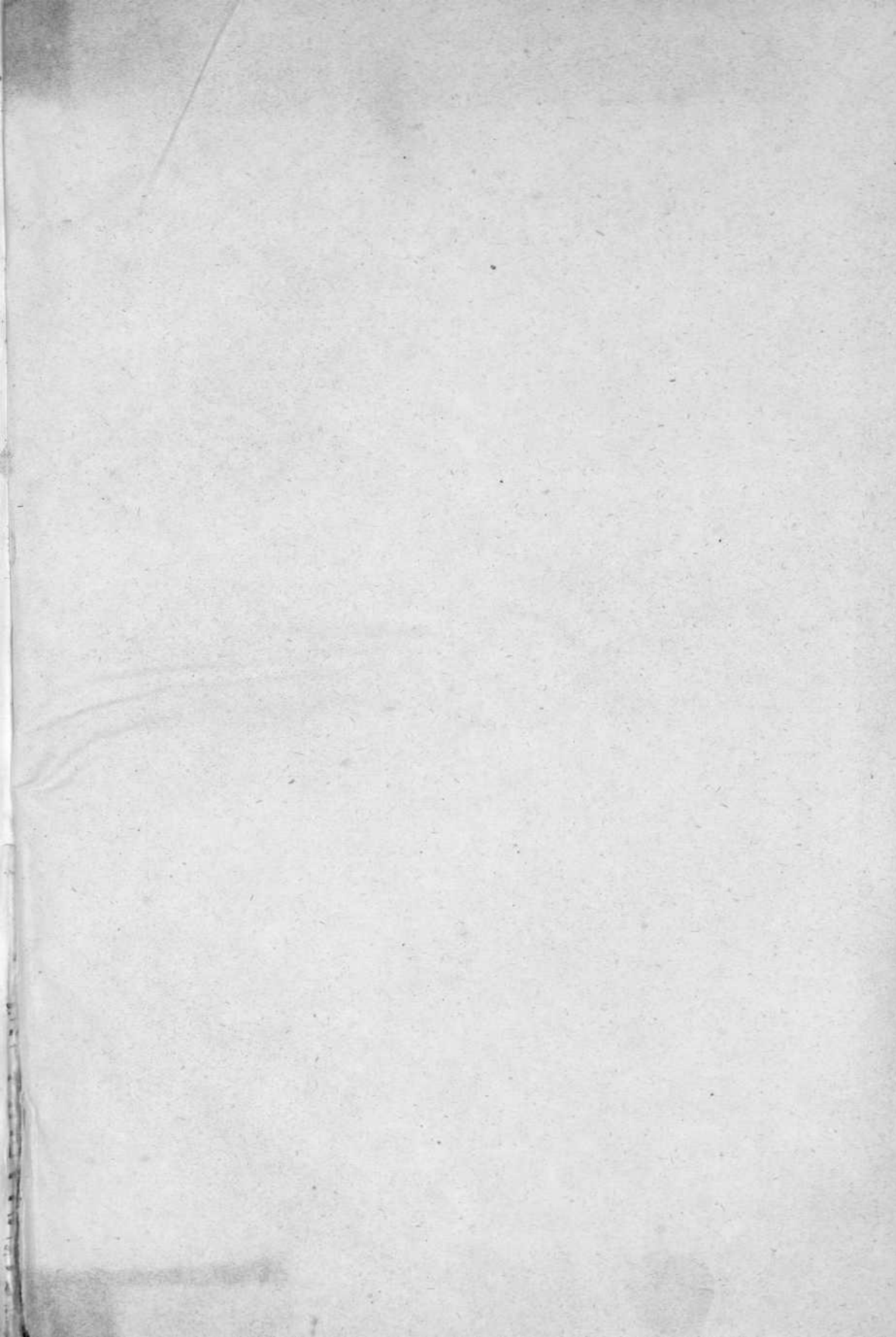
	Pág.	
<b>ADVERTENCIA.</b> . . . . .	v	
<b>LA ARAUCANA.</b>		
<b>CANTO PRIMERO.</b> — El cual declara el asiento y descripción de la provincia de Chile, y estado del Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen; y asimismo trata, en suma, de la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar.	4	
<b>CANTO II.</b> — Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la elección de capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron.	7	
<b>CANTO III.</b> — Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanse los araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y danle despues la batalla, en la cual fué muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.	12	
<b>CANTO IV.</b> — Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel; hallan los indios en una emboscada, con los cuales tuvieron un porfiado reencuentro; llega Lautaro con gente de refresco; mueren siete españoles, y todos los amigos que llevaban; escápanse los otros por una gran ventura.	17	
<b>CANTO V.</b> — Contiene la reñida batalla que entre los españoles y araucanos hubo en la cuesta de Andalican, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles fueron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad dellos juntamente con tres mil indios amigos.	22	
<b>CANTO VI.</b> — Prosigue la comenzada batalla, con las estrafias y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos á cuchillo.	24	
<b>CANTO VII.</b> — Llegan los españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saqueo, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion.	27	
<b>CANTO VIII.</b> — Juntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Pucheacolo, y Caupolicán viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial fundada en el valle de Cauten.	50	
<b>CANTO IX.</b> — Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército. No há efeto su intencion por permission divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les viene nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion. Vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.	54	
<b>CANTO X.</b> — Ufanos los araucanos de las victorias habidas, ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así extranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.	59	
<b>CANTO XI.</b> — Acabanse las fiestas y diferencias. Y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, ántes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla.	42	
<b>CANTO XII.</b> — Recoigido Lautaro en su fuerte, no quiere seguir la victoria por entreleñar á los españoles. Pasa ciertas razones con el Marcos Vaez, por las cuales Pedro de Villagran viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Cañete á la ciudad de los Reyes en el Pirú.	47	
<b>CANTO XIII.</b> — Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Pirú, llegan mensajeros de Chile á pedir socorro; el cual vista ser su demanda importante y justa, se le envia grande por mar y por tierra. Tambien contiene al cabo este canto como Francisco de Villagran, guiado por un indio, viene sobre Lautaro.	52	
<b>CANTO XIV.</b> — Llega Francisco de Villagran de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido; da al amanecer súbito en ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y de otra.	54	
<b>CANTO XV.</b> — En este quinceño y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Pirú hicieron hasta llegar á Chile, y la grande tormenta que entre el rio de Maule y puerto de la Concepcion pasaron.	57	
<b>CANTO XVI.</b> — En este canto se acaba la tormenta; contiénesse la entrada de los españoles en el puerto de la Concepcion y isla de Talcahuano; el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron; la diferencia que entre Peteguelén y Tucapel hubo, asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó.	61	
<b>CANTO XVII.</b> — Hace Millalauco su embajada. Salen los españoles de la isla, levantando un fuerte en el cerro de Penco; vienen los araucanos á darles el asalto. Caéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintín.	66	
<b>CANTO XVIII.</b> — Da el rey Don Felipe el asalto á San Quintín; entra en ella victorioso; vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles.	69	
<b>CANTO XIX.</b> — Refiérese el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco; la arremetida de Graocolano á la muralla; la batalla que los marineros y soldados que habian quedado en guarda de los navios tuvieron en la marina con los enemigos.	75	
<b>CANTO XX.</b> — Retiranse los araucanos con pérdida de mucha gente; escápanse Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos; cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el extraño y lastimoso proceso de su historia.	75	
<b>CANTO XXI.</b> — Halla Tegualda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra; llegan á Penco los españoles y caballos que venian de Santiago y de la Imperial por tierra; hace Caupolicán muestra general de su gente.	79	
<b>CANTO XXII.</b> — Entran los españoles en el estado de Arauco; traban los araucanos con ellos una reñida batalla; hace Rengo de su persona gran prueba; cortan las manos por justicia á Galvarino, indio valeroso.	82	
<b>CANTO XXIII.</b> — Llega Galvarino adonde estaba el senado araucano; hace en el consejo una habla con la cual desbarata los pareceres de algunos; salen los españoles en busca del enemigo; pintase la cueva del hechicero Fiton, y las cosas que en ella habia.	85	
<b>CANTO XXIV.</b> — Dase noticia de la gran batalla naval, del desbarate y rota de la armada turquesa con la huida de Ochali.	89	
<b>CANTO XXV.</b> — Asientan los españoles en campo en Millarapué; llega á desafiarlos un indio de parte de Caupolicán; vienen á la batalla muy reñida y sangrienta; señálanse Tucapel y Rengo; cuéntase tambien el valor que los españoles mostraron aquel dia.	95	
<b>CANTO XXVI.</b> — Dase noticia del fin de la batalla y retirada de los araucanos; la obstinacion y pertinacia de Galvarino y su muerte; asimismo se pinta el jardin y estancia del mago Fiton.	99	
<b>CANTO XXVII.</b> — Pónese la descripción de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras; cuéntase tambien cómo los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapel, y cómo don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.	101	
<b>CANTO XXVIII.</b> — Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida; asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Purén; pasa entre ellos una recia batalla; saquean los enemigos el bagaje; retiranse alegres, aunque desbaratados.	104	
<b>CANTO XXIX.</b> — Entran los araucanos en nuevo consejo; tratan de quemar sus haciendas; pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo; combaten los dos en estacada brava y animosamente.	108	
<b>CANTO XXX.</b> — Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo; asimismo lo que Fran araucano pasó con el indio Andresillo, yauacona de los es-		

- pañoles. — Cuenta Andresillo á Reinos lo que con  
CANTO XXXI. — Cuenta Andresillo á Reinos lo que con  
Pran dejaba concertado; habla con Caupolican cautelo-  
samente, el cual engañado viene sobre el fuerte, pen-  
sando hallar á los españoles durmiendo. . . . . 114
- CANTO XXXII. — Arremeten los araucanos el fuerte, son re-  
batidos con miserable estrago de su parte; Caupolican  
se retira á la sierra deshaciendo el campo; cuenta don  
Alonso de Ercilla á ruego de ciertos soldados la verda-  
dera historia y vida de Dido. . . . . 116
- CANTO XXXIII. — Prosigue don Alonso la navegacion de  
Dido hasta que llegó á Biserta; cuenta cómo fundó á  
Cartago, y la causa por que se mató; tambien se contiene  
en este canto la prision de Caupolican. . . . . 121
- CANTO XXXIV. — Habla Caupolican á Reinos, y sabiendo  
que ha de morir, se vuelve cristiano; muere de misera-  
ble muerte, aunque con ánimo esforzado; los araucanos  
se juntan á la eleccion del nuevo general; manda el rey  
don Felipe levantar gente para entrar en Portugal. . . . . 125
- CANTO XXXV. — Entran los españoles en demanda de la  
nueva tierra; sáeles al paso Tunconabala, persuádeles  
á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les  
ofrece una guia que los lleva por grandes despeñaderos,  
donde pasan terribles trabajos. . . . . 129
- CANTO XXXVI. — Sale el cacique de la barca á tierra; ofrece  
á los españoles todo lo necesario para su viaje, y prosi-  
guiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desa-  
guadero del Archipiélago; atraviesale don Alonso en una  
piragua con diez soldados; vuelven al alojamiento, y de  
alli por otro camino á la ciudad Imperial. . . . . 131
- CANTO XXXVII. — En este ultimo canto se trata cómo la guerra  
es de derecho de las gentes, y se declara el que el rey  
don Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los  
requerimientos que hizo á los portugueses para justifi-  
car más sus armas. . . . . 134
- EL BERNARDO.**
- LIBRO PRIMERO.** — Describe este primer libro los estados  
de España y Francia, los alborotos de la guerra, el gran  
viaje de la bada Alcina á los palacios de Morgana, la pri-  
sion del conde de Saldaña y de don Teudonio, el cual  
da cuenta al Conde de su linaje y antigua privanza con  
el rey Casto, y como el tirano Manucees se apoderó del  
reino de Leon, y por negociacion suya el emperador  
Carlo-Magno envió con don Gaiferos un gran socorro de  
gente, que Rodamonte desbarató en el camino, con la  
muerte de Rosia y su amante, y la hermosa arquitectura  
de los palacios de Morgana. . . . . 145
- LIBRO SEGUNDO.** — Cuenta Alcina á Morgana la causa de su  
venida, las admirables cosas que vió en la cueva de los  
Hados; y para darle entera relacion de la persona de  
Bernardo, que las ha de dar venegas de Orlando y los  
demas paladines, refiere el origen de los godos en Es-  
paña, de cuyo linaje él descende. Morgana, agradada  
de la relacion del manebro, promete darle para adorno  
de su persona las celebradas armas de Aquiles. Pintase  
la casa de la Fama, y la que hay de la venida del fran-  
ces. Libra Ferraguto una ninfa de las manos de un sátiro,  
que se convierte en la fuente del Desengaño; y la  
ninfa, en un lienzo de su labor, en profecía le muestra  
algunos valerosos capitanes de España. . . . . 155
- LIBRO TERCERO.** — Ferraguto, envidioso de las alabanzas  
de Bernardo, se parte á buscarle para probarse con él.  
Prosigue Teudonio su historia, y en ella las grandezas  
de un valeroso doncel que libró al rey Casto de cierta  
traicion, y dase á conocer el Conde. Trátase de las fiestas  
de Francia y del consejo de guerra del César, donde  
queda confirmada la guerra contra España, y el modo  
con que el sabio Oróntes robó á Bernardo. . . . . 160
- LIBRO CUARTO.** — Deja Oróntes, por su ciencia, á Malgesi  
colgado de un árbol, donde, cayendosele el libro de sus  
conjuros, un demonio con la fuerza de ellos saca algunas  
legiones del infierno para destruir á España, y su ángel  
custodio los refrena; y haciendo alarde de los muchos  
mártires españoles que la persecucion de los moros ha  
dado al cielo, promete á España un nuevo mundo en  
premio á su católica religion. Bernardo, entrando en un  
barco milagrosamente, llega á bordo de un galeon, donde  
halla presa á Angélica la bella; y habiendose allí ar-  
mado caballero por mano de un rey persiano, hace ba-  
talla con él por la libertad de la reina de la China, la  
cual es arrebatada de un carro de fuego por el aire. . . . . 176
- LIBRO QUINTO.** — Huye Garilo á Francia, donde encuentra  
á Orlando y otros paladines. Ferraguto libra á Argina de  
un salteador, y ella le cuenta el martirio de las dos santas  
Nunilo y Alodia; libra tambien á Auchiá, esposa de  
Argina, y ambos mueren cristianos. Encuentrase con Yu-  
cef, tío de Galiana, y por relacion se enamora della; y al  
márgen de una fuente ve en sueños su hermosura y la  
de sus famosos palacios. Pintase al fin del libro el con-  
sejo de guerra del rey Casto. . . . . 187
- LIBRO SEXTO.** — Cuenta Garilo una fábula á Orlando y á los  
suyos, á fin de divertirlos, preguntándoles cual sea el  
don mayor de la fortuna. Descubre Bernardo, desde el  
navio persiano, una fresca isla, donde lleva á Oriman-  
dro para curarle; halla en ella á Gundemaro, un noble  
español, que, despues de curar al Rey sus heridas, hace  
á Bernardo una agradable relacion de sus infortunios. . . . . 198
- LIBRO SÉPTIMO.** — Prosigue Gundemaro su historia, y acá-  
base en un extraño encantamiento. Ferraguto despierta á  
los gritos de una doncella que le cuenta las desgraciadas  
tragedias del caballo Clarion, al cual sigue el moro todo  
el día, y al fin á su vista le coge un villano y se le lleva,  
y él encuentra una hermosa tienda, donde le sucede una  
extraña aventura. Llega al Tajo, y libra á Galiana, in-  
robar Biarabi, rey de Pamplona. . . . . 207
- LIBRO OCTAVO.** — Describe quién fué Arleta, la cual pre-  
senta el caballo Clarion á Rangorio porque le venga de  
Ferraguto, á quien hallan con la infanta de Toledo, acan-  
dando de vencer la gente que la llevaba presa. Llega el  
campo de España á Sansueña, haciendo una gallarda re-  
seña á vista de sus muros. Sale Cardiloro á reconocer-  
los; ve sin ser visto á Florinda, enamórase della, y trata  
de robarla la siguiente noche. Serpilo y Celedon, com-  
pañeros suyos, hacen grande estrago en la gente dor-  
mida del real cristiano. Cardiloro, como lo trazo, roba  
á Florinda, y huyendo con ella da en una escuadra de  
cristianos, donde le matan, y á ella sin conocer la lle-  
van presa á la tienda de su esposo. . . . . 219
- LIBRO NOVO.** — Argildus, creyendo que Florinda es muerta  
á robada, se quiere matar de pena; y ella, sospechando  
ser su esposo el muerto, toma veneno para matarse, y  
sucede en ambos un notable desengaño. Bernardo, si-  
guendo una cierva, encuentra á Angélica en las uñas de  
un dragon; siéguela por las oscuridades de una cueva, y  
hállase enredado en un extraño encantamiento, donde  
Proteo le descubre quién son sus padres. Arleta pide á  
Galiana justicia contra Ferraguto, y él hace batalla con  
Rangorio, á quien mata y quita el escudo, y por las ar-  
mas dél es tenido por frances y acometido de la gente que  
de Toledo venia en favor de Galiana, de quien queda  
preso por culpa de su caballo; oyen en un bosque ruido  
de armas, y por ver qué sea, se pierde con la oscuridad  
de la noche de los que iban con él. . . . . 231
- LIBRO DÉCIMO.** — Ferraguto, perdido por unas selvas, halla  
un castillo, donde le sucedió un sabroso encantamiento;  
quiere despenarle el caballo Clarion, y él le deja, y llega  
á pié á una fortaleza, donde da muerte al jayán Braman-  
te, y libra á Doraliche y al rey su padre, y á Galirtos, los  
cuales hacen compañía á la Infanta hasta Granada. Y  
Galirtos, por entretenimiento del camino, cuenta la ar-  
tifíciosa fábula del origen del deleite. . . . . 245
- LIBRO UNDÉCIMO.** — Roban segunda vez unos corsarios á An-  
gélica á vista de Orimandro, que en compañía de Ber-  
nardo se embarca en su seguimiento; y habiéndola per-  
dido de vista, hace grandes sentimientos, y cuenta su  
vida y linaje, y la ocasion por donde Angélica vino á su  
poder. Orlando, con la ocasion de la pregunta de Garilo,  
cuenta en una artificiosa fábula lo mucho que la ven-  
tura puede, disculpandose agudamente en ella de su an-  
tigua locura. . . . . 255
- LIBRO DOCECÉSIMO.** — Roba Garilo á Orlando y á sus com-  
pañeros, y quedándose ellos vueltos estatuas de oro en  
una sala encantada, él se va triste y solo á dar en una  
cabana de un pastor; reconoce el alcaide de Sansueña á  
Rosello por su hijo, el cual, refiriendo el discurso de  
su vida, cuenta la gran penitencia que el rey don Ro-  
drigo hizo despues que perdió á España, con el origen  
del cabo de San Vicente, y la desgraciada tragedia de  
Broacel y Glaura. . . . . 265
- LIBRO DECIMOTERCERO.** — Describe el gran aparato de las  
fiestas de Francia, la ferocidad de Morgante, rey de Cor-  
cega, y las bravezas que hizo con las nevas de la muerte  
de su hermano Bramante. Prosigue Orimandro en con-  
tar los monstruos de Creta. Llega Bernardo sobre una  
armada de corsarios, donde libra de prision á Arcangé-  
lica la bella, princesa del Catay, y enamorado de su her-  
mosura, la pierde en una gran tormenta, de donde él se  
escapa nadando sobre una antena. . . . . 276
- LIBRO DECIMOCUARTO.** — Sale Bernardo, arrojado de la tor-  
menta, á la costa de Acaya en compañía de Ofia, que le  
da cuenta de quién sea Arcangélica, cómo salió tan va-  
lerosa en armas, y la opinion que hay de que sea hija  
del dios Marte; tocando á vueltas de su discurso una  
galana geografia de casi toda la Asia. Bernardo entra en  
la cueva de la diosa Témis, donde halla un admirable  
retrato de la vida humana, y los monstruos que al mundo  
paren la ignorancia y el engaño. . . . . 286
- LIBRO DECIMOQUINTO.** — Encuentra Orlando á Garilo sobre  
su caballo; vale siguiendo hasta un castillo, donde se le  
hace fuerte. Quiere el frances ponerle fuego, y el catalan  
se lo estorba con un nuevo engaño. Al fin entra den-  
tro y cobra sus armas. Garilo se le huye y esconde en  
la tienda de un alquimista, que le cuenta la sutil novela  
del engaño, y Garilo despues roba al alquimista el fa-  
moso anillo de Angélica la bella. Malgesi levanta con sus  
conjuros su navio volando por el viento, llevando dentro  
de él á Reinaldos, Morgante y Orimandro, á los cuales  
en un admirable discurso va mostrando toda la hermo-

- sura de Europa.
- LIBRO DÉCIMOSEXTO.** — Prosigue Malgesi su viaje y discurso, describiendo en él la hermosura de Italia y Francia; y habiendo hecho á petición de Orimandro un famoso epilogo de las grandezas de España y sus antigüedades, se ofrece de enseñarle el nuevo mundo que el cielo tiene prometido á la monarquía española.
- LIBRO DÉCIMOSEPTIMO.** — Prosigue Malgesi su viaje, mostrando todas las imágenes y signos del cielo. Bernardo desde un collado del Parnaso contempla la variedad de monstruos que salen al mundo por la puerta del Engaño. Acometen los necios del meson de la Fortuna á saquear el Parnaso: defiéndesele el leonés, haciendo en ellos gran mortandad. Apolo y las Musas, en honra de su victoria, le llevan al templo de la Inmortalidad. Libra á una doncella de un leon y del riesgo de unos caballeros, y vase con ella á las fiestas de Milene, donde hace una peligrosa batalla con un caballero no conocido.
- LIBRO DÉCIMOACTAVO.** — Queda Bernardo vencedor en las justas de Acaya; ofrece Gloria á su nieta en casamiento; y él, enamorado de Arcángelica, se excusa con la prision de sus padres; recibe una carta, y abortado con ella, trata de partirse. Crisaba hace gran sentimiento, y por no apartarse del, le pide el favor de su persona hasta recobrar el estado de Colonia: Bernardo se lo concede, y embarcándose juntos en la costa de España, se apartan por una extraña aventura. Malgesi, volando en su barco, llega á descubrir la grandeza de la luna, y desde allí pasa á ver las de las Indias Occidentales, donde el mago Tascalan le ataja el vuelo y muestra las maravillas de su cueva.
- LIBRO DÉCIMOONO.** — Cuenta el sabio Tascalan las espantosas hazañas de Hernando Cortés en su conquista de la Nueva España, y la real sucesion de los reyes castellanos, desde el Casto Alfonso hasta Carlos V. Hallase Bernardo en el suelo de la fuente de las Maravillas, donde, habiendo acabado un artificioso encantamento, y ganado en él la famosa espada Balisarda, la hada Iberia le muestra en una sala las armas y blasones de algunos insignes linajes de España.
- LIBRO VIGÉSIMO.** — Libra Bernardo á Garilo de la hovea, y él aquella noche, en pago del beneficio, le hurta el caballo y la espada: quita otro día á Dudon la suya para pelear con Orlando, á quien en una famosa batalla deja vencido. Encuentra al pasar de un río á don Teudonio y á Garilo presos: pónelos en libertad; y habiéndole conocido Teudonio, le da nuevas de la prision de sus padres: haceles Garilo otro engaño, por el cual pierden la vida el mismo Garilo y Teudonio. Encuentra Bernardo á Olfá en un monte llorando un caballero muerto; dae nuevas de Arcángelica, y pártense juntos en su alcance: llegan al famoso castillo del Carpio, donde Bernardo prueba su admirable encantamento.
- LIBRO VIGÉSIMOPRIMO.** — Vence Bernardo el encantamento del castillo del Carpio, donde en un hermoso espejo ve el origen y sucesion de la excelentísima casa de Castro. Halla allí á su ayo Oróntes y trescientos caballeros de su linaje, que le acompañan para ir á la corte de su tío el rey Casto. Hallanse Morgante y Orimandro en Africa: cuentanse las desgracias de Angélica, las tragedias de Arminda y su amante, las de Artábano y Geber, y el camino por donde Morgante vino á ganar las armas que fueron de Anteo, hijo de la tierra y rey de Livia, y con ellas la clava de Hércules.
- LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.** — Atemoriza á Carlo-Magno un espantoso sueño; intérpretable Malgesi; Montesinos refuerza con sus razones las del sabio; Orlando le responde á ellas, de cuya respuesta se ocasiona la gran discordia del campo frances: déjense por ella las fiestas aplazadas, y marchando el resto del campo para España, llegan al Pirineo, donde el César manda hacer reseña de su gente. Ferragut encuentra en Africa, á la ribera de un río, con Angélica; y estando para gozar de ella, sobreviene Morgante, que lo estorba; y dejándolo de un golpe de maza sin sentido, parte en su seguimiento á Biserta, donde hace grande estrago, hasta embarcarse tras ella para España. Orimandro halla á Arlaja en un gran desconsuelo, y en su compañía le sucede una maravillosa aventura.
- LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.** — Cuenta Gundemaro el extraño suceso por donde se libró de la prision de Sultman, rey de Biserta; el artificioso origen de la ciudad de Granada, y conversion de Estordian en gusano de seda, y Doralice en fuente; y el aparato y gente de guerra que en Africa se apresta contra España, y la gallarda reseña del campo de Francia.
- LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.** — Llegan á descubrirse los campos de Francia y España. Ordena y anima cada capitán el suyo; y al embestirse, Morgante da principio á la famosa batalla, en la cual, entre trágicos sucesos, se ve una notable variedad de muertes, y entre ellas la de Orlando y los demas Doce Pares de Francia, que todos mueren á manos de Bernardo y sus españoles.
- LA CRISTIADA.**
- LIBRO PRIMERO.** — Última cena de Jesus con sus discípulos. Lávales los piés. Instituye el sacramento de la Eucaristia. Ora en el huerto mientras duermen los Apóstoles, y aparece vestido de una túnica en que se representan los pecados de los hombres.
- LIBRO SEGUNDO.** — Personificación de la oracion de Cristo, que sube al cielo á pedir á Dios por su Hijo. Baja el arcángel Gabriel á consolar á Jesus por mandato del Padre Eterno.
- LIBRO TERCERO.** — Caifas llama á consejo á los Escribas y Fariseos. Gamaliel defiende á Cristo, probando que es el prometido Mesias. Acusale Judas. Confortale el arcángel Gabriel. Despidese de sus discípulos, y le prenden.
- LIBRO CUARTO.** — Conciliábulo y pintura de los espiritus infernales convocados por Lucifer. Comparece Cristo ante Anás, y recibe mil afrontas. Niega Pedro á su Maestro. Vision de la mujer de Pilato.
- LIBRO QUINTO.** — Jesus en presencia de Caifas. Refiere Lázaro su muerte y resurreccion. Conducen á Cristo al tribunal de Pilato, y despues á la presencia de Heródes. Representale al Señor la serie de los doctores de su Iglesia.
- LIBRO SEXTO.** — Desciende del cielo el arcángel Gabriel á consolar á la Virgen Maria, vaticinándole la gloriosa resurreccion de su Hijo. Entre tanto el pueblo, congregado en el tribunal de Pilato, pide que muera Jesus en lugar de Barrabás.
- LIBRO SÉPTIMO.** — Remordimientos de Judas, que á sí propio se da muerte. Pintanse las mansiones infernales, adonde va su alma. Jesus es sentenciado á azotes.
- LIBRO OCTAVO.** — Los espiritus infernales incitan á los hombres contra su Redentor. Cristo, desnudo y atado á una columna, padece el tormento de los azotes. Los coros celestiales le cantan alabanzas, y el principe Miguel le refiere la historia de los mártires.
- LIBRO NOVENO.** — Pintura de la Impiedad, y de su habitacion en el Infierno. Luzbel se sirve de ella para encender los ánimos en Jerusalem. Pilato muestra á Jesus al pueblo, y este pide que sea crucificado.
- LIBRO DÉCIMO.** — Cristo condenado á muerte. El pueblo desprecia su sangre, y se atrae la maldicion del cielo. El arcángel Gabriel predice á la Virgen Maria los trofeos de Cristo, su ascension gloriosa, la venida del Espíritu Santo, y su feliz coronacion en el cielo.
- LIBRO UNDÉCIMO.** — El pueblo de Jerusalem discurre variamente sobre la vida y doctrina de Cristo. Va el Señor con la cruz á cuevas camino del Calvario. Confortale la idea de los innumerables santos que seguirán su ejemplo. Encuétrase con su divina Madre. Su llegada al Calvario. Su crucifixion.
- LIBRO DUODÉCIMO.** — Elevan á Jesus en la cruz. Palabras que pronunció en sus últimos momentos. El arcángel Miguel junta sus huesos, y quiere vengar la maldad de los hombres. Prodigios que precedieron y acompañaron á la muerte del Salvador. Espira. Descendimiento de la cruz, y entierro del Santo Cuerpo.
- HISTORIA DEL MONSERRATE.**
- CANTO PRIMERO.** — Satanas, envidioso de la santidad del ermitaño Garin, le mueve terrible guerra. El conde de Barcelona, don Jofré, lleva á su hija á la sierra. Librala Garin del espirito infernal de que estaba poseida. Obstínase su padre en dejarla en compañía del ermitaño.
- CANTO II.** — Rendido Garin á los engaños del Infierno y á la hermosura de la doncella, abusa de su inocencia. Para encubrir su crimen, la mata, y conoce quién ha sido su consuegro.
- CANTO III.** — Arrepentido de sus culpas, y rogando al cielo que le inspire el medio de repararlas, resuelve encaminarse á Roma. Huve del monte; llega á Rosas, y se embarca en la escudera del general Alberto.
- CANTO IV.** — Navegando la armada el golfo de Leon, contempla Garin las victorias representadas en la popa de su galea, y principalmente la conseguida por la Santa Liga en el golfo de Lepanto. En seguida refiere al General la historia de su vida.
- CANTO V.** — Prosiguiendo su relacion, describe las dulzuras de Monserrate, omitiendo la causa de sus presentes desventuras. Llega á Marsella; visita el monumento de la Magdalena. Temores y consuelos que allí experimenta. Acogele un monje con cariñoso agrado.
- CANTO VI.** — Muéstrale el monje diversidad de pinturas de asuntos graves y devotos, con que de su diestra mano habia adornado su celda.
- CANTO VII.** — Pasa la armada las costas de Provenza, de Génova y Toscana, y vecina ya al puerto de Ostia, se mueve una espantosa tormenta, de que, estando ya á punto de perecer, se salva Garin milagrosamente.
- CANTO VIII.** — Tocan las naves de Alberto en la costa de Africa. Manda desembarcar á su gente, y son de pronto acometidos por una tropa de bárbaros. Derrotados los cristianos, y prisionero Garin con otros muchos, deben su victoria y salvacion al repentino auxilio del valiente



don Diego Florel.	527	guerra á su enemigo.	580
CANTO IX. — Da cuenta de sí el valeroso don Diego, y de la victoria alcanzada sobre el moro por el pontífice Leon IV. Prosigue la batalla entre Alberto y los enemigos. Llega prisionero Armeno al campo cristiano.	530	CANTO IV. — Acuden en ayuda del rey Sanguileon y del Tabanesco, con multitud de gentes, los reyes Asinicedo, Mirpredo y Sicaboron. Dase la lugartenencia del rey y el mando de la caballería á la famosa Mosca de Arjona, y á la Manchega el cargo de los peones. Puestas en orden las haces, se embarcan y dan á la vela en cuantioso número de bajeles.	584
CANTO X. — Acuden al socorro de Armeno su esposa Ligerea y Abenagonte, y trabase encarnizada pelea entre moros y cristianos.	534	CANTO V. — Descúbrese la cárcel de los vientos. Salen estos á espaciarse, con licencia de su dios Eolo, y topando con las escuadras mosquinas, las ponen en grave riesgo. Neptuno envía un mensaje á Eolo, y este, por medio de Zéfiro, manda á los suyos que se recojan.	588
CANTO XI. — Triunfa la armada cristiana por el heroico esfuerzo de Florel. Mueren lastimosamente, con otros muchos, Filadelfo, Armeno y Ligerea.	537	CANTO VI. — Libre el feroz Sicaboron del naufragio que habia corrido, se encuentra con la Hambre, y queda vencido de ella. Disputa á cuatro pulgas que estaban asando una liendre montés tan rica presa, y despues de una porlada y terrible batalla, en que triunfa, logra saciar su apetito, y se entrega al sueño.	592
CANTO XII. — Abandona Alberto con sus naves la costa africana, y parte para Italia; llegando sin mas contratiempo á Nápoles. Garin, despidiéndose de él, solo y á pié, se encamina á Roma; mas su enemigo le sale al camino con nuevas tentaciones.	541	CANTO VII. — Nacimiento de los Mirmidones u Hormigas. Su rencor y guerras contra las Moscas. Su rey Granestor, noticioso de los aprestos de su enemigo, junta tambien ejércitos numerosos, y llama en su auxilio al rey Caganielo y á sus otros aliados. Incorporanse á él con sus legiones Fífolgel, Patrífola, y Mosquifuro, capitán de las arañas, ingeniero sagaz y experto. Celebrase un consejo, y es nombrado capitán general Mirnuca. Avanzan las huestes hormigenas, y pónense á la vista de las del enemigo.	596
CANTO XIII. — Superior á los halagos y asechanzas del demonio, arrostra Garin nuevos peligros; y cuando más en salvo se creia, cae en manos de unos saltadores.	544	CANTO VIII. — Pluton, por medio de Vulcano, manda á Caronte componer y aderezar su barca para las muchas almas que han de pasar en ella, de resultas de la próxima batalla. Reune ademas á los habitadores y ministros infernales, y prescribe á cada cual el oficio que ha de desempeñar en el recibimiento que se prepara.	599
CANTO XIV. — Cautivo por los lestrigones, y condenado á ser pasto de las fieras, debe otra vez su salvacion en un nuevo combate al invencible aliado de don Diego Florel.	547	CANTO IX. — Descripción del palacio de Jupiter en el Olimpo. El estrepito que mueven los ejércitos beligerantes atemoriza al padre de los dioses, y manda á Mercurio á la tierra para averiguar el caso. Obedece el alado mensajero, y vuelve al cielo á dar cuenta de su embajada, refiriendo la disposicion de unas y otras armas, la fama de los combatientes y la inesperada llegada de Sicaboron.	604
CANTO XV. — Libertad de Garin, y desdichado suceso de la bella Ismeria. Prosigue el devoto monje su peregrinacion, y es asaltado de una furiosa tormenta. Entra por fin en Roma, donde el Sumo Pontífice tiene revelacion de su llegada.	551	CANTO X. — Nombran á Sicaboron general de la Mosquea. Arenga que dirige á sus huestes. Relo que Asinicedo hace á los enemigos. Consulta en el campo hormigena. Las Furtas encienden los ánimos á la pelea.	609
CANTO XVI. — Confiesa sus culpas al Pontífice. Llega á Roma don Diego Florel, y recibe la bendicion del Papa. Noticia de la derrota de Sabá. Absolucion y penitencia de Garin.	554	CANTO XI. — Principiase la batalla, sostenida por furioso teson por ambas partes, y sin ventaja notable por ninguna. Los caudillos de uno y otro bando dan muestras de sus bríos en repetidos encuentros. Las hormigas ven caido á su general, y comienzan á huir; pero el Granestor, saliéndoles al encuentro, los anima y hace volver al combate, hasta que la noche suspende la lid y separa entrambos campos.	615
CANTO XVII. — Regresa á España el penitente ermitaño, atravesando de rodillas toda la Italia y Francia. Llega á Monserrate, y es cazado como una fiera por el conde don Jofré.	557	CANTO XII. — Renuévase la batalla con el alba. Funestos agüeros notados por las atalayas de la Mosquea. Pierden las vidas muchos de los hormigenas y de sus contrarios. Asinicedo sucumbe á los golpes de Caganielo, y este á manos de Matabalho. Perece tambien el rey Granestor, traspasado por la lanza de su rival Sanguileon, y poco despues Mirpredo; pero á pesar del heroísmo de Sicaboron, sufre la misma suerte Sanguileon combatiendo cuerpo á cuerpo con Mirnuca. Perdido ya su rey, desalientan los vencedores. Sicaboron ejecuta mil proezas, pero encerrado en la fortaleza de las Hormigas, acaba con él la astucia de Mirnuca, de que se sigue la derrota completa de la Mosquea.	619
CANTO XVIII. — Anúnciase con mil prodigios, y se halla por último en las asperezas de Monserrate la efigie de la Virgen Maria, á quien resuelven edificar un templo.	560		
CANTO XIX. — Cumplida por Garin su penitencia, y realizado el milagro que habia de poner fin á sus penas, se descubre al Conde, y obtiene su perdon. Desentierran á la hija del mismo Conde, y la encuentran viva. Resuelve esta acabar sus dias en el nuevo monasterio, y su padre se lo concede.	564		
CANTO XX. — Garin refiere al Conde y á sus demas oyentes la historia futura de aquella santa casa, y profetiza sus grandezas y los innumerables beneficios que dispensará el cielo por la intercesion de la Virgen de Monserrate.	567		
<b>LA MOSQUEA.</b>			
CANTO PRIMERO. — Origen, fundacion y asiento de la gran Mosquea. Dos valerosos moscones bajan á explorar una sima descubierta en aquel terreno. Sacan de ella una antigua calavera de un fiero animal, y con general alegría se prosigue y termina la obra de la poblacion.	575		
CANTO II. — Dase cuenta del reinado de Sanguileon, de la soberbia de este, y de cómo manda celebrar un gran torneo, ofreciendo al caballero vencedor una hija suya natural. Al ir á celebrarse las fiestas, llega una mosca herida y medio difunta, y refiere á Sanguileon la victoria del rey de las hormigas, y la derrota, prision y degüello de siete mil moscas, con su caudillo Ranifuga; con que se truncan en lamentos los esperados regocijos.	576		
CANTO III. — Pintura de la Fama, que lleva las nuevas de lo acaecido al rey de la Tabana, Matabalho, cuñado de Sanguileon. Encaminase el primero á los estados del segundo, y por sus consejos, resuelve este declarar la			











BIBLIOTECA  
DE  
AA. ESPAÑOLES

17

POEMAS EPICOS

1

3988